

UDA  
OCIO

QUINTA

4

PQ7297

.F37

Q5

1836

V.4

C.1

20

3

ELL



1080024050



ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*D.<sup>a</sup> Cefrosina llevaba siempre el cora.*

LA  
**QUIJOTITA**

**Y SU PRIMA.**

**Historia muy cierta con apariencias  
de novela,**

ESCRITA POR

**EL PENSADOR MEGICANO.**

TERCERA EDICION.

TOMO CUARTO.

MÉGICO.—1836.

Imprenta á cargo de Mariano Arévalo,  
Calle de Cadena núm. 2.

Se expende en la librería de Galvan, Portal de Agustinos No. 3

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

Núm. Clas.

Núm. A.

Núm. A.

Proces.

P.

Fecha

Clasificó

Catalogó



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Propiedad de Mariano Galvan Ri-  
vera.

PQ 7297

F37

Q5

v. 4

1836

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

LA QUIJOTITA  
Y SU PRIMA.

CAPITULO I.

*En el que continúa el coronel intruyendo á su hija acerca del matrimonio.*

Así como el labrador arroja sobre la tierra fértil su semilla, complacido con la esperanza de recibir frutos sazonados y abundantes; así el coronel no regateaba á su hija sus instrucciones, asegurado de que su dócil corazon las recibia con la misma bella disposicion que recibe el campo las primeras lluvias del verano. De suerte, que tanto gusto tenia el coronel en enseñar á su hija, como esta en recibir sus instrucciones.

Un dia, estando todos conversando sobre mesa, se tocó el punto de la malicia de los hombres que engañan con apariencias de verdad. Al momento se acordó Pudentiana de una promesa que le habia hecho su padre, y le dijo: Papá, el dia que

063215

nos convidaron para las honras de Pamela me dijiste que me darias algunas reglas para conocer á los hombres, las que me serian muy útiles en el discurso de mi vida. Se han pasado ya algunos dias y no me has dicho nada: sin duda que se te ha olvidado; pero ahora te lo acuerdo porque no quiero quedarme sin saber esas reglas.

Haces muy bien de querer saberlas, le contestó su padre, y ahora mismo te cumpliré mi promesa; pero ya te acuerdas que te he dicho que es empresa muy dificultosa el señalar estas reglas por el estudio que los hombres ponen en disfrazarse, y que solo un largo trato con ellos puede quitarles las máscaras y manifestarnoslos tales como ellos son; pero esta prueba, aunque es la mejor, no es la mas segura para una niña recatada, que debe huir todo trato y familiaridad con los hombres, miéntras no salga de la patria potestad para el estado del matrimonio.

En esta inteligencia, las reglas que te daré serán comunes y sencillas, y por lo mismo fáciles de aplicarlas cuando quieras. Atiende. En cuatro clases puedes dividir á los hombres, y en efecto me pare-

ce que no se dividen en mas ni en ménos, sino que cualquier hombre entra en alguna de ellas precisamente.

Primera clase. *Hombres de buen corazon y mala cabeza.*

Segunda. *Hombres de buena cabeza y mal corazon.*

Tercera. *Hombres de mal corazon y mala cabeza.*

Cuarta. *Hombres de buena cabeza y buen corazon.*

Analizaremos estas clases, dándote algunas señales de cada una, para que conozcas los hombres, segun á la que pertenescan.

PRIMERA CLASE.

*Hombres de buen corazon y mala cabeza.*

A esta clase pertenecen aquellos, cuyo corazon está dispuesto a hacer bien; pero muchas veces hacen mal por ignorancia, creyendo que obran con arreglo á la justicia. Su corazon está animado de deseos de acertar; pero su entendimiento atolondrado ó falto de la instruccion necesaria, concibe el mal como bien, y de aquí se sigue que á cada paso incurren en los errores que quieren evitar. Es-

ta clase de hombres son malos para superiores, porque como se encaprichan, siguen el error, y apenas alguna vez y con mucha dificultad se logra que varien de dictámen, sujetándose á un consejo prudente. Son malos estos hombres, como he dicho; pero son malos sin voluntad de serlo, sino por ignorancia, y por lo mismo merecen alguna disculpa. Peores son los de la

## SEGUNDA CLASE.

*Hombres de buena cabeza y mal corazon.*

Estos son aquellos que tienen bastante talento é instruccion; pero al mismo tiempo un corazon emponzoñado, y muy á propósito para cometer un delito, siempre que conciben que de él les puede resultar alguna satisfaccion ó conveniencia. Por lo general estos hombres son egoistas, intrigantes, interesables y perversos. Ninguna disculpa merecen, ni en el tribunal de su conciencia misma, que incesantemente los acusa y les reprende su proceder inicuo. Estos son malos para superiores, para compañeros, para amigos y para todo.

## TERCERA CLASE.

*Hombres de mal corazon y mala cabeza.*

Estos son los monstruos mas intolerables de la especie humana. Necios y con pésimas inclinaciones, apénas harán un bien por accidente: siendo lo peor la gran dificultad que tienen de enmendarse, pues ciegos y contentos con su torpe ignorancia, estan casi físicamente impedidos de conocer su triste situacion. Dije *casi*, para excusarles la disculpa moral, si la quisieran alegar. El hombre, siempre tiene el camino abierto para salir del error como quiera; pero los que estan bien hallados con él, jamas preguntan si aciertan ó yerran, por mas que les remuerda su conciencia; y he aquí la ignorancia que no tiene disculpa, porque se puede vencer si se quiere. Mas estos necios y perversos de que hablo, no tienen ni quieren tener otro maestro que su capricho. De consiguiente, como necios adoptan las mas detestables ideas, y como perversos las ejecutan siempre que pueden, y Dios nos libre de estar sujetos á esta clase de malvados con poder.

## CUARTA CLASE.

*Hombres de buen corazon y buena cabeza.*

Ningunas alabanzas serán desmedidas para alabar á los que corresponden á esta clase. Por el contrario de los anteriores, siempre piensan bien y obran mejor. Su entendimiento dócil é ilustrado les hace conocer la maldad y la virtud, y su voluntad bien dirigida, los incita á detestar aquella y abrazar esta. Y ¿quién dudará que semejantes hombres son buenos para todo? amigos verdaderos, vasallos fieles, esposos amantes, padres tiernos y ciudadanos útiles á cuantos tienen la dicha de tratarlos? Estos hombres, dignos siempre de la memoria de los buenos, ni se envanecen con las honras, ni se ensoberbecen con el oro, ni abusan del poder cuando lo tienen. En estos casos, cuando su mérito los eleva, ó los engrandece su fortuna, entónces es cuando brillan sus talentos y se perciben dulcemente sus bondades, lo mismo que cuando el astro luminoso del dia se eleva sobre nuestras cabezas, no para incendiarnos con sus rayos, sino para derramar sobre no-

sotros sus influencias benéficas y necesarias.

¡Ay, papá! dijo Pudenciana, ¿quiénes son esos hombres tan generosos y tan grandes á quienes no trastorna el oro ni el poder? Yo quisiera conocerlos para alabarlos sin cesar; pero pienso que me moriré con el deseo, porque solo tú eres tan bueno como los que has pintado.

Esa alabanza en otra boca me parecería irónica, porque á la verdad, no la merezco, dijo el coronel; mas en la tuya la estimo demasiado, porque sé que te la dicta el mucho amor que me tienes, que es el que te hace formar un concepto tan ventajoso de tu padre. Yo te agradezco tu cariño, y procuraré no desmentir tu corazon; aunque es bien que entiendas que ni tengo la bondad que piensas, ni aun cuando la tuviera, seria el único. Hay muchos hombres buenos, hija mia, sembrados sobre la haz de la tierra; pero es difícil conocerlos; y aunque hay muchos, la infinidad de perversos é hipócritas con quienes se hallan confundidos ó engastados, los hace parecer muy pocos y tambien muy raros en el mundo.

Tampoco debes olvidar que por des-

gracia, el mérito y la virtud las mas veces ó no se conoce, ó se arrinconan ó se persigue. Así que, no es mucho que los hombres que poseen estas recomendables circunstancias, no esten siempre ni todos en disposicion de comunicar á sus semejantes los efectos de su entendimiento y probidad; y ves aquí un motivo poderoso para que estos hombres ilustrados y benéficos nos parezcan ménos de los que son en realidad. En el cielo hay muchas estrellas, y no las vemos todas, ó porque una distancia enorme las hace inaccesibles á nuestra vista, ó porque algunas nubes nos interceptan sus luces.

Todo eso lo siento mucho, dijo Pudenciana, por cuanto dificulta el conocimiento de semejantes genios bienhechores. ¡Ojalá supiera yo algunas señas inequívocas con que poder distinguirlos de los demas!

Bien conozco, prosiguió el coronel, la sinceridad de tu deseo, el que es muy justo, y si Dios te destina para casada, ¡cuánto apreciaria que encontrases un hombre de esta clase! Tú quisieras lo mismo. Es natural, por eso anhelas por algunas señas particulares para el caso. Yo quiero

complacerte, dándote una sola, muy sencilla, pero inequívoca, y esta es, *la sólida y verdadera virtud*. El hombre que la posee es el verdadero hombre de bien, y de consiguiente, cumpliendo exactamente con las obligaciones que le impone su estado, se hace útil y apreciable en cualquiera clase que ocupa en la sociedad.—

Pero, papa, hay tantos hipócritas con quienes un hombre de estos se confunda, que me parece una empresa muy ardua el distinguirlos.—Es en efecto difícil distinguir al malvado hipócrita del verdadero virtuoso; pero no es imposible, en teniendo idea de lo que es hipocresía y de lo que es virtud. Hipocresía es el fingimiento ó la máscara del bien obrar, y la virtud es el constante ejercicio de este bien obrar.

Te parecerá quizá que esta definicion dice poco; pero no, hija, en ella sola te doy el termómetro mas infalible para distinguir al hipócrita del virtuoso. El primero puede aparentar virtud, y engañar ó alucinar á los que no saben qué es virtud, ni en qué consiste; pero no puede ser constante en este fingimiento. Semejantes

á algunas mugeres zonzas que pretenden pasar plaza de garbosas, fingiendo otro andar del que tienen por naturaleza, y á poco rato se les olvida y vuelven á su antiguo trote ó pasito cansado; así son los hipócritas, que por un momento fingen piedad, castidad, humildad, y si se quiere todas las virtudes; mas esta escena no dura mucho: no, no hayas miedo que te engañen si tú los observas despacio.

No duran mas los intervalos de un loco, que las apariencias de virtud en un hipócrita. A poco de fingir lo que quieren, se les olvida, y manifiestan su ordinario modo de proceder.

No así el virtuoso verdadero, el legítimo hombre de bien, y bueno de cabeza y corazón. Este, como acostumbrado al bien obrar, es constante en el ejercicio de la virtud. *Esta constancia* es el mejor garante que tienen los hombres de su hombría de bien, y *el saber observarla* es el medio mejor para distinguir al hipócrita del virtuoso.

Papá, dijo Pudenciana, ¿quién no te ha de entender, si te explicas con tanta claridad? Pero para mejor entenderte, quisiera que me dijeras en qué consiste la

verdadera virtud, pues mientras no lo sepa, no podré observar cual es el mas completo y verdadero virtuoso.

Ya yo supongo que la verdadera virtud no consiste en rezar muchas novenas, en andar con la cabeza inclinada al sueño, con los ojos bajos, ni el semblante mustio, ni en otras exterioridades, de que hacen tanto caudal los hipócritas é idiotas; pero no me acuerdo en qué consiste la virtud verdadera, y ciertamente que tú me lo has dicho otras veces.—Si te lo he dicho; mas nuestra memoria es harto débil, y se te ha olvidado esto como otras cosas: pero atiende. Preguntaba una vez un jóven á Jesucristo, qué haria para salvarse. Guarda los mandamientos, le contestó nuestro divino Maestro. ¿Y para ser perfecto? prosiguió preguntando el jóven, á quien respondió el Señor: Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, dálos á los pobres, toma tu cruz, y sígueme. He aquí en dos palabras explicado por la Sabiduría eterna en qué consiste la virtud verdadera y la perfeccion cristiana de ella misma. El que guardare exacta y constantemente los mandamientos del Señor, será verdaderamente virtuoso, y el que, á mas

de esta indispensable observancia, tuviere la heroica resolucion de desprenderse de todos los intereses temporales, y de conformar en todo su voluntad con la de Dios, ese será, no solo virtuoso y arreglado, sino justo y perfecto, en cuanto cabe, en el estado de viador en esta miserable vida. Los que faltasen á aquella observancia y á aquel despego total de las cosas humanas, serán solamente unos hipócritas de virtud y santidad por mas exterioridades y gasmoñerías de que se valgan. Alucinarán alguna vez á los que juzgan de las cosas con ligereza; pero nunca á los que como tú saben ya en qué consiste la virtud y cuáles son las señas que convienen á los verdaderamente virtuosos.

De manera, papá, decia Pudenciana, que siendo lo mismo ser virtuosos que hombres de bien, ninguno que no guarde los preceptos del Decálogo en todas sus partes, puede ser virtuoso, y de consiguiente ni hombre de bien, ó como se dice, hombre de honor.—¿Eso qué duda tiene?—Ya se vé; pero yo he oido decir que entre los gentiles ha habido y aun hay entre los moros y protestantes de otras

comuniones diferentes de la nuestra, muchos hombres de bien, y tales que sus conductas pudieran avergonzar las de muchos católicos relajados. Esto me hace creer ó que es falso que haya habido tales hombres de bien en el mundo sin ser cristianos, ó que si los ha habido, puede haberlos sin guardar los diez preceptos dichos, pues los protestantes y moros no los guardan; y entónces sale de ahí, que para ser hombre de bien no es menester guardar los mandamientos.—Asi debería ser si no fuera tu raciocinio equivocado; pero has de saber, hija mia, que aunque es indudable que entre los gentiles, moros y otros que no han conocido ni adoptan nuestra religion ha habido y hay muchos hombres de bien, todos estos han guardado y guardan escrupulosamente los preceptos del Decálogo....—Pero, papá, ¿cómo los pueden guardar si no los saben?—Esa es la equivocacion, hija mia; pero has de saber que todos los hombres nacen con el conocimiento de esta ley impresa en el alma; y de consiguiente ligados á su observancia.—

Segun eso, papá, ¿aunque Dios no hubiera dado á Moises los diez preceptos

en el monte Sinai, todos sabriamos cuáles eran y que los debiamos cumplir?—Sí, hija mia.—¿Entónces todos los que precedieron á Moises nacieron con este conocimiento y obligacion?—No tiene duda, y de consiguiente todos los que no gozaron en el seno de Abraham del fruto de la redencion del género humano, fueron infractores de estos preceptos con cierto conocimiento de ellos.—Pues la verdad, papá, hablemos de otra cosa, porque esas son muchas honduras para mí, y no soy capaz de comprender cómo podrá un hombre saber lo que no le han enseñado.—No hay cosa mas fácil. Atiende.

Todas las naciones del mundo, sin exceptuar las bárbaras ó salvages, de unánime consentimiento, en todos los siglos han convenido en que hay un solo Dios, esto es, un Ser Supremo, autor de la naturaleza, y de quien dimana todo el bien á las criaturas. Sin ninguna revelacion conoce el hombre, por bárbaro que sea, que no se hizo á sí mismo, y que no tiene virtud ó poder para hacer producir ninguna cosa de la nada: conoce tambien que es superior con mucho á los astros, á los brutos, á las plantas y á todas las criatu-

ras que lo rodean, y de aquí deduce aunque no quiera, la existencia de un ser soberano, independiente y autor de cuanto mira; porque... así se explica el mas rústico en su interior cuando se detiene á contemplar estas verdades: si yo que soy la criatura mas perfecta en la naturaleza, segun que me lo manifiesta la superioridad que tengo sobre sus demas seres, ni pude hacerme á mí mismo, ni puedo criar un gusanillo, ni un átomo de arena, ménos hará otro tanto el caballo ni el monte, el pájaro ni el rio, ni ninguna otra cosa de cuantas me son inferiores en inteligencia y en poder. Luego algun ser hay superior á mí y á todo cuanto existe, pues fué bastante á hacernos existir. Este Criador es un Autor benéfico, pues él me dió los ojos con que miro la hermosura del campo y de los cielos; el paladar con que gusto la dulzura de las frutas; el olfato con que percibo el aroma de las flores; el oído con que escucho la melodía de los pájaros, y una particular inteligencia con que me proporciono las comodidades de la vida, y me resguardo de las intemperies y peligros con mas acierto y ventajas que las aves, los brutos y los peces. Este ser so-

berano es acreedor no solo á mis respetos y gratitud, sino tambien á mi temor, pues siendo tan poderoso y tan señor me podrá deshacer con la facilidad que me hizo, si yo lo disgustare alguna vez.

He aquí, hija mia, el modo con que han pensado todos los hombres acerca de la Deidad suprema: por este convencimiento en todas partes han tributado cultos y homenajes al Autor de la naturaleza. Es verdad que han errado en el modo de tributarlos, pero no en el fin. La ignorancia y la soberbia los han precipitado en mil abismos de delirios. El hombre incapaz de conocerse á sí, ha pretendido conocer á su Criador: por eso unos lo han adorado en el sol, otros en el fuego, estos en un buey, aquellos en un cocodrilo, y finalmente, lo han querido hallar entre los materiales objetos que les presentaba la naturaleza. De aquí nació la turba de gentiles idolatras que siempre anduvo á tientas buscando la deidad inaccesible; pero siempre reconociendo este Autor soberano, Dios de dioses y objeto único de sus cultos y adoraciones.

Apénas hubo hombres cuando hubo religion. Esta fué desarrollándose á propor-

cion que se aumentó la poblacion del mundo. Al necesario conocimiento de Dios siguió el culto exterior; se instituyeron sacrificios y ministros que los ofrecieran con el pueblo; se erigieron aras y templos; se inventaron fiestas y solemnidades; se reconocieron los templos como lugares propios para orar y como asilos para refugiarse en ellos de las persecuciones inminentes; se inventaron rogativas para aplacar el celestial enojo: se compusieron himnos y cánticos para alabar á Dios en todos tiempos, se admitió el fundamento como sagrado y como el sello de la verdad: de consiguiente se castigó al perjuro como sacrilego; se dedicaron dias particulares para el culto, y en todas partes fué adorado, aunque entre tinieblas, el augusto nombre del Señor, y reconocido su poder.

Hasta aquí ya ves como todas las naciones han convenido en que hay un Dios solo y único autor de cuanto existe: en que este Dios es poderoso, benéfico y temible: en que por lo mismo es acreedor á que le amemos sobre todo, á que no profanemos su nombre santo, y á que le consagremos nuestros cultos y adoraciones. ¡Y quién les ha enseñado á los hombres estas subli-

mes verdades? Dios mismo, dice el Real Profeta: Tú, Señor, has impreso en nuestros corazones la luz de tu divinidad.

Estos son los tres preceptos que pertenecen al honor de Dios. Los otros siete que pertenecen al provecho del prójimo, también se los enseñó la naturaleza dirigida por Dios, bajo de esta sencillísima idea: no hagas á tus semejantes el mal que no quisieres recibir de ellos.

Segun este principio de derecho natural, y sin mas luz, conocieron los hombres que no les era lícito dañar á nadie, ni en la honra, ni en la hacienda, ni en la vida. Por tanto, luego que se reunieron en sociedades, formaron sus códigos, y señalaron penas contra los injustos agresores, no dejando en parte alguna sin castigo el robo, el adulterio, el homicidio y los demás crímenes que se cometían con notable perjuicio de los hombres.

Estos, guiados por la naturaleza dirigida por su autor, no solo conocieron que no debían perjudicarse, sino también socorrerse mutuamente en sus desgracias; pues así como cada uno se reconocía con cierto derecho para reclamar los auxilios de sus semejantes en caso de necesidad,

así también conocía en sí cierta obligación de ayudar á sus iguales en el mismo caso; y de aquí tuvieron origen las leyes justas, los establecimientos piadosos, y los hechos benéficos y heroicos que admiramos aun entre las tinieblas del gentilismo.

En vista de estos conocimientos naturales, ¿qué novedad nos puede causar un Aristides, un Marco Aurelio, un Sócrates, un Tito y otros mil hombres de bien, esto es, hombres de conducta arreglada y corazón benéfico, que entre los errores del paganismo, se distinguieron del comun de sus coetáneos, derramando sus luces y prodigando beneficios á sus semejantes? Tales fueron muchos de estos grandes hombres, que los pueblos reconocidos á sus bondades, se tomaron la libertad de divinizarlos despues de su muerte, creyendo que no llenaban de otro modo las sagradas leyes de la gratitud, y persuadidos á que un hombre bienhechor ó era Dios, ó no desmerecía de serlo. ¡Tanto es el amor y respeto que se grangea la beneficencia cuando recae sobre un corazón agradecido!

Pero lo que hace á nuestro intento es que estos hombres amados de los pueblos,

no lo fueron por otra cosa sino porque respetaron á sus Dioses, obraron con arreglo á la justicia, y léjos de ofender á sus semejantes, los llenaron de beneficios. Esto es en nuestra religion amar á Dios sobre todo y al prójimo como á nosotros mismos; y esto tambien es, en cierto modo, guardar los preceptos del Decálogo sin noticia quizá de los Profetas ni Escrituras (\*), pues ántes que Dios en el Sinai grabara sus preceptos en unas piedras para dárselos á Moises, ya los habia impreso naturalmente en los corazones de los hombres, segun te lo he manifestado, y de esto debes necesariamente deducir que si hubo entre los paganos algunos hombres de honor, solo fueron los que tributaron el debido culto á la deidad, los que jamas dañaron á sus semejantes, los que beneficiaron á los desgraciados; y en dos palabras, los que amaron á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos. De otro modo no serian ni podrian ser

(\*) Aunque los fenicios, griegos y romanos forjaron sus fábulas sobre los libros de Moises, muchos existieron ántes que él, otros despues, y ni noticia tuvieron de sus escritos.

hombres de bien, sino unos fantasmas de bondad.

Lo que decimos de los antiguos gentiles, hemos de asegurar de los modernos protestantes. Hay entre ellos y ha habido muchos naturalmente virtuosos, y cuyos escritos nos manifiestan que poseyeron unas conciencias timoratas y unos corazones llenos de beneficencia (\*).

Es verdad que como separados del seno de la verdadera religion, fuera del cual nadie puede salvarse, hicieron sus virtudes infructuosas para si mismos. Aisladas sus buenas acciones en el órden natural, desnudas de fe y de caridad, no pasaron de virtudes morales: de consiguiente no fueron meritorias ante Dios. Si se abstuvieron de cometer el mal y obraron el bien, no fué en primer lugar por complacer á Dios como el católico virtuoso, sino porque naturalmente les era odioso el vicio, y por la satisfaccion que experimentaban cuando hacian algunas obras buenas, y tal vez

(\*) Las obras de los célebres ingleses Young y Hervey, no ahorran de amontonar nombres de protestantes en cuyos escritos brilla, como en los dos primeras, la moral mas sana y arreglada al evangelio de Jesucristo.

por lisonjearse con la brillante reputacion que estas les grangeaban. Sin embargo, la memoria de estos hombres no hubiera pasado á la posteridad con elogio, si no hubieran tenido y cultivado estas virtudes, ni estas hubieran resplandecido en ellos en tanto grado, si no hubieran cumplido exactamente los siete preceptos del Decálogo que pertenecen al prójimo y los tres divinos que pertenecen al culto del Ser Supremo.

Si esto es así, es necesario confesar que ni pudo, ni puede haber hombres de bien en el mundo sino arreglándose á la pauta de estos preceptos divinos. La digresion ha sido larga, pero yo la he juzgado importante para tí.

Y como que lo ha sido, papá, dijo Pudenciana: yo ántes de ahora, pensaba que todos los que no eran católicos eran sacrílegos, vengativos, avaros, crueles; en una palabra, libertinos y viciosos hasta el extremo.

Pensaba tambien que los que nacieron ántes de la venida del Mesias, no tuvieron ni pudieron tener ninguna idea acerca de la Deidad Suprema, y se me habia olvidado que ya me habias dicho que mu-

chos paganos sabios, aunque en lo exterior fingian creer la pluralidad de dioses que veneraba el pueblo, en lo interior conocian que era un delirio admitir un poder divino repartido entre muchos soberanos, ó reyezuelos celestiales.

Por último, pensaba yo que se podia ser verdadero hombre de bien en el mundo sin sujetarse á la santa ley que nos gobierna; pero ya veo que el que aspire á este título de honor, ha de guardar estos diez preceptos; ménos no hay tal hombría de bien, ni tal honor en ninguno. Yo te doy las gracias, papá, por tus buenos documentos, y te suplico que me des otras señas mas claras para distinguir á los hombres honrados de los que fingen serlo; pues ya tú ves que no es fácil andarles á todos á los alcances para ver si guardan ó no los mandamientos, y seria muy oportuna una señorita reservada para conocer al pícaro y libertarse de él. ¡Oh, cuanto valiera esta piedra de toque para elegir un buen marido! Pues, digo, allá á las que piensen en casarse.

Y á tí tambien te servirá si pensares en eso alguna vez, dijo el coronel; pero aunque ya sé cual es la seña segura que tú

quieres, temo decírtela porque no vayas á querer experimentarla por tí misma. ¡Ay, papá! pues si es seguro ¿qué riesgo hay en que se experimente? En que se experimente no hay riesgo; en que no se salga bien en la prueba está el riesgo.—¿Tan contingente es la victoria?—Sí, tan contingente; y mas hecha por una jóven inexperta, y acaso ciega con la pasión del amor.—¿Pero las pasiones no se pueden sujetar á la razon? . . . Sí, pero no siempre, y mucho ménos cuando no tenemos testigos de nuestras habilidades.—Segun eso, la prueba de que V. me habla se debe hacer á solas con los hombres para calificar su honradez?—Que se debe, no diré; pero sí, que la soledad la facilita sin equivocacion.—Ya me desespero por saber qué prueba es esa tan arriesgada por una parte, y por otra tan segura.—Y yo ya conozco lo que ha excitado tu curiosidad. Voy á satisfacerla. Has de saber . . . Señores, corran sus mercedes, que se ha caido de la escalera la Señora Beata, y se ha medio matado. El furioso grito que dió la criada cuando entró con esta noticia, deshizo la conversacion. Todos nos levantamos apresurados, especialmente D.<sup>a</sup> Matilde, que habia

estado en ella como de palo, gustando de la instruccion de su marido; pero como cualquier desgracia nos sorprende, y mas cuando recae en nuestros deudos ó amigos, no fué mucho que esta fuese la primera en levantarse y salir corriendo á favorecer á su tia.

Tan presto lo hizo, que cuando nosotros llegamos á la escalera, ya habia levantado á la dolorida beata, y la subia apoyada en su brazo.

No fué cosa de cuidado el golpe, pues solo se lastimó ligeramente una rodilla.

Luego que entró á la sala, se sentó, se le dió una poca de agua fria por el susto, y unos bizcochitos con un traguito de vino por la debilidad, con cuyos auxilios se restableció la enferma en un instante, y se volvió risa la memoria de la caida.

Así que estuvo confortada y del todo serena, le dijo D.<sup>a</sup> Matilde: Pero tia, qué negocio trajo á V. hoy á casa, que venia ó tan distraida ó tan de priesa que se cayó de la escalera?—¡Ay mi alma! un asunto de suma importancia, cual es avisarles los grandes cuidados de Eufrosina y de Pomposa, que como ustedes no han parecido por allá desde el dia de los honras de Pa-

mela, no han sabido nada.—¿Pues qué ha sucedido, tia?—¿Qué ha de suceder, sino que desde la noche de las honras espantan en la casa! Si la perrita hubiera sido gente, yo dijera que andaba en penas; pero no lo puedo decir, porque al fin Pamela no era gente ni lo soñó en su vida, aunque no le faltaba mas que hablar.—Pero, señora, qué clase de espantos son esos?—Terribles, D. Rodrigo, sí, terribles. Sobre que han andado buscando casa todos estos dias, y dice Eufrosina que de hoy á mañana se muda, mas que sea á una accesoria ó á una casa de vecindad.—¿Tan grandes son los espantos?—Sí, señor: le parece á V. poco que en la noche de las honras viera Pomposita al diablo?—¿Al diablo!—Sí, señor, al diablo, al mismito diablo vió la pobre muchacha.—¿Y qué señas dice que tenia?—¿Cómo qué señas? ¿Tenia su cara muy fea, sus cuernos, su cola y sus zancas largas.—¿Y en dónde lo vió?—¿Cómo en dónde? en su recámara, como á las dos horas de haberse acostado.—Pero díganos, V., D.<sup>a</sup> María, ¿qué, bebió mas vino despues que nos despedimos?—¿Qué vino habia de beber? Ni lo volvió á probar.—¿Y en qué paró el espanto? ¿cómo se deshizo

la vision?—Porque á los gritos de ella despertaron todos y se levantaron para acompañarla.—¿Válgate Dios por espantos! ¿Y lo ha vuelto á ver otra noche?—Sí, señor: á la segunda noche lo volvió á ver mas grande y mas feo que la primera. A sus gritos y los de la criada que la acompañaba, entraron mi sobrina y su marido en su recámara, y se desapareció el enemigo. A la tercera noche ya no tuvo valor Pomposita para dormir allí.—Con razon, dijo D.<sup>a</sup> Matilde: yo tampoco hubiera dormido; ¿pero que hizo?—Se fué á dormir á la asistencia, y allí tambien la persigue el maldito.—¿Es posible?—Como te lo digo, niña. A las doce de la noche le empezaron á tocar la pared de la cabecera, y no decir que sea S. Pascual Bailon que le avisa que está cercana su muerte, porque ella jamas ha querido ser su devota por no oír esos toquidos; y así ¿quién puede ser sino el duende que ha cogido á cargo á la infeliz muchacha?

Así es, dijo el coronel, el diablo son los duendes. ¡Pobré de mi sobrina!—Vea V. si tienen razon de quererse mudar.—Ya se vé que la tiene, y sobrada. Está de ver al diablo en cuerpo y alma, y oír golpes en la

cabecera, no es cosa de juguete.—¿Y qué dice Pomposita de esas cosas, y su madre también?—¿Qué han de decir, sino que son avisos del cielo! y ya las dos han resuelto mudar de vida.—Eso siempre es muy bueno; pero si el diablo hubiera sabido lo que habia de suceder, no se mete en espantarlas, porque no le tiene cuenta que se convierta ninguna alma; mas al pobre no le dió esto por las narices, y se ha llevado un buen chasco.

Noramala para él, decia la beata: yo me alegro de que se haya pegado esa burla.—Cuénteme V. tia, prosiguió Pudenciana, ¿y qué cosas ha hecho mi prima al principio de su conversion? Pues, lo pregunto para cuando yo me convierta.—Qué ha de hacer, niña: las dos se han ido á confesar, y ya Eufrosina no quiere tertulias: ya despidieron al maestro de baile: Pomposita ha tirado todas las esencias de olor, y ha guardado sus peinetas y alambres con que se componia la cabeza.—¿Ay tia! no me lo diga V. ¿á tanto ha llegado?—Sí, mi alma: si tú la vieras, no la conocerias, porque está tu prima de lo vivo á lo pintado. Ha compuesto sus túnicos, ha comprado zapatos negros y todo el dia está suspirando,

mirando un Santo Cristo y leyendo la vida devota de S. Francisco de Sales, y hoy me ha pedido que busque la vida de Santa Rosalia; y segun yo barrunto, puede esto venir á parar en que sea monja teresa. En fin, desde la noche de los espantos una Pomposa llevaron y otra trajeron; pero aunque ya no la espantan, ella no entrara á aquellas piezas, si la mataran, y no dejan de buscar la casa.

Muy bien hecho, decia D. Rodrigo; pero si V. vuelve hoy á verlas, digale á mi hermana y D. Dionisio que digo yo, que no se aceleren demasiado por mudarse; que á la noche iré allá con mi muger y Pudenciana; que me pongan la cama en el mismo lugar donde estaba la de Pomposita. . . .—¿Ay, señor D. Rodrigo! ¿y para qué quiere V. hacer eso?—Para ver al diablo, porque no he visto uno en mi vida, sino pintados; y pues en casa de mi hermana se deja ver tan á lo vivo, no es de perder semejante espectáculo.—¿Por cierto que quiere V. ir á bonita comedia!—¿Le parece á V. que será poca diversion ver una cosa invisible?—V. creo que no lo crée, señor coronel.—Cómo no, lo creo tanto como creer que hay hechizos, bru-

jas, vistas que hacen daño, muertos que se aparecen, fantasmas, dinero enterrado que avisa de noche donde está con su luz opaca y lisonjera, y otras cosillas de este mismo tejido.—Pues qué ¿dirá V. que no hay nada de eso?—Sí, lo mismo que el diablo que se le apareció á mi sobrina.

Pues ya se vé que sí, decia la beata; y si estas cosas no fueran verdad, no se leyeran en los libros impresos con letras de molde y con las licencias necesarias, ni se oyeran asegurar por personas muy sabias y muy cristianas.—¡Ah, señora! si se quemaran todos los malos libros, y si emudecieran todas las lenguas ignorantes acreditadas de sabias entre los muchachos, ¿cuántos errores se cortarían de raiz!

La multitud de milagros y espantos apócrifos que se hallan esparcidos en los libros, y defendidos como verdades inconcusas por personas que parecen sabias, son los que han abierto la puerta á infinitos errores, abusos, vana confianza, fanatismo y supersticiones, en que el vulgo de todas clases se halla empapado, no solo en nuestro reino, sino en todo el mundo; pues en todas partes cuecen habas.

Lo mas sensible es que los que con una

piedad falsa han querido hacer valer la religion con estas patrañas, no han conseguido otra cosa que hacerla terrible para los propios, y ridícula para los extraños.

Nuestra religion con la santidad de su instituto, con la solidez de sus pruebas, con la excelencia de su dogma y justificada moral, brilla sin necesidad de falsos espejuelos ni oropeles.

El Ser Supremo para hacerse temer de los malvados, no necesita del demonio, ni de hacer titeres espantosos, dando á cada instante cuerpos áereos á los espíritus infernales; ni para hacerse amar y prodigarlos sus beneficios, está todos los días invirtiendo el órden que prescribió á la naturaleza. El creer lo primero, es figurarnos una Deidad mezquina; y el esperar y pedir lo segundo, es tentar á Dios, esto es, querer hacer prueba de su poder, lo cual es un insulto sacrílego á su omnipotencia.

Pues V. dirá lo que quiera, decia la beata; pero de que hay espantos, los hay. En vida de la señora mi madre, que era yo muchacha, habia en Méjico un hervidero de duendes y fantasmas, que no era dable, y yo me acuerdo que recién muerta su merced, la ví dos noches palpablemente al

entrar en la recámara donde murió, y una vez oí que me llamó y me dijo muy claro: María, María. Pues esto á mí me pasó, no me lo contaron, y la ví con estos ojos que se han de comer la tierra. Lo mismo digo de los milagros que cada día se ven á millares. ¿No vé V. cuantas muletas y piesecitos de plata y de cera estan en los altares de algunos santos? ¿Quiere V. mas prueba? Y por fin, ¿no se acuerda V. del milagro tan patente que pasó habrá doce ó trece años con Pomposita cuando se cayó del balcon, y no recibió el mas mínimo daño sino el susto? Pues esto no lo puede V. negar, porque lo vió con sus mismo ojos.

Es verdad, contestó el coronel, yo lo ví, ó si no lo ví me lo contaron; pero fué cierto que la niña cayó del balcon y quedó ile-  
sa; pero eso fué casualidad, no milagro: milagro hubiera sido que se le hubiera hecho pedazos el casco en la lana; pero que no se matara una criatura de tan poco peso, al caer de un balcon no muy alto sobre un monton de lana blanda y esponjada, no puede ser milagro, mas que así le llame V. desde ahora hasta el fin de sus dias. Fué casualidad que hallara prevenido en el suelo tan buen colchon, y cayen-

do en él, fué cosa muy natural que no se matara ni se rompiera la cabeza. Ahí me las den todas.

—¿Conque no fué milagro?—No, señora, no fué milagro.—Pues sí, señor, fué milagro, y muy milagro, que lo hizo nuestra Señora de la Soledad de Santa Cruz, Señor San Agustin, y mi madre Santa Rosa de Lima, á quienes yo invoqué, aunque tan mala y pecadora.—La creencia de V. es piadosa, pero el hecho no fué cierto, porque ni esos santos hicieron tal milagro, ni pudieran hacerlo—¿Ay Jesus! ¿qué es lo V. dice? No pudieran esos santos hacer ese milagro?

No, señora, ni otro ninguno.—¿Ay, qué es lo que oigo! ¿Ni la Santísima Virgen que está en el cielo puede hacer un milagro?—No, ni la misma Emperatris Sagrada.—¿Has oido, Maltilde, que heregía tan grande ha dicho tu marido? ¿Jesus sea aquí, Ave María Purísima!...—No se espante V. tia, que no ha dicho Linarte ninguna blasfemia.—Ya se vé que no. Mi papá es muy cristiano, añadió Pudenciana; y la venerable beata, llena del espanto mas pánico ó infundado, preguntaba: ¿Pues qué tambien ustedes son de su opinion? ¿tam-

bien ustedes aseguran que ni los santos ni la Virgen María hacen milagros? —De fuerza lo hemos de asegurar así, cuando nos lo enseña la Iglesia.—¡La Iglesia! ¡Qué testimonio!—Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar. Ya todos los de esta casa son heréges. Es menester delatarlos. Ellos son mis parientes, pero no tiene remedio: de aquí derecho á la Inquisicion. Sí, sí, que los quemem: primero es el alma.

No se dé V. tanta priesa, señora, decia el coronel con mucha paz: no vaya V á incomodar con esos chismes á los inquisidores, porque le dirán que es una tonta, y que no sabe los principios de su religion. Aprenda V. primero, y luego nos irá á acusar al tribunal que quiera.—Yo no contesto con descomulgados, y esa descomunion es de participantes: sí, de participantes, y yo no me quiero salar. Me tapo las orejas, y me voy de esta casa condenada. No en valde me caí de la escalera al entrar; pero ahora lo verán, herejotes, se han de acordar de mí....

Diciendo estas y otras simplezas, se salió de la sala la buena vieja. Matilde y Pudenciana muy apuradas querian detenerla,

y la primera decia á su marido: Déjame ir á detener á mi tia, no vaya hacer una tontera. Es verdad que no le harán aprecio; pero en quita, pon y desembaraza, se nos puede seguir algun extravio, y cuando no sea otro que las hablillas de los que ignoran la realidad del caso, son de temer, y se deben evitar.—Déjala que vaya con Dios: no hagas aprecio de eso, ni tengas cuidado. ¿Acaso los jueces son ignorantes ni pueden proceder con tropelia? Ellos en la delacion conocerán la ignorancia de la madre beata, y cuando les quede alguna duda, luego que me oigan se satisfarán de la pureza de mi proposicion.—Es verdad, pero ¿qué gana tienes de esas contestaciones? ¿Ya lo ves? delante de los muy ignorantes y virtuosos fanáticos no se puede hablar nada, porque todo lo entienden mal y lo interpretan peor.

Mientras que el coronel y D.<sup>a</sup> Matilde hablaban estas cosas, se marchó la necia beata, y nosotros no dejamos de quedar con algun cuidado, que no se nos quitó hasta la tarde, como verá el lector en el capítulo que sigue.

## CAPITULO II.

*En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.*

Muchas veces una casualidad origina una desgracia, y otras evita una desazon. Esto último aconteció entre el coronel y D.<sup>a</sup> María. Iba esta firmemente resuelta á acusarlo, cuando la encontró Carlota, le preguntó por él y su familia, y la beata despues de referirle lo acaecido, le dijo como iba determinada á delatar á todos. Carlota era muy prudente; y así dijo que la intencion era muy buena, pero la hora muy incómoda, pues era medio dia, y los señores estarian en sus casas, y tal vez comiendo: que sería mejor ir á casa de D.<sup>a</sup> Eufrosina, comer allá, dormir siesta, y á las cuatro y media ó á las cinco de la tarde pasar al tribunal á delatarlos. Con esto se serenó la vieja, y ambas se fueron á casa de D. Dionisio, porque Carlota no quiso separarse de ella.

Luego que llegaron, contó la beata cuanto le habia pasado con el coronel, añadiendo é interpretando á su antojo lo que le pareció, con lo que sorprendió á Eufrosina y su marido, á Pomposa, al padre D. Jai-

me y á otras personas que asistieron á su informe, y se admiraban con razon, como que conocian bien el fondo de talento y religion del coronel; pero no se atrevian á contradecir á la vieja, pues ella juraba que así era segun lo referia.

Carlota, cuidadosa de la suerte de Matilde, no quiso despedirse, sino que envió á llamar á su marido el caballero Jacobo, á quien hizo sabedor de la desgracia que amenazaba á su amigo Linarte.

Sin embargo del general cuidado, pusieron la mesa, comieron y se recogieron para pasar la siesta. Todos estaban apesadumbrados, pero serenos respecto de sí mismos; ménos la beata, que ni durmió, y ya no veia la hora de que dieran las cuatro, para cumplir con las obligaciones de cristiana, segun decia.

D.<sup>a</sup> Eufrosina á las tres envió el coche á su cuñado, mandándole decir que fuera luego luego, que le importaba mucho porque allá estaba la tia D.<sup>a</sup> María.

El coronel recibió el recado con aquella serenidad que inspira la inocencia; y así, sin apresurarse, se levantó de su sofá, tomó chocolate, hizo que lo tomaran Matilde y Pudenciana, que estaban

con harto susto, y así que concluyó dos cartas que tenia que enviar á la estafeta, mandó que se vistieran las señoras, tuvo cuidado de que se previniese lo perteneciente á la casa, y cuando ya todo estaba organizado, cerró las puertas principales, tomamos el coche y nos fuimos para la casa de su cuñada.

Cuando llegamos, la hallamos toda alborotada, porque ya habian dado las cuatro, la beata porfiaba por ir á su negocio, y todos rodeados de ella se lo impedian.

Luego que vió al coronel y su familia, cerró los ojos, se tapó las orejas, y con unos gestos de energúmena decia: Déjeme salir de aquí, yo no quiero conversar con herejotes: los aborrezco, los detesto, los abomino. Si estos fueran mi padre y mi madre, haria lo mismo que voy á hacer. Sí, sí, primero es Dios y su santa fe que todo el mundo.

Sin embargo de que los visages de la beata tonta excitaban la risa de los circunstantes, no dejaban de esperar malos resultados los amigos y deudos del coronel y su familia, mucho mas cuando notaban que la denunciante no desistia de su intento.

La sensible Matilde y amorosa Pudenciana padecian mas que todos en aquella ridícula escena, y con lágrimas en los ojos procuraban aplacar á su tia; pero en vano. Esta mas se irritaba al oirlas hablar, y creyendo que aquel llanto era efecto del temor del merecido castigo por su culpa, se empeñaba mas en salirse con la suya.

El coronel instaba que la dejaran ir donde quisiera, que no tuviesen cuidado, que él se defenderia, que aquello no era nada; mas sus razones no calmaban el sentimiento de los suyos ni el temor de sus amigos, y así mas por serenarlos á todos que por otra cosa, determinó sosegar á la tia María, lo que consiguió de esta manera. Déjenla, señores, decia en voz alta, déjenla que vaya donde quiera. Yo tambien tengo que acusarla, y los dos nos quedaremos en la cárcel: yo por herege, y ella por gentil. ¿Yo por gentil? preguntaba la beata muy apurada.—Sí, señora: por gentil ó gentila, como V. quiera. Herege es el que niega alguno de los misterios de la fe que profesó en el bautismo, y gentil es el que carece en lo absoluto de esta fe ó conocimiento sobrenatural.—¿Pues qué yo no tengo fe?—No, ni sabe V. qué cosa es

00 3215

fe.—¿Cómo no? La fe es un conocimiento sobrenatural, con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos enseña.... Es así que V. no cree lo que Dios dice, ni lo que le ha enseñado la Iglesia, luego no tiene fe: y si no tiene fe, es gentil.... Descomulgadote, ¿quién asegura que yo no creo lo que me enseña la Iglesia?.... Yo lo digo, y se lo voy á probar á V. en sus bigotes; y si no lo probare bien, á juicio de estos señores cristianos que nos oyen, desde ahora para entónces y desde entónces para ahora, me obligo en toda forma con mis bienes habidos y por haber, á que refresquemos todos de mi cuenta esta noche: item mas, á darle á V. treinta pesos para un hábito nuevo de cristal, y á que mi muger y mi hija le hagan unas tocas nuevas. Vamos á argüir: sentémonos.

El estilo festivo del coronel calificó su inocencia, é hizo reir á todos, hasta á la beata, que segura en que no le podian probar que era gentil, concibió la lisonjera esperanza de afianzar los treinta pesos prometidos; y así sentándose en compañía de los demas, escuchó al coronel, que se explicó de esta manera.

Ya VV. señores, habrán advertido que la tia D.<sup>a</sup> María se ha escandalizado grandemente por una proposicion que me ha oido. Todos los dias hay gentes que se escandalizan, y otras que temen escandalizar sin fundamento, sino solo porque ignoran lo que es escándalo. D.<sup>a</sup> María es una de ellas; y así VV. me permitirán que le explique brevemente lo que es escándalo, por lo que nos pueda importar. Oiga V. señora.

El escándalo, segun los moralistas, se divide en activo y pasivo. Activo es el que uno da con acciones ó palabras que causan ruina espiritual al prójimo, y este se puede dar no solo con acciones malas y prohibidas, sino tambien con buenas y lícitas; como por ejemplo: lícito es que yo acaricie á Matilde; pero si lo hago con ósculos y abrazos delante de algunos jóvenes de ambos sexos, ya no es lícito, por el escándalo que puedo darles, particularmente si ignoran que es mi esposa.

Escándalo pasivo es el que se recibe de las mismas acciones.

El escándalo activo se divide en especial y general. El primero es el que se da

con intencion de que otro peque y se condene, y este se llama *pecado de demonios*. El segundo es el que se da sin ese fin determinado, sino solo por la complacencia que nos resulta de la accion, como el que da á una muger el que la induce al pecado, no precisamente porque peque y se condene, sino por satisfacer su apetito.

El escándalo pasivo es de tres maneras: farisaico, de párvulos y de frágiles. El primero es aquel escándalo que se recibe no porque la accion sea en sí mala de modo alguno, sino por la depravada malicia del que la ve, y se escandaliza aun de las cosas buenas, como se escandalizaban los fariseos de que Jesucristo hiciera milagros en sábadó.

El escándalo de párvulos es el que nace de una ignorancia natural, como si uno se escandalizara de ver trabajar en domingo, sin saber la necesidad ni la dispensa con que se hacia.

El escándalo de frágiles es el que se recibe por nuestra humana miseria, que toma ocasion para pecar de cualquier cosa.

En vista de esta doctrina, ya V. entenderá que su escándalo ha sido de párvulos, porque lo ha ocasionado su ignorancia;

pero si despues que yo explique mi proposicion siguere escandalizándose, ya entónces es su escándalo farisaico, y por lo mismo despreciable.

Yo dije, señores, que no fué obra milagrosa sino muy natural, que esta niña no se matara, cuando siendo pequenita cayó de un balcon sobre un monton de lana; y á seguida aseguré que ningun santo, ni la misma Reina de los cielos puede hacer un milagro.

Esta señora no esperó razones, sino que tapándose las orejas, se salió de casa escandalizada de la maña herégia. Cuando solo se oyen medias palabras ó no se entiende el sentido de ellas, es fácil sacar consecuencias criminales de las cosas mas inocentes, y formar los conceptos mas ridiculos. Estas son las ventajas que ofrece la ignorancia junta con el atolondramiento. La ocurrencia de la respetable D.<sup>a</sup> María me ha hecho acordar de un chiste que le voy á referir para que escarmiente y se divierta. Un pobre hombre llamado Blas, encontró un encorozado en una calle; este llevaba un letrero en la corroza que decia: *Por blasfemo*: el buen hombre solo leyó la mitad del rótulo, porque

la otra mitad estaba al lado opuesto de su vista; sin mas averiguacion marchó para su casa, y lleno del mayor susto le dijo á su muger: Hija, por Dios, que de hoy en adelante no me digas Blas: dime Juan, Antonio, Pascual ó lo que quieras; pero no me digas Blas por vida tuya, porque es un gran pecado llamarse Blas, y tanto que sacan encorizados á los Blases....¿Cómo así? preguntaba su muger muy admirada: eso no puede ser....Sí puede ser, hija: acabo de ver uno encorizado por Blas.

Se rieron todos muy de gana con el cuentecillo del coronel, ménos la beata, pues esta se avergonzó bastante, y mas cuando D. Rodrigo prosiguió diciendo: ¿Qué les parece á VV. señores, de la candidez de aquel buen hombre? Seguramente que hubiera acompañado esta tarde á D.<sup>a</sup> María de buena gana, y entre los dos me hubieran ido á delatar por Blas. Pero dejemos las chanzas, y pasemos á desescandalizar á mi parienta.

Los señores saben muy bien lo que voy á decir; y aun mi muger y mi hija; pero V. señora, no lo sabe, y es preciso que lo sepa. Atiéndame.

Una de las señales características de los milagros es que sean contra la naturaleza; esto es, que superen sus leyes ó las venzan. Y ¿quién puede dominar la naturaleza, sino su autor Supremo? Por tanto; solo Dios puede hacer un milagro: solo Dios, puede hacer que el fuego no quemé, que se multiplique en un instante una sustancia, que se trasmute en otra, que un ciego rematado vea con lodo, que un muerto corrompido resucite &c. Para conseguir esto de Dios es muy oportuna la intercesion de los santos, y por lo mismo nos es muy del caso aprovecharnos de su valimiento, y solicitar su patrocinio en nuestras aficciones. Ellos son amigos de Dios, y sus ruegos son oídos de su Magestad con agrado. Esto es lo que pueden hacer los santos por sus devotos; mas no hacer un milagro; no alcanza á tanto su poder; entónces podrian lo mismo que Dios, y serian otros dioses, cuyo absurdo no cabe en la imaginacion de un católico. La naturaleza solo se sujeta á su criador, y aun cuando obedece á los hombres, lo hace mandada de su autor. Si una peña herida por la vara de Moises produce agua: si el sol detiene su curso á la voz

de Josué, no fué porque aquel legislador ni este general tuviesen poder para ejecutar estos prodigios, sino porque Dios mandó á la piedra que diese agua, y la dió; quiso que el sol detuviese su carrera cuando Josué hablase, y el sol se detuvo. Así sucede siempre: manda el Señor, y la naturaleza obedece sus preceptos.

Y así cuando se dice que la Virgen Santísima, que este ó aquel santo son muy milagrosos, hemos de entender que Dios ha hecho muchos prodigios por su intercesion; mas no que ellos los hayan hecho.

Esta es la doctrina de la Iglesia que se ignora por muchos en punto de milagros. ¿Qué le parece á V. D.<sup>a</sup> María?—¿Qué me ha de parecer? sino que cuanto V. dice, ni me toca ni me tañe, porque yo no soy teóloga.—Pero es V. católica cristiana, y como tal no debe ignorar los principios de la religion que profesa.—Pues yo sé muy bien el catecismo y tengo la fe del carbonero, y con eso me basta.—Se engaña V. señora: el saber el catecismo sin entenderlo, no basta; y el atenerse á la fe del carbonero, que segun el cuento decia que él creia lo que creia la Iglesia, es una

excusa muy grosera para defender la mas torpe ignorancia.

Semejantes profesiones de fe no son sino una irrision y un insulto que hacen á la misma religion muchos que se blasonan miembros de ella; porque si á un ignorante se le dice que la Iglesia enseña un error que tenga alguna apariencia de piadoso, no dudará en creerlo un momento, y ya se sabe que en materias de fe, tan malo es creer errores, como ignorar las verdades de que debemos estar instruidos.

Pues V. dirá lo que quisiere, señor coronel, decia la respetable beata; pero yo no me he de meter en camisa de once varas. Allá los estudiantes como V. se entenderán con su latinorum y teologias, que á mí me basta con creer en Dios á puño cerrado, y caiga quien cayere; y en caso de milagros, yo he de creer todos los que vea escritos en los libros, y puestos en las iglesias; y si son mentiras, allá se lo hayan los que dan licencia para ello, pero á mí no me toca meterme en averiguaciones. Yo sé que cuando una cosa se pone con letras de molde, ya ha pasado por los ojos de los calificadores, que desde luego serán muy leidos; y así cuando dan

licencia para que una cosa se imprima, ya sabrán que es muy cierta, y que no hay ningun peligro en que todos la lean.

Lo mismo digo de las muletas, cabelle-ras, retablos y milagros de cera y de plata que se cuelgan en los templos y los altares de los santos: milagros deben de ser, media vez que todos dicen que son milagros: á fuera de que, una vez que los ponen, será con licencia del cura, del guardian ó de quien corre con el santo. ¿Qué mas es necesario para creer que son tan ciertos como los artículos de la fe? porque cuando el cura lo dice, estudiado lo tiene; y si no lo estudió, ¿qué me importa?

Yo fuera una judía si pensara que los censores no saben lo que aprueban, y que en las iglesias cada uno pone lo que quiere llamar milagro, sin que nadie le diga, por ahí te pudras. No; Dios me libre y me tenga de su santa mano para que yo no piense estas tonteras.

Concluyó la tia su discurso, con el que se divirieron bastante los que la oian, y el coronel le dijo: En efecto, señora, V. padece mil equivocaciones, y lo peor es que está obstinada, y ha de costar mucho trabajo el convencerla. No obstante, sepa

V. que todos esos retablos y presental las que se dedican á los santos en sus imágenes no son signos de milagros, ni pueden serlo sin la calificacion y declaracion de la Iglesia. Se permite que se coloquen en los templos, para que los fieles desahoguen su devocion y gratitud, y porque, tal vez el vulgo ignorante, si careciera de esta libertad, caeria en el error de creer que ni los santos intercedian por nosotros en las necesidades, ni Dios nos dispensaba tan francamente sus favores, y este error seria mas pernicioso que el primero; pues de creer que Dios hace mas milagros que los necesarios no se sigue injuria á su omnipotencia; pero de creer que no los puede hacer, ó que nos escasea mucho sus favores, se insulta su poder soberano y su misericordia liberal. Sin embargo, seria de desear que todos entendieran que el poder de hacer milagros es privativo de Dios, y que los santos únicamente pueden suplicarle que los haga cuando convengan á su gloria y bien nuestro.

Asimismo debian todos saber que no se le puede dar crédito á quanto está impreso, solo porque estan las letras estampadas con moldes, ni porque se lea en las

carátulas que estan con las licencias necesarias. Esta es una simpleza que trae funestas consecuencias entre la gente idiota, que vive persuadida á que se debe creer como de fe quanto está impreso, en virtud de que ven ó han oido decir los muchos pasos, censuras, licencias y dinero que cuesta la publicación de una obra; y alucinadas con estos aparatos, no pueden convencerse de que haya falsedades en los libros, siendo así que no hay heregía ni desatino que con licencia ó sin ella no esté impreso: de lo que resulta que se empapan en mil errores que leen sembrados en muchos libros que traen vidas de santos anoveladas, y milagros apócrifos.

¿Qué alto concepto no se formará del poder falsamente atribuido al demonio, el ignorante que lea en la vida de Santa Genoveva aquellos títeres con que la hechicera en un espejo la representó infiel á su marido?

¿Qué idea tendrá de la providencia divina, siempre celosa de nuestro bien, al ver la facilidad con que permitió que se ultrajase públicamente el honor de su sierva, y que padeciese tantos trabajos sin mas fin, á lo que parece, que acrisolar su

paciencia, cuando pudo haberlo hecho por otros medios que no indujesen un escándalo general? Y por último, ¿no es fuerza que tengan al dicho por un tonto de primera marca al ver como creyó que los ojos y lengua de un carnero, que se presentó por milagro, eran de una muger y tan su conocida como suya? Yo á lo ménos no creeré estas cosas ni sus iguales mientras no me las asegure por ciertas la Silla de S. Pedro.

La historia de S. Cristobal es otro zurcido de mentiras que pasaron y aun pasan entre el vulgo. Todavía hay quien crea que fué gigante. La novena lo dice, y así se ve pintado; luego es verdad, se debe creer, y negarlo fuera heregía. Tal es el idioma del vulgo.

¿No sería bueno desengañarlo, diciéndole que no fué gigante, ni sirvió al demonio, ni lo dejó porque este se espantó con la cruz, ni sucedieron las patrañas que de él se cuentan, sino que fué uno de los héroes que murieron por confesar la fe de Jesucristo?

Así es que fuera bueno se enseñaran, dijo prontamente la sencilla beata; pero si no fué gigante ¿para qué lo pintan tama-

mañote en las iglesias? ¿Acaso son tontos los que las cuidan? A fe que no, bien saben lo que se hace, y si esto fuera fábula no sería V. el primero que lo dijese, y habiéndolo otros dicho, es regular que se omitiese que siguiera el vulgo con este error, quitando de las iglesias las pinturas gigantescas de S. Cristobal; pero una vez que no se ha hecho así, sin duda que fué tan gigante como ese Goliath que cuentan, ó ese Salmeron á quien vide con mis propios ojos. Pero sea lo que fuere, yo tengo en mi casa una cabeza de S. Cristobal hermosota de grande, ya se vé como de gigante cananeo, y soy muy su devota, y le enciendo una velota de á medio, pues, el dia que lo tengo, que no estan los tiempos para fiestas.

Se reian todos de buena gana de estas sandeces, ménos el coronel que se compadecia de ellas; y así, cuando tuvo lugar dijo: Se echa de ver, señora, que sus padres de V. fueron cristianos y que le dieron una piadosa educacion; pero por desgracia esta se ha deslucido con la multitud de extravagancias y preocupaciones que adquirió desde sus primeros años, y de las que será harto difícil se desprenda.

El afecto que V. le tiene á S. Cristobal sin duda es loable, pues su intercesion, como la de los demas santos, es poderosa para alcanzarle del Señor las gracias que la convengan; pero no es loable la credulidad de V. acerca de su desmesurado tamaño. Antiguamente se divulgó entre sus devotos que cualquiera que viese su imágen no moriria en aquel dia de muerte mala, sobre lo que se compuso este verso:

*Cristophori sancti specimen quicumque tuetur,  
ita namque die non morte mala morietur.*

que en castellano puede traducirse así.

*De muerte repentina ó azarosa  
no morirá cualquiera que mirare  
la imágen de Cristobal prodigiosa.*

En fuerza de esta creencia supersticiosa todos deseaban ver la efigie del santo, y como dice el señor Muratori: „el que deseaba frecuente concurso á su Iglesia, pintaba en la fachada á este santo en estatura de gigante como lo fingen las fábulas de su vida.” Ya ve V. señora, y que origen tan erróneo trae ese pedazo de cuento que V. crée. Semejante á este son los que autoriza la credulidad del vulgo.

¿Qué cuentas tengo yo con eso? decía la beata: dejemos que sea cierto lo que V. dice, que eso, quien sabe; pero yo aténgome á lo que me enseñaron mis abuelos, y santas pascuas.

Cada vez que hablaba la tia Doña María, reian mas todos aquellos señores, viendo el empeño que el coronel tenia en desimpresionarla de sus errores, y la tenacidad con que ella se resistia, correspondiendo las instrucciones con sandeces.

Enfadado de estas mi tutor, varió conversacion: sacaron chocolate, dulce y agua, y concluido el refresco, se despidió la beata, diciendo que ya era la oracion, y que una muger en la calle sola y de noche estaba muy expuesta.

No pudieron contener la carcajada de risa los concurrentes oyendo que la triste vieja pensaba que aun tenia riesgos que temer en la calle. Doña Eufrosina y su hermana la detuvieron sin mucha dificultad: ella se retiró á una recámara á rezar sus devociones: las visitas hablaron un poco mas sobre diversos asuntos, y se despidieron: el coronel, D. Dionisio y las señoras se pusieron á jugar una malilla mientras era hora de cenar, y las dos niñas se

fueron á platicar lo que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

### CAPITULO III.

*En el que se refiere la conversacion de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros que asustaron á la tímida Quijotita.*

Muy inquieta estaba Pudenciana mientras asistió á la conversacion de sus mayores: rabiaba por bullir á Pomposa acerca de la nueva vida que habia entablado; pero aunque gustaba de oirla delirar, la temia un poco, porque Pomposa no era boba y habia leído mucho, aunque sin órden ni eleccion; pero le sobraba lábia para aturdir á los ménos avisados; y así nombró por su defensor *in pectore*, y cuando se fueron las dos solas, me hizo seña que la siguiera. Yo cumplí su gusto con prontitud porque tenia complacencia en oír las producciones de Pomposa.

Luego que estuvimos solos, dijo Pudenciana á su prima: ¿Conque, niña, cuéntame: ¿cómo te ha ido de espanto? Fatalmente, hermana: ¿cómo quieres que me vaya? ¿Te parece cosa de juguete ver al diablo? —Ya se ve que no; ¡pero qué tú lo viste?

¿Qué cuentas tengo yo con eso? decía la beata: dejemos que sea cierto lo que V. dice, que eso, quien sabe; pero yo aténgome á lo que me enseñaron mis abuelos, y santas pascuas.

Cada vez que hablaba la tia Doña María, reian mas todos aquellos señores, viendo el empeño que el coronel tenia en desimpresionarla de sus errores, y la tenacidad con que ella se resistia, correspondiendo las instrucciones con sandeces.

Enfadado de estas mi tutor, varió conversacion: sacaron chocolate, dulce y agua, y concluido el refresco, se despidió la beata, diciendo que ya era la oracion, y que una muger en la calle sola y de noche estaba muy expuesta.

No pudieron contener la carcajada de risa los concurrentes oyendo que la triste vieja pensaba que aun tenia riesgos que temer en la calle. Doña Eufrosina y su hermana la detuvieron sin mucha dificultad: ella se retiró á una recámara á rezar sus devociones: las visitas hablaron un poco mas sobre diversos asuntos, y se despidieron: el coronel, D. Dionisio y las señoras se pusieron á jugar una malilla mientras era hora de cenar, y las dos niñas se

fueron á platicar lo que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

### CAPITULO III.

*En el que se refiere la conversacion de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros que asustaron á la tímida Quijotita.*

Muy inquieta estaba Pudenciana mientras asistió á la conversacion de sus mayores: rabiaba por bullir á Pomposa acerca de la nueva vida que habia entablado; pero aunque gustaba de oirla delirar, la temia un poco, porque Pomposa no era boba y habia leído mucho, aunque sin órden ni eleccion; pero le sobraba lábia para aturdir á los ménos avisados; y así nombró por su defensor *in pectore*, y cuando se fueron las dos solas, me hizo seña que la siguiera. Yo cumplí su gusto con prontitud porque tenia complacencia en oír las producciones de Pomposa.

Luego que estuvimos solos, dijo Pudenciana á su prima: ¿Conque, niña, cuéntame: ¿cómo te ha ido de espanto? Fatalmente, hermana: ¿cómo quieres que me vaya? ¿Te parece cosa de juguete ver al diablo? —Ya se ve que no; ¡pero qué tú lo viste?

—Toma si lo ví, y todo entero. ¡Ay, qué feo será!—Endemoniado, niña. Miralo tú con su cabeza de cochino, sus cuernos de toro, sus zancas de chivo y su rabo de mono.—Muy despacio lo estuviste mirando segun la descripcion que me haces.—Apénas lo ví en un abrir y cerrar de ojos; porque luego luego me envolví la cabeza, y comencé á gritar á papá con todas mis fuerzas; pero en aquel instante se me quedó en la imaginacion su abominable figura del modo que te la he pintado.—Ya se ve, prima, y como tú eres viva, fué fácil que se te quedara en la imaginacion, y mas que, segun nos contó tia María, lo viste otra noche.—¡Ay, niña! ojalá y no lo hubiera visto; y luego para rematar la cosa, ya te contarian lo de los golpes que oí en mi cabecera, que no sé como no me he vuelto loca del susto. Y con razon, niña, decia Pudenciana; pero mira, esos golpes tal vez los darian en la vecindad de atrás.—Qué vecindad ni qué nada, si la pared de esa recámara cae al patio del meson, donde no hay gente ni puede haberla, y mucho ménos á tal hora.—Pues siendo así, prima, ¿á qué podrémos atribuir esos espantos?—Ay, hermana de

mi alma: ¿á qué los hemos de atribuir sino á avisos y particulares inspiraciones del cielo? Así lo juzgó mamá, y yo tambien.

Puede ser así, decia Pudenciana, y eso creo que se conoce mejor por los efectos, segun dice mi padre.—Pues si en eso se conoce, avisos han sido, y muy seguros; porque ha sido tal el susto que hemos llevado, que ya no queremos prestarnos á los alborotos del mundo. Mi madre y yo nos hemos ido á confesar: las tertulias de casa se han suspendido, y yo he reformado mi traje y mi vida enteramente.

Yo me alegro, hermana, de esa mudanza de costumbres tan repentina. Lo que le has de pedir á Dios, es la perseverancia; porque suelen algunas conversiones como la tuya ser solo llamaradas de petate, que tan pronto se encienden como se apagan.—Asi serán; pero la mia no es de esas, gracias á Dios. Cada dia me siento mas robusta para seguir el camino de la virtud. ¡Mas quién no lo ha de seguir, al considerar que esta triste vida no es otra cosa sino una cadena de desgracias que nos rodea por todas partes? ¿Qué son los placeres del mundo sino aparentes bu-

gías que nos deslumbran para no ver las eternas verdades? Las mayores satisfacciones que tú y yo podemos apetecer en nuestra edad, qué son sino unos encantos tan lisonjeros como vanos? Es verdad que sus apariencias son brillantes, pero su resplandor es de oropel sin una gota de sólido valor: y si no, advierte, Pudenciana, si todos los dones de la naturaleza y la fortuna, reunidos en una sola persona, serán capaces de proporcionarle aquella sólida felicidad á que aspira su corazón, si este no se halla tranquilizado con la gracia.

Todo lo tuvo Salomon, juventud, hermosura, salud, riquezas, talento, poder y una multitud de bellezas que lo adornaban. ¿Quién debia juzgarse mas feliz entre los mortales? Todos lo tenian por tal, ménos él mismo que registraba su corazón, y hallándolo desabrido en el centro de los placeres, hubo de conocer que todos ellos eran vanidad de vanidades, tormentos y afliccion del espíritu.

Pues si esto pasó á Salomon, ¿qué deberé yo esperar cuando estoy tan distante de verme en el colmo de la dicha en que él se vió? ¿No es preciso que conoz-

ca lo que es el mundo, cuales sus deleites, cuales sus esperanzas y cual el premio que se prepara á sus secuaces?

Yo, prima mia, estoy convencida de estas verdades, y no quiero hacerme ya sorda á los divinos llamamientos. Los de estas noches han sido muy eficaces y sobrenaturales para ser desatendidos; y así á lo que aspiro es á resarcir de alguna manera tanto tiempo como he perdido dissipada con las bagatelas del mundo; y como al paso que temo el infierno, y quiero entablar una vida cristiana, conozco cuan difícil puede ser esto en mi edad y en medio de las concurrencias del siglo, estoy pensando separarme de él enteramente.

¿Y de qué modo has pensado esa separacion? decia Pudenciana. En eso está mi duda, eso es en lo que yo vacilo, contestó Pomposa. Dos caminos se me ofrecen para retirarme del mundo, y en los dos hallo mil dificultades que vencer. El monasterio y el yermo son seguramente dos asilos contra los peligros de una sociedad corrompida como la nuestra; pero se necesita mucha madurez en la eleccion.

Los conventos son sin duda unos plantales de virtud; pero en estos hay muchas

personas enclaustradas, no todas con vocacion, no todas por su gusto, no todas perfectas, y todas humanas, miserables y con pasiones que á cada instante se rebelan. De esto se sigue que son como indispensables algunos chismes, rivalidades, envidias, disgustos y otros defectos que si no impiden el llegar á la perfeccion alguna vez, detiene ciertamente á quien desea llegar pronto á semejante estado. Es muy difícil esclavitar la voluntad al gusto de los superiores, y mas difícil conformar el propio génió con el ageno, hacerse á todos los pareceres sin hipocresía, condescender con diversas opiniones sin delinquir contra la ley, y luchar contra nuestros naturales sentimientos.

Cuando no haya otra cosa en los claustros, yo sé bien que no faltan estos crisoles en que afinar una virtud perfecta, pues donde hay muchas monjas, niñas y mozas ó criadas de servicio, hay sociedad, y donde hay sociedad hay peligro. En conclusion: en los conventos hay su mundo, y en un mundo, cualquiera que sea, hay mil riesgos, que son los que pretendo yo evitar.

Por tanto: estoy por decirme por el

yermo, y me parece que mi vocacion es de ermitaña.

Pero qué ¿tendrás valor para ser ermitaña? decia Pudenciana.—Y por qué no? contestaba Pomposa. Es cierto que á los principios me espantará la soledad del campo, el triste ruido de los árboles, especialmente por la noche; me será desagradable hasta lo sumo la dureza de las peñas, lo insípido de las yerbas, lo obscuro de los valles, el rugido de los leones y la ninguna compañía de los mortales; sin contar con lo extraño que le será á este ruin cuerpo carecer de todas las comodidades que ha disfrutado, como son del gusto de su paladar, el abrigo y lujo de sus carnes, la molicie de se cama, y la carencia de todos sus acostumbrados pasatiempos.

¿Cuál debe ser, prima mia, el sentimiento que experimentará mi espíritu al separarse para siempre de papá, de mamá, de mis tíos, de tí, de mis amigas, y . . . (no te escandalices,) de mis finos adoradores? ¡Oh! la separacion de estos dulces y estrechísimos objetos de mi amor ha de ser el sacrificio mas costoso que pueda hacer mi voluntad al Ser Supremo; pero ¿qué no

se debe hacer por conseguir el cielo? y así yo desde esta hora ermitaña me llamo, y no otra cosa.

Pero qué tendrás valor para emprender un género de vida semejante?—Y por qué no? ¿Soy yo de otra masa que fué Santa Rosalía? No por cierto: esta ilustre doncella era mas jóven, mas tierna y delicada que tu prima; y tuvo bastante valor para salirse sola de su casa, abandonar el mundo, y retirarse á la cueva de Quisquina; ¿porqué pues, no tendré yo igual intrepidez para imitarla?—Es verdad, decia Pudenciana: pero esa princesa fué una heroína, y no todos tienen una misma firmeza, ni una misma vocacion ni auxilios. Mi papá dice que todos estamos muy expuestos á equivocarnos con nuestras opiniones, y que en las mugeres los fervorosos y repentinos impulsos de devocion no suelen ser sino viarazas, y efectos de una oculta soberbia refinada con la que se creen capaces de hacer lo mas grande y mejor que han hecho los santos inspirados particularmente por Dios; pero que en la realidad muchas acciones de sus siervos son mas para admiradas que para seguidas, y yo creo que la resolucion de Santa Rosa-

lía en salirse de su casa, es una de ellas, y tú no debes imitarla sin una inspiracion particular, y con permiso de tu confesor. ¿Ya se lo has consultado?—Yo no, para qué; si tengo ó no esas inspiraciones, yo lo sé. El confesor tal vez las dudará, y me impedirá poner en ejecucion mis desig-nios, ó porque no los crea justificados, ó porque no tenga el mismo fervor con que yo me siento animada; y así, si me resolviera, yo sabré lo que he de hacer cuando sea tiempo. Pero dime cuántos caballos tiene mi tío en su casa? Dos, y el macho del mozo, respondió Pudenciana; mas porqué haces esa pregunta?—Ya lo sabrás; y entre tanto que Dios dispone lo que ha de ser de mí, te encargó mucho y á V. tambien (me decia á mí) que reserven esto con el secreto conveniente; y tú, hermana, no tengas cuidado de tu prima, que ni será la primera muger que habite en las soledades, ni que se familiarice con ellas con los ángeles.—¡Ay! pues qué, Pomposita, tú tienes esperanzas de familiarizarte con los ángeles?—Y por qué no? si mi virtud se perfecciona, qué embarazo tendrán los espíritus celestiales para bajar á consolarme y confortarme en las aspe-

rezas de mi retiro? ¡O! con que alegría no escucharé, tendida sobre la verde yerba, los himnos y motetes que me cantarán los encendidos serafines, y con cuánto regocijo y humildad. . . .

A este punto llegaba el delirio de Pomposa, cuando una criada entró á avisarnos que era hora de cenar, y los señores nos esperaban en la mesa: con este motivo se deshizo nuestra tertulia, y fuimos todos al comedor.

Durante la cena, movió el coronel la conversacion sobre los espantos anteriores. Todos los de la casa los afirmaron, asegurando que habian sido sobrenaturales, y segun como los pintó la pobre beata. El bueno de D. Dionisio, aunque decía no haber visto nada, con todo esto, no tenia valor para negar lo que afirmaban su muger y su hija.

Así que se desahogaron á su gusto y contaron las patrañas que tenían en la cabeza, el coronel con mucha flemma les dijo: Ya ven ustedes todo esto, pues no hay nada. Todo no ha de pasar de alguna causa natural, que no se ha podido averiguar, ó acaso serán efectos de la acalorada fantasía de mi sobrina. Tio, V. me

dispense, dijo Pomposa; pero yo puedo jurar que ví al diablo con estos mismos ojos con que veo á cuantos estan aquí.— Yo no lo dudo, hija; mas tú sabes cuanto nos engañan los sentidos. Con esos mismos ojos vez los montes azules, una vara derecha, torcida en el agua, el sol del tamaño de una tortera ó comal grande, y las estrellas como unos pequeños diamantes; y sin embargo de que así ves todo esto, nada es como lo ves, sino enteramente distintos. Con que nada seguro es el testimonio de tus ojos, si es el único que tienes que alegar para que yo te crea.

Hija mia, y V. hermana: no se engañen ni fomenten ese espíritu espantadizo y asombradizo. Nuestros sentidos nos fingen los objetos distintos de lo que son en sí muchas veces, y nuestra fantasía nos alucina sin sentir. Esta mas que los moldes, ha impreso ¡cuántas veces! milagros falsos y revelaciones apócrifas, de los cuales muchos estan condenados por la Santa Iglesia, y otras todavía dudosas sin merecer su aprobacion canónica. Las revelaciones de la madre Agreda son unas de ellas.

Nuestra alma, encarcelada en la materia, padece como el cuerpo sus dolencias, y tal vez son sus enfermedades inconcebibles é incurables como las de este. ¿Quién creerá que un general valiente, que no temia un gran número de enemigos patrocinados de la formidable artillería, temblase á la presencia de un raton? ¿Quién se persuadirá á que el célebre Taro, hombre instruido, ingenioso y uno de los talentos que honró la Italia, creyese que se le aparecía un espíritu sabio que lo ilustraba? ¿A quién le cabrá en el juicio que el gran Pascal se persuadiese muchas ocasiones que á su lado estaba un precipicio, y con tal vehemencia, que aseguraba la silla, y hacia poner tablones y otras cosas para no caer? Volvia en sí cuando sus amigos curaban con sus reflexiones su delirio; pero dejándolo, á poco volvia con el mismo. Nadie creería estas extravagancias de estos sabios, si no las refirieran autores tan calificados de veraces entre los literatos, como son Blanchard y Muratori. Pues si unos hombres ilustrados, eruditos, estudiosos se dejaron preocupar de su imaginacion tan fuertemente, que llegaron á ridiculi-

zarse algunas veces, qué mucho será que ustedes se engañen, ó las engañe su misma fantasía.

Estos señores se engañarian, decia Eufrosina, pero mi hija no se engañó: en la segunda noche me parece que le ví los cuernos al enemigo.—No se preocupe V., hermana, contestaba mi tutor, ni V. ni ella le han visto cuernos, ni cola, ni nada. Todo eso es histérico, hipocondría ó delirios, y no otra cosa.

D. Dionisio siempre hacia el papel de miron en estas escenas: no hablaba una palabra, fuérase por su poca intruccion, ó por su mucha prudencia para no contradecir á su muger; pero esta vez no pudo disimular: habló y dijo: Ello es, hermano, que algo podrá ser de lo que V. dice; pero esta ocasion creo que no, y me fundo en que las dos aseguran una misma cosa, y no es posible que la madre y la hija se histericaran ni deliraran á un mismo tiempo. Pues señor D. Dionisio, dijo el coronel, si ese estodo el fundamento que V. tiene, haga cuenta que nada vale, porque no hay una razon que la sostenga. No solo es posible sino muy natural que una señora pusilánime y preocupada

como mi hermana, se intimidara y se persuadiera á que ve á los expectros que aseguraba ver mi sobrina. Esta se espantó, gritó y conmovió el espíritu asombradizo de su madre, la que predipuesta á creer que los diablos muertos nos visitan cuando se les antoja, no dudó de la verdad de Pomposita, ni se detuvo á examinar la causa de su espanto, sino que llena del mismo susto, solo trató de socorrerla, y tal vez en su fantasía se pintó algo de lo que dice.

No me hace fuerza que haya tanta credulidad acerca de estos espantajos. Las malditas viejas con sus cuentos y patrañas acorbardan á los niños, llenan sus cabezas de imágenes funestas y sombrías, y los acostumbran, aun cuando tratan de divertirlos, á creer todo lo maravilloso á lo divino y á lo humano, esto es, contándoles cuentos y ejemplos falsos. ¡Qué mucho es que estos niños cuando grandes crean con la mayor firmeza todas las boberías que aprendió su fantasía desde tiernos? Mucho cuidado tuve en apartar de Pudenciana estas viejas cuentistas y dañosas. Qué sé yo si me habrá valido.

No hay peor desgracia que llegar á vie-

ja, señor D. Rodrigo, dijo tia María muy enojada, mire V. que tema tiene con las viejas.... Yo no lo digo por V. señora.... No, ni lo diria V., porque yo aunque soy vieja, ni soy embustera ni soy tonta. Sé muy bien donde me aprieta el zapato, y cuando cuento alguna cosa de espantos, ó los he leído, ó los he visto, ó me los han contado personas muy justas y fidedignas; pero V. nada crée: yo no he visto hombre mas incrédulo; con razon dudo yo si será cristiano de veras.

Sí por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, respondió riéndose el coronel: soy cristiano, pero no muy bobo para creer cualquiera cosa. Estoy reñido con mil preocupaciones que corren bien recibidas en el vulgo, y los espantos son unas de ellas.—¿Pues qué no hay espantos, en resumidas cuentas?—Sí los hay, y muchos. El espanto no es sino una perturbacion del ánimo que induce al temor mas ó ménos violento, y no hay ni un solo hombre que no se espante alguna vez, por valiente y despreocupado que sea. La diferencia es que el hombre de esta clase refrena su temor, y hace lugar á la reflexion sobre la causa que lo espanta

en el mismo acto del susto; de lo que se sigue el desengaño, su serenidad, y la mayor dificultad que tiene para espantarse otra ocasion con el mismo objeto, y en iguales circunstancias.

No así el preocupado cobarde: este se espanta cada rato, porque sin examinar la cosa que lo asusta, suelta la rienda á la pasion del temor, y entónces ó huye despavorido, ó se rinde á un desmayo, ó tal vez á la muerte, si su corazon es muy chico, y la apariencia del espanto muy grande.

En todos estos casos se le cierra la puerta al desengaño, el espantado queda tenazmente persuadido á que fué realidad lo que vió, y de aquí resulta que se vuelve incurable y mas espantadizo cada dia. Vean ustedes lo importante que es en los principios hacernos fuerza para examinar la causa que nos espanta.

Ese es el cuento, decia la beata, que nos pudiéramos detener en el instante que nos asustamos. ¿Quien habia de tener esa paciencia? Entónces era señal de que uno no se asustaba. Pues, señora, el que se enseña á tener esa paciencia, aprende á no asustarse, porque llega á saber por ex-

periencia propia que casi todos los espantos son efectos de nuestra imaginacion dirigida por la ignorancia— ¡Ah! ¿conque solo los tontos se espantan?—A lo ménos, son los mas expuestos á espantarse, y las mas veces con frioleras.

En dos palabras, hermano, decia Doña Eufrosina, V. lo que quiere es hacernos creer que apénas hay milagros, y que los muertos y el demonio jamas se aparecen á los hombres. ¿No es esto?—No tanto, hermana; pero muy cerca está V. de adivinarme. Dios es poderoso para hacer muchos milagros; los ha hecho, hace y hará hasta el fin del mundo; pero no sin necesidad, á nuestro antojo, ni siempre que los apetecemos. El demonio y los cuerpos de los difuntos se han representado á la vista de hombres; pero muy raras veces; y fuera de las que nos aseguran las sagradas letras, que son bien pocas, y de las que la Iglesia califica por ciertas, que no son muchas, las demas las tengo por patrañas y cuentos de viejas...

Y dale con las viejas, señor coronel, decia la beata, ¿qué les habrá V. visto á las viejas? Pues lo cierto es que V. ya no

es muchacho, y tan burros hay entre las viejas como entre los viejos.—Esto está en opiniones, mi señora; mas esto no es del caso. Yo voy á ver si consigo convencer á ustedes en favor de mi opinion, para que no sean tan espantadizas. Diga V. *el que cree fácilmente la multitud de espantos que se cuentan y se leen, no puede ménos que ser un sacrilego; porque se forma un concepto muy injurioso á la Deidad Suprema, ó cuando no la culpamos tan severamente, es menester asegurar que es un tonto de primera clase. . . .* Vaya, no hay que arrugar las cejas. Atienda V.

Si tuviera V. un hijo pequeñito, ¿se pondria de propósito á espantarlo sabiendo que le habia de resultar de esto un gran mal?—Seguramente no.—Ménos permitiera V. que los criados de su casa lo espantaran.—Ya se vé que no: ¿cómo se los habia de permitir?—¿Y se persuade V. á que habrá algun padre que así lo haga?—Es cosa que no puedo creer, porque semejante crueldad es agena del amor de padre.—Pues ahora bien: yo pienso que V. hermana, vive entendida en que Dios nos ama infinitamente mas que el padre mas tierno á sus hijos.—Así lo debo creer

precisamente, y lo creo en efecto.—Pues ahora se halla V. en el estrecho de confesar que el que cree esa multitud de espantos de demonios, y apariciones de muertos que se cuentan entre el vulgo, ó es un necio que da entrada libre en su cabeza á estas farándulas, sin hacer el uso mas mínimo de su razon, ó es un impío que juzga á Dios capaz de cometer con sus criaturas la crueldad que no cometeria un mortal miserable con sus hijos. Qué dice V.—Cierto que no sé qué responder; pero yo nunca he pensado de Dios de esa manera, ni he tenido lugar, cuando me han espantado, para hacer esas reflexiones.—Así lo creo, y en no hacerlas consiste la facilidad de espantarse y creer prodigios sobrenaturales á cada paso, á pesar de las verdades que sabemos de rutina. V. sabe que Dios la ama infinitamente; pero cuando se asusta, no se acuerda para nada de este amor, ni hace justicia á su inmensa bondad y misericordia.

Sabe V. tambien que el Ser supremo no hace milagros sin necesidad; pero ignora que para que el demonio ó un muerto se aparezcan, es necesario que haga Dios dos milagros cuando ménos: uno el

de formar la apariencia de cuerpo sin materia, y el otro que resista este objeto terrible un espíritu tímido como el nuestro sin desamparar el cuerpo. Con esta ignorancia no es mucho que V. se preste á creer con la mayor facilidad todo lo que le cuenten acerca de esto, ni que acostumbrada á semejante modo de juzgar, se asuste y se sorprenda con cualquier ruido, con cualquiera sombra extraña.—

Pero, hermano, yo mil veces he leído y oído decir que los difuntos se han aparecido. especialmente á las almas buenas, para pedirles que hagan sufragios por ellos, y ya V. ve que estas apariciones han sido con necesidad, y se deben tener por verdaderas.—

Ya dije, hermana, de todos esos casos yo creeré los que la santa Iglesia haya aprobado por seguros, que son muy raros; los demas téngolos por ilusiones de gentes melancólicas, pues no hallo un adarme de necesidad para que un muerto se aparezca á los vivos para pedir que manden decir una misa por su alma, que restituyan lo que él usurpó, que saquen dinero enterrado, ni que hagan otros encarguitos de esta clase.

Ademas de esto, ¿no ha detenido V. alguna vez la consideracion para advertir que todos los espantos de que hablamos se cuentan acaecidos en lugares lóbregos, sombríos, oscuros, de noche, á determinadas horas, cuando no tiene compañía el espantado, y casi siempre sin mas fruto que el terror que deja el ánimo? Pues todas estas ridículas circunstancias no prueban otra cosa sino que todos los espantos son efecto de la cobardía é ignorancia de las gentes crédulas y espantadizas.

¿Acaso el Señor de los ejércitos respetará ó temerá a los miserables mortales para no presentar á su vista los objetos con que los asusta, cuando se hallan acompañados? ¿Le infundirá algun miramiento la presencia del sol ó de la luz, ó serán bastantes para detener sus designios las horas iluminadas por el dia? Fuera un absurdo el pensar tan dependiente y limitado á todo un Dios. Pues semejante reflexion seria muy suficiente para calmar el terror en los espíritus demasiado febles.

En efecto, si Dios quisiera que viésemos al demonio ó á un muerto, como dicen, fuérase para nuestra correccion, para nues-

tro castigo, ó para alguno de sus inescrutables designios; ¿no lo veriamos en la mitad del dia, y aunque estuviésemos rodeados de un ejército? Seguramente: porque ¿quién se opondrá á la voluntad del Todopoderoso?

Muy acompañado estaba el sacrilego rey Baltasar, brindando en un suntuoso banquete en los vasos sagrados que su padre Nabucodonosor habia robado del templo de Jerusalem, rodeado de sus mugeres y concubinas y de mil convidados, cuando apareció una espantosa mano que escribió en la pared estas terribles palabras: *Manne, Thesel, Phares.*—

¡Qué horror! ¿Y qué hizo el rey al ver la formidable mano?—Qué habia de hacer, se asustó de manera que se le inmutó el semblante; las rodillas le temblaban y se tocaban una contra otra. Su pavor se aumentó cuando el jóven Daniel le descifró las tales palabras, diciéndole que en pena de sus idolatrías y sacrilegios, moriria, y su reino seria entregado en poder de sus enemigos. Todo se cumplió segun la exposicion del Profeta: Baltasar murió esa misma noche, y los persas y medos se apesionaron de su reino.

¿Ya ven ustedes que caso tan terrible? pues Dios, para cumplir su voluntad entónces, no tuvo que esperar que estuviera el rey solo, ni en un lugar obscuro ni sombrío, ni que diera el reloj las doce de la noche. Al instante que quiso, se cumplió su decreto soberano como se cumplirá eternamente. Conque debemos hacernos cargo de todas estas razones para no ser tan fáciles de creer la multitud de espantos que nos cuentan; y cuando ustedes gusten vamos á recogerlos, porque ya las muchachas estan durmiéndose.

Se levantaron todos de la mesa, y el coronel con su familia se retiró á la recámara donde habian asustado á Pomposa; pero ántes previno que todas las cosas se pusieran en su lugar y como siempre se habian puesto, que él habia ido con deseos positivos de ver al diablo, que estuviesen todos dispuestos para levantarse cuando los llamara, porque no excusaria esta diligencia si el pobre diablo tenia la bondad de visitarlo aquella noche, y satisfacer su curiosidad como deseaba. Con esto se fueron las dos familias á sus respectivas recámaras.

D. Dionisio se estuvo despierto plati-

eando acerca de la instruccion de su conuño, con su muger y con la buena beata, que decia: Aquí donde ustedes me ven estoy muerta de miedo, porque el coronel no dejará de hacer una de las tuyas. Yo no las tengo todas conmigo, y si este hombre no es herege, ó brujo, ó cosa que lo valga, no hay ley en puercos rosillos. Si, Dios me lo perdone; pero gente que no créa en milagros, que no tiene miedo al diablo, y que se incomoda de su casa solo por venirlo á ver, no puede ser nada bueno.

Así se entretenia esta familia, mientras el coronel se divertia con la suya, ponderando la sencillez de D. Dionisio en creer lo mismo que Eufrosina y Pomposa, que habia esta visto al demonio. Todo esto, añadia, es efecto de una educacion abandonada á la ignorancia. Si desde niño hubieran persuadido á tu cuñado que todos esos espantos son cuentos de viejas, ahora léjos de darles crédito, hubiera convencido de su falsedad á su muger y á su hija.

Pudenciana amenizó la conversacion de sus padres, refiriéndoles por menor la fervorosa conversion de su prima, y lo de-

cidida que estaba á ser ermitaña, harto confiada en que la visitarían los ángeles.

Se reian los señores alegremente con este chiste, cuando, como á la hora de haberse acostado, dijo el coronel á su esposa: ¿Ves, hija, la sombra que se acaba de ver en aquella pared? pues sin duda esa fué á la que puso nombre de diablo Pomposita.

Doña Matilde y su hija se incorporaron en la cama, y vieron en efecto la dicha sombra no sin algun sustillo, porque hacia una figura bien extraña y se movia de cuando en cuando. ¿Y qué será, papá? preguntó Pudenciana.—Eso es lo que hemos de examinar. Estense ahí quietas, yo me levantaré.... Vamos, ya está analizada la causa de este espanto. Es bastante natural, lo mismo que yo la esperaba. Aguárdenme. Voy á llamar á esos buenos señores para que la vean.

Sin perder tiempo se dirigió mi tutor á la recámara de D. Dionisio, y oyéndolo hablar con su muger, le dijo: Vaya, hermano, levántese V. con los demas, y vengán á ver al diablo despacio, que ya nos hizo el favor de venir.

Al oír esto, enmudeció D. Dionisio,  
Tom. IV. 6

tembló Eufrosina, Pomposa estuvo á pique de desmayarse, y la tia María se persignaba sin cesar; pero por fin se levantaron todos á las repetidas instancias del coronel, quien iba por delante, y los demas lo seguian con pasos detenidos.

Llegaron á la recámara donde esperaban muy tranquilos Matilde y su hija. ¿Es este el diablo que viste, Pomposita? preguntó D. Rodrigo. Sí, dijo esta, toda temblando.—Pues no te asustes, salgamos á esta sala, y verás al enemigo malo, no en sombra, sino en su mismo cuerpo.

Se resistia Pomposa, y la beata la detenia estirándola del túnico para que no saliera; hasta que tomándola su tío de la mano, la sacó rodeada de todos los suyos; y poniéndola frente a un trípode, donde se ponía la agua manil, y sobre el cual estaba echado un gato descomunal, le dijo: He aquí, cobarde sobrina, el ridículo espectro que te ha espantado. Miralo, desengáñate, límpiote bien los ojos. Si quitas la veladora de este lugar, y la pones aquí, ya no verás esta figura sino otra diferente.... A la prueba.... ¿Ves ahora lo que ántes?—No, tío: ya varió la sombra enteramente de figura.—Pongamos la luz don-

de estaba, y quitemos el gato.... ¿Ves ahora solo la sombra del trípode, banco ó como llamas este mueble?—Es verdad.—Pues ya ves patente el engaño de tus ojos, y el equívoco de tu imaginacion acalorada.

No teniendo que replicar con una demostracion tan evidente, callaron todos, ménos Eufrosina, que deseosa de sostener su opinion, dijo: Es verdad que la sombra del aguamanil hacia en la pared una figura endemoniada; pero qué dirémos de los golpes que se oyen en la recamarita?.... Vamos allá, los oirémos, y examinarémos la causa.

Fuimos en efecto, y no tardamos en oirlos. A nadie quedó la menor duda de ellos. El coronel por una ventana inmediata se asomó á registrar la pared por defuera; pero como estaba la noche muy obscura, no sacó por entónces otra cosa sino confusiones, pues ciertamente la pared estaba muy alta, y nadie podia tocarla por aquel lugar.

Cuando Eufrosina, D. Dionisio y Pomposa advirtieron la perplejidad de D. Rodrigo, cantaron su triunfo con el mayor orgullo. Hermano: contra la experiencia

no vale nada la filosofía mas cavilosa, decía don Dionisio: vaya, á ver á qué causa sobrenatural podemos atribuir estos toques? Si es gana, continuaba la tia Maria: sobre que negar los espantos, es negar que hay estrellas en el cielo. Nada tienes que esperar para desengañarte, Eufrosina.— Ya se ve que no. Aquí espantan, y mucho que espantan. Me mudará yo mañana, en cuanto Dios amanezca, aunque sea al Hospicio de pobres, si no hallo casa. Tú Dionisio, si no quieres, quédate aquí con tus criadas, que yo me iré con mi hija y con mi tia.—Si, mamá: hará V. muy bien, porque ya acá se han anidado los espectros, duendes, fantasmas y vampiros. Dios nos avisa, y es menester no hacernos sor-dos á sus voces.

Vamos, señores, dijo el coronel: todas esas son palabras al aire que nada valen. Yo insisto en que estos golpes no proceden sino de causa natural, por mas que ahora por la obscuridad de la noche no pueda señalarla; pero, hermano, hagamos un convenio si V. quiere.—¿Cuál es?—Este: si mañana les hago ver el origen de estos golpes, y el remedio para que no se vuelvan á oír, como no se oirán en efecto

en la noche que sigue, pierde V. doce pesos que enviará á los pobres enfermos del hospital de S. Juan de Dios; y si no lo puedo señalar, costeo el traspaso de la casa que tomen, el transporte de los muebles, y el reemplazo de los que se quebraren en la mudada. ¿Qué dice V.? Una apuesta que proporcionaba tantas ventajas, se admitió desde luego por D. Dionisio, y nos fuimos á recoger.

Al dia siguiente se levantó bien temprano el coronel: fué á la ventana, y no tardó en averiguar que la causa de los golpes era una armazon vieja de palo, que en algun tiempo fué farol, y por su inutilidad se quedó abandonada, y pendiente de un pié de gallo en la pared que habia tenido corredor alguna vez y correspondia á la recamarita de D.<sup>a</sup> Eufrosina.

Este horrible vampiro, cuando lo movia el mas ligero viento golpeaba sobre la pared y azoraba á cuantos tenian la desgracia de escucharlo, habiendo sido la primera, nuestra ilustrada Pomposita con la ocasion que se dijo de haber puesto su cama en aquella pieza, por huir del diablato engerto en aguamanil.

Luego que D. Dionisio y su familia se

levantaron, los llevó el coronel á la ventana: les mostró el duende fatal: suplió las veces del aire, sacudiéndolo con una caña larga y haciendo que oyeran los golpes que habian escuchado por la noche; y últimamente, lo arrancó del palo, cayó al suelo, y les aseguró á las señoras que vencido aquel fiero vestigio y su maldito compañero el gatidiablo, ya no volverian á espantarlas en aquella casa; y así, que se dejasen de pensar en mudadas, en las que siempre se pierde algo, se rompen los muebles y se incomodan los dueños.

Despues de algunas objeciones triviales que hizo D.<sup>a</sup> Eufrosina, y á cuyas soluciones dadas por el coronel no pudo responder, saltó el bueno de D. Dionisio con una dificultad que no se debia esperar de su talento. Bien está, hermano, dijo, que no haya duendes, ni se aparezcan los muertos ni los diablos; pero V. no me negará que hay fantasmas, que eran los *Lemures* de los antiguos. Estos avechuchos nocturnos existen sin duda entre nosotros, y la misma santa Iglesia pide á Dios que nos libre de ellos.—¿Dónde, D. Dionisio, dónde ha leído V. esas peticiones?—Cómo dónde? En un himno que comienza:

*Te lucis ante terminum*, dice despues: *prócul recedant somnia et noctium phantasmata*. Apártense léjos de nosotros los malos sueños, y las fantasmas de la noche. De esto se sigue muy bien que hay tales fantasmas.

El coronel desengañó á D. Dionisio advirtiéndole que las fantasmas de que hablaba el himno, eran de los que se forman en nuestra mente, y que podian ser pecaminosos; que estos pueden muy bien representarse entre sueños, y excitar tal vez, aun habiendo despertado, malos pensamientos: como si á Pedro durmiendo se le representa la imágen de su enemigo, (que es un verdadero fantasma) sueña que riñe con él y lo vence, y despues de despierto se complace en esta soñada venganza. Este caso y muchos semejantes, los fantasmas ó figuras pintadas vivamente en la imaginacion del que duerme, pueden ser causa de que las pasiones se exalten y que despierto peque. Por esta razon pide la Iglesia á Dios que nos libre de estas representaciones peligrosas, que por cuanto se forman en nuestra fantasia, se llaman fantasmas. Con esto se concluyó la cuestion de los espantos, y nos despedi-

mos, dejando un poco tranquilizadas á las señoras, y un tanto convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato, y no el diablo ni los pobres muertos á quienes les levantan innumerables falsos testimonios.

#### CAPITULO IV.

*En el que se refiere la peligrosa aventura en se vió nuestra Quijotita por su fervorosa é imprudente virtud.*

Sin embargo de que á favor del desengaño, ya no trató D.<sup>a</sup> Eufrosina de mudarse de su casa, no varió ella ni su hija el plan de su nueva vida, cosa que no dejó de extrañar el coronel; pero como su virtud no era sólida, bastardeó desde sus principios, y llenó el extremo de la gasmoñería y ridiculez.

No habia fiesta de iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluía la funcion y levantaban el petatito, como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestían y marchaban para la iglesia donde estaba el circular, y no volvían hasta que depositaban, de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja enten-

der cómo andaria, adandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que D. Dionisio no dejó de resentir el mal trato que recibía á causa de la vagamundería espiritual de su familia; pero no se atrevía á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba, y él no sabia atacarse los calzones.

Si el dia se ocupaba tan santamente, la noche no se pasaba ménos. Luego que eran las oraciones se encerraba Eufrosina con su hija y la tia María, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponían á rezar el rosario y una cáfila de novenas, cuya tarea duraba hasta despues de las diez, y no podia durar ménos, porque á mas de cuatro ó cinco novenas que se solían rezar á un mismo tiempo, habia otras devociones fijas que por ningun caso se omitían.

Todos los dias de la semana tenían sus rezos particulares. El lunes se debía rezar á S. Cayetano y á las ánimas benditas; mártes, á Señora Santa Ana, á S. Antonio de Padua; miércoles, á la Preciosa sangre &c. &c.

Fuera de esto, habia sus libritos que se rezaban por fechas, sin perjuicio de los

mos, dejando un poco tranquilizadas á las señoras, y un tanto convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato, y no el diablo ni los pobres muertos á quienes les levantan innumerables falsos testimonios.

#### CAPITULO IV.

*En el que se refiere la peligrosa aventura en se vió nuestra Quijotita por su fervorosa é imprudente virtud.*

Sin embargo de que á favor del desengaño, ya no trató D.<sup>a</sup> Eufrosina de mudarse de su casa, no varió ella ni su hija el plan de su nueva vida, cosa que no dejó de extrañar el coronel; pero como su virtud no era sólida, bastardeó desde sus principios, y llenó el extremo de la gasmoñería y ridiculez.

No habia fiesta de iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluía la funcion y levantaban el petatito, como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestían y marchaban para la iglesia donde estaba el circular, y no volvían hasta que depositaban, de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja enten-

der cómo andaria, adandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que D. Dionisio no dejó de resentir el mal trato que recibía á causa de la vagamundería espiritual de su familia; pero no se atrevía á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba, y él no sabia atacarse los calzones.

Si el dia se ocupaba tan santamente, la noche no se pasaba ménos. Luego que eran las oraciones se encerraba Eufrosina con su hija y la tia María, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponían á rezar el rosario y una cáfila de novenas, cuya tarea duraba hasta despues de las diez, y no podia durar ménos, porque á mas de cuatro ó cinco novenas que se solían rezar á un mismo tiempo, habia otras devociones fijas que por ningun caso se omitían.

Todos los dias de la semana tenían sus rezos particulares. El lunes se debía rezar á S. Cayetano y á las ánimas benditas; mártes, á Señora Santa Ana, á S. Antonio de Padua; miércoles, á la Preciosa sangre &c. &c.

Fuera de esto, habia sus libritos que se rezaban por fechas, sin perjuicio de los

diarios. Por ejemplo: dia primero, se rezaba á la Divina Providencia: dia siete, á S. Cayetano: dia ocho, á la Purísima: dia doce, á la Santísima Virgen de Guadalupe: dia diez y seis, á S. Juan Nepomuceno: dia diez y nueve, á Sr. S. José: dia veinte y uno, á S. Luis Gonzaga: dia veinte y seis, á Señora Santa Ana; y qué sé yo qué mas.

No era lo malo que se rezara tanto, lo fatal era el modo con que se rezaba, y las inconsecuencias que se originaban por esta imprudente y mal entendida devocion; porque el modo era rezar con mil interrupciones, lo que manifestaba la ninguna atencion con que rezaban. *D.<sup>a</sup> Eufrosina llevaba siempre el coro, y era la que mas interrumpia, pues durante un Padre nuestra preguntaba tres ó cuatro cosas, y determinaba otras tantas; porque por ejemplo, decia: Padre nuestro, que estás en los cielos... Niña, ¿ya habrá venido tu padre? —Quién sabe mamá. Santificado sea el tu nombre.... Es que si ha venido, que le den chocolate.... Venga á nos el tu reino.... y avisale que sobre la cómoda está una carta que trajeron de casa de D. Jacobo. Hágase tu voluntad.... Espanta al*

gato, no vaya á quebrar un vaso: *así en la tierra como en el cielo.* ¿No era la devocion de Eufrosina extremadamente fervorosa?

Como habia dado orden de que nadie la visitara miéntras rezaba, tenia D. Dionisio que cumplimentar á sus amigas, que á los principios, ignorantes de la nueva extravagancia de Eufrosina, continuaban de cuando en cuando sus visitas, hasta que mirando que se negaba, se retiraron poco á poco, tratándola de grosera é incivil.

Rabiaba D. Dionisio con estas cosas: pero como era un marido afeminado, no tenia valor, segun se ha dicho, para corregir á su muger; y así se valió de quejarse con mi tutor, y suplicarle que persuadiera á su cuñada para que no fuera tan virtuosa. La empresa es difícil, dijo el coronel; pero haga V. que mañana concurran á la mesa nuestros amigos, y el licenciado que con su genio jocoso puede contribuir á los deseos de V.

En efecto, al dia siguiente fuimos cerca de las doce, hora en que no habian vuelto las señoritas de la Iglesia, y ya las esperaban en su casa el cura, el Sr. Labin y el Lic. Narices.

Miéntas volvia se trató de la extravagancia de las madamas, y cada uno prometió á D. Dionisio hacer por su parte lo posible para ver si podian reducir las á estarse en casa mas y rezar ménos.

Llegaron por fin las señoritas, y despues de las saluciones corrientes, se desnudaron del trage de la calle y se pusieron á platicar con sus visitas. ¿Conque de dónde bueno, madamas? preguntó el coronel. —De la Merced, hermano, contestó Eufrosina. Estaba la Iglesia hecha una gloria, como que hoy es el dia de nuestra Santa Madre. Nosotras fuimos á comulgar, oímos ocho misas en un instante, venimos á desayunarnos, y nos volvimos á la funcion, que ha estado muy famosa, especialmente el sermon que predicó el P. presentado N.: ya se vé como que es divino el frailecito. —Todo habrá estado, segun V. lo dice: lo que no puedo entender es cómo oyeron ocho misas en un instante, pues por ligeras que se digan se necesita para oirlas algo mas de tres horas.—Pues nosotras las oímos en una, porque las oimos todas á un tiempo.—Es decir, hermana, que no oyeron ninguna, y que si hubiera sido hoy dia de precepto, no cumplen con él probable-

mente, y se quedan sin misa.—¿Y por qué? —Porque para oir misa como se debe, es necesaria la atencion exterior é interior, esto es, la del espíritu y la del cuerpo. A la primera faltan no solo los que van al templo á divertirse con los que entran ó salen á pintar á esta, á dibujar á la otra, á jugar con el abanico ó el palito, ni á distraerse en conversaciones muy ajenas de aquel santo lugar, sino cuantos no estan con la modestia debida, particularmente al tiempo del tremendo sacrificio; y ya V. verá que estando volviendo la cara á este y al otro lugar, y haciendo visages con ocasion de querer oir á un tiempo muchas misas, no solo se falta á esta atencion exterior, mas tambien es causa de que falten á ella los que se divierten con estas gentes visageras.

Asimismo faltan á la atencion interior, pues queriendo meditar en tantas cosas cuantas significan las diversas acciones que muchos sacerdotes hacen sobre el altar, no meditan en ninguna. No me crea V. á mí; oiga como se explica el Dr. D. Joaquin Lorenzo Villanueva en su tratado que escribió de *La reverencia con que se debe asistir á la misa*. Dice pues: „El „que oye muchas misas á un tiempo, ó

„atiende á las varias acciones de ellas, ó  
 „no. Si no atiende á esto, ¿en qué funda  
 „la mayor ganancia? Si atiende á esto, la  
 „misma variedad, como decíamos, le ha  
 „de distraer precisamente; porque cuan-  
 „do una misa está en el Credo, la otra es-  
 „tá á la elevacion de la hostia, la otra en  
 „la sumpcion, y la otra en la bendicion,  
 „¿quién tiene cabeza para pensar á un  
 „mismo tiempo con atencion y devocion  
 „en tantas y tan varias cosas? . . .

„Aun esto se verá mas claro, si atende-  
 „mos á la disciplina antigua de la Iglesia,  
 „segun la cual no era permitido que en  
 „un mismo templo se celebrasen á un tiem-  
 „po muchas misas. En los seis primeros  
 „siglos de la cristiandad, y aun mas ade-  
 „lante sola una misa se podia celebrar  
 „diariamente en cada iglesia, ó mas bien  
 „en cada pueblo, aun cuando hubiese en  
 „él varios templos fuera de la catedral ó  
 „parroquia. Notorio es el rito observa-  
 „do por los griegos de celebrar todos los  
 „presbíteros juntamente con el obispo.  
 „Ochenta presbíteros, segun la norma de  
 „la reduccion hecha por el emperador  
 „Eracio, celebraban juntos un solo sacri-  
 „ficio en la iglesia mayor de Constanti-

„noplá. Esto prueba que en los primeros  
 „siglos de la Iglesia, y despues de la paz  
 „que el Señor le envió por medio de Cons-  
 „tantino, no se decian á un tiempo muchas  
 „misas en un mismo templo. Y si en al-  
 „gun caso de solemnidad ó de gran con-  
 „curso eran necesarias mas misas, se ce-  
 „lebraban una despues de otra, como se  
 „lee en la segunda carta de S. Leon á  
 „Dióscoro.

„Y aunque en esto ha variado la disci-  
 „plina por justas causas que debemos to-  
 „dos venerar; el espíritu de la Iglesia  
 „siempre es y será el mismo, segun el  
 „cual, los antiguos padres tenian por des-  
 „orden distraer con la celebracion de mu-  
 „chas misas juntas en una misma iglesia  
 „al pueblo que en ella se congregaba.  
 „Sabian que las colectas de los fieles se  
 „celebran para unir las oraciones de to-  
 „dos, para formar de los gemidos de mu-  
 „chos un solo gemido, de muchas voces  
 „una sola voz; de muchas adoraciones,  
 „una adoracion sola, que con suave y po-  
 „derosa eficacia incline el pecho benig-  
 „no de Dios á que nos haga mercedes.

„Conforme á esta costumbre habia en  
 „la Iglesia otra no ménos antigua, de no

„consentir en cada templo sino un solo altar, la cual observaron los latinos hasta el siglo VII, y aun hoy dia conservan los abissinos, moscovitas y orientales.”

Se cansa V. en vano, señor coronel, dijo el licenciado, porque estas señoras rezanderas son las mas tontas y las que ménos entienden su religion. Reniego yo de todas estas beatas exteriores.— Reniego yo de V., demonio de hablador, contestó prontamente D.<sup>a</sup> Eufrosina: siempre ha de ser V. en contra de nosotras? Para V. no halla medio una muger. Si es alegre, si baila ó se pasea, dice que es libertina, loca y disipada; si por el contrario, es devota y recogida, luego la califica de beata, tonta y devota exterior. ¿Conque qué harémos las mugeres para agradar á este malvado Nariguetas, y libertarnos de su lengua venenosa? Fácil es la respuesta, decia el licenciado: lo que hay que hacer es, ser alegres sin coqueteria, francas sin locura, virtuosas sin hipocresia y devotas sin supersticion; pero como yo no he conocido ni una muger que tenga tantas recomendables circunstancias, sino todas ellas malas por un camino, peores por otro, y detestables por

todos, cargaria mi conciencia si hablara bien de las mugeres... ¿Qué es hablar? si pensara siquiera que habia ni una sola buena, sí, ni una sola entre cuantas el sol calienta; ántes tengo entendido, y en esta fe y creencia protesto vivir y morir, que vosotras sois la canalla peor de todo el mundo, y sois lo mismo hoy que seis mil años hace. Es decir que siempre habeis sido malas, malísimas y peores de lo que parecísteis á Ovidio, á Séneca, á Castulo, á Horacio, á Virgilio, á Tibulo, á Propercio, y á cuantos autores antiguos y modernos han mal empleado el tiempo y sus plumas en hacer vuestros parecidísimos retratos....

Ya escampa, hermano, dijo Eufrosina: ¿qué le parece á V. y cómo houra este deslenguado á las mugeres? Muy agraviado lo tienen sin duda. Ya se vé, ¿quién ha de apetecer á V. demonio, tan viejo, tan feo y tan hablador? Bien que V. sabe cuándo y con qué mugeres se explica de ese modo. Solo acá y con nosotras: á fe que con Pachita la güera, con la marquesita de... con la hija del contador y con otras así, todo se vuelve V. mieles y zalamerias.... adulador, embastero.

Es verdad que á esas señoras las trato con lo que llaman política, respondia el licenciado; pero eso es porque las quiero ménos que á V.—¿Conque á quien quiere V. mas, le dice mas claridades? Sí, á quien estimo de veras siempre trato de hablarle la verdad, y si puedo, procuro sacarla de sus errores.—¿Pues en qué errores me ve metida? Yo no me tengo por ilustrada ni por sabia; pero tampoco soy muy ignorante: sé muy bien donde me aprieta el zapato; si ya no es que V. tiene por error el que yo y mi hija nos háyamos separado de las tertulias y bureos, el que frecuentemos los templos, el que confesemos, que recemos... en fin, el que tratemos de mudar de vida y buscar á Dios. No, no, señora, decia el licenciado; yo no puedo calificar por yerro la virtud. Todo eso que V. dice es muy bueno, cuando se hace como se debe hacer; pero cuando no, cuando un humor extravagante, y no la gracia divina nos hace parecer virtuosos, entónces nuestra devocion es falsa, no merece otro nombre que el de gasmoñería, y por consiguiente nos hace incurrir en mil errores. V. y otras beatas como V. creen que la virtud con-

siste en no quebrantar los mandamientos descaradamente, en rezar mucho, en ir á las iglesias donde hay música y en ser insociales, fanáticas y simples. Persuadidas con estos bellisimos principios, quebrantan en uno todos los preceptos del Decálogo, se hacen unas hipócritas alucinadas, unas vagamundas de iglesias, sempiternas habladoras de virtud, odiosas á los suyos, y despreciables á la misma sociedad en que viven. No es esta una pintura exagerada de nuestras beatas, es un retrato fidelisimo de ellas. Yo no veo por ahí otra cosa que viejas y aun mozas aturdidas que hacen consistir la virtud en meras exterioridades, al tiempo mismo que ignoran cual es su religion y el grado de obligacion que les imponen sus suaves preceptos.

Yo pudiera decirle á V. mucho sobre esto; pero sé que no me ha de oir con gusto; y así solo le digo, que cumpla exactamente los diez preceptos del Decálogo, y no hará poco: cumpla con las obligaciones de su estado; conforme su voluntad con la de Dios, y creame que será verdadera virtuosa, su devocion será legítima, y no contrahecha; y aunque no rece

una novena en su vida se salvará lo mismo que S. Pedro: mas si, por el contrario, V. no cuida de observar los preceptos de nuestra ley divina; si se desentien- de de las obligaciones que le impone su estado; si solo quiere hacer su gusto por capricho, sin sujetarse al dictámen de un prudente director espiritual, incurrirá en mil errores pecaminosos, se obstinará en ellos, se hará una completa alucinada, faltará mil veces al amor de Dios y del prójimo, y de consiguiente, si la sorprende la muerte en este infeliz estado, se irá á los profundos infiernos, atestada de novenas, camándulas, escapularios, medallas, confesiones y comuniones.

No crea V. que estas son mis cosas, como V. dice; son cosas muy ciertas é infalibles. La falsa devocion, especialmente entre las mugeres, es muy comun: sois extremosas, no hay remedio: si dais en malas, el mismo Barrabas no os iguala; y si dais en parecer buenas.... en parecerlo digo, entiéndame V.; si dais en esto, sois supersticiosas, exteriores, monas y ridículas hasta no mas.... ¡Fuego y qué sexo tan endiantrado es el vuestro, que con dificultad se contiene en los medios,

sino que casi siempre declina hácia los extremos! Ten cuidado, Dionisio, ten cuidado con tu muger ahora que aparenta santidad. Ya sabes, eh, ya sabes que de estas que no comen miel, libre Dios nuestros panales. El diablo son estas santurronas, falsas devotas y verdaderas hipócritas: cuenta con ellas.

No fuera malo que V. la tuviera con su lengua, mordaz, faceto, malcriado.... Así se explicaba Doña Eufrosina, llena de enojo contra el lic. Narices; pero este con mucha sorna le decia: ¿Qué tal? me engaño de mi juicio, señoritas? ¡Ve V. y qué pronto se le exalta la bilis, y como se desahoga de la manera que puede contra mi? pues á fe que ese enojo, maldita la prueba que hace de la virtud de V. El mismo dia que ha comulgado se irrita contra quien le da una leccion moral, lo mismo que si le hiciera un agravio. ¡Comuniones! ¡ah! rezos, novenas, trisagios, júbileos, visitas de cinco altares, oracion mental &c. &c.; pero la soberbia en su lugar, el rencor con el prójimo, lo mismo, y todo lo demas, *idem* compuesto de *is*. Esto se llama, señora, traer el rosario al cuello, y el diablo en la capilla.—¡Qué

buen predicador va V. saliendo! yo creia que solo mi cuñado tenia esa gracia.—No, mi señora, yo tambien la tengo cuando quiero. Sé predicar; pero lo peor es que para V. predico en desierto. Tú, Dionisio, hijo, que me escuchas con tu acostumbrada calma, penéstrate de mis razones: no te dejes alucinar de tu santa muger: ponte los calzones: haz que cumpla con sus obligaciones: que atienda, que cuide de su casa y de sus criados, que no sea mitotera ni vagamunda á lo divino; y si no se reduce por bien, palo con ella, que buenos lomos tiene. . . .

¡Miren que maldito Nariguetas! decia Eufrosina montada en rabia: groseron, malcriado, indecente: todas las cosas de V. se le parecen: ¡miren que consejos tan endiablados le da á Dionisio! Ya se guardará de-tomarlos. Sí, pobre de él si el diablo lo tentara á impedirme mi gusto, ni tocarme un pelo. ¡Qué buenas uñas tengo para defenderme en ese caso!

Apénas dejó de reñir Doña Eufrosina, cuando tomó la palabra la tia Doña María y dijo: No hay que hacer: los tiempos estan perdidos: ya no solamente faltan los buenos cristianos de marras, sino que

se enfurecen contra los que quieren serlo. Si digo yo que este señor licenciado, con perdon de VV. ó es herege ó no le faltan dos deditos. Arrenuncio: Dios me libre de estos sabiondos del infierno: salvo sea el lugar. . . . Diciendo esto, se persignaba muy seguido.

Cosquillas le hacian al licenciado con estas cosas, y mas se reia cuando para coronar la fiesta, dijo Pomposita: Mamá, tia: cállense la boca: no hay que incomodarse demasiado con este buen señor que Dios perdone, asi como debemos perdonarlo. Jamas han faltado en el mundo perseguidores sangrientos de la virtud. ¡Qué baldones, qué injurias y denuestos no sufrieron por ella los Franciscos de Asis, los de Borja, los Juanes de Dios, los Estanilados Kostkas. . . . pero ¡que mas! al Maestro de la virtud, á la misma Santidad, á Jesucristo no trataron de hechicero y sublevador de la república sometida al imperio del César Romano? y por estas execrables calumnias no lo hicieron morir en una cruz? ¡Pues qué hay que admirarnos de que este caballero nos insulte por esta misma causa? Lo que debemos hacer es seguir impávidas con paso firme el camino co-

menzado, sin escuchar los silvos de las serpientes, ni los cantos de las sirenas de este mundo. Armémonos, mamá y tía mía: armémonos de fortaleza en el Señor, y digámosle siempre con el Santo Profeta rey, que nos libre del hombre inicuo y engañoso, *Ab homine iniquo et doloso erue me*, acordándonos con el profano Horacio de que el que quiere llegar á la mesa ó término de la carrera, tiene que sufrir y vencer mil obstáculos.

Esto es, señores, lo que me parece conveniente decir á VV. en descargo de mi conciencia; pues, no porque presuma enseñar á ninguno, no, Dios me libre de semejante presuncion; está mi humildad muy léjos de esta arrogancia: soy barro frágil, soy polvo deleznable, soy la tierra que todos pisan; pero como humana, me lastiman las injurias hechas á mi mamá: sin embargo, yo por mi parte las perdono.

El discurso pedante é hipócrita de Pomposa hubiera seguido si diera lugar el licenciado con su risa burlona, que fué tanta, que no pudiendo refrenarla, se levantó de la mesa, y se fué á tirar á un canapé apretándose la barriga, lo que aumentó la cólera de nuestras beatas.

Pomposita y su madre se retiraron enojadas, y la tía Doña María tambien se levantó de la mesa rezongando unas cuantas blasfemias contra el risueño licenciado, y se marchó sin decir ahí quedan las llaves. D. Dionisio se manifestó avergonzado por el poco fruto que sacó de su preparativo: Doña Matilde y Pudenciana se affigian al contemplar el grado de delirio de sus deudas: el padre D. Jaime decia que eran humoradas pasajeras: el coronel todo lo escuchaba con prudencia; pero Narices, despues que se cansó de reir, dijo á D. Dionisio: No pienses, amigo, que hemos logrado poco: ellas van como perro con cohete en la cola, ardiendo contra mi; pero van espantadas de que les he sacado á plaza su hipocresía, y lo peor es que no es otra cosa. No te fies de tu muger ahora, y ménos de tu hija. Sábeta que cuando yo era colegial tuve unos amorcillos puramente platónicos con una muchacha inocente y á la que su madre tenia en gran concepto de virtuosa; pero no obstante, se iba á almorzar conmigo á la Alameda con una prima suya cada vez que yo queria; y ¿cuál piensas que era el pretexto con que salian de casa? No otro si-

no el de que iban á confesarse y á comulgar. De manera que sí yo he sido mas tunante ó ellas mas locas, sucede una averia bajo unos pretextos muy engañosos. Conque no te descuides.

El coronel apoyaba con la cabeza el consejo del licenciado y Doña Matilde, cansada de esta crítica contra su hermana, trató de que nos recogiéramos á la siesta, lo que hicimos cada uno segun su gusto.

Tres horas habrian pasado, cuando estando tomando chocolate en la sala, entró una criada diciendo: Señores, el paje dice que han matado los caballos á la niña. Fácil es concebir el efecto que causaría en todos semejante noticia. Sorprendimonos, bajamos al patio, entramos á la caballeriza, y encontramos á Pomposita privada en brazos del lacayo con unas tijeras en una mano, y un manojo de cerdas en la otra: el caballo azorado todavia y sin un pelo en la crin ni en la cola, nos hubiera sido un objeto de risa, si lo permitiera la triste situacion de Pomposa, á quien subieron las señoras á la recámara, y habiendo llamado al médico á toda prisa, le proporcionaron los remedios oportunos.

Entre tanto que Eufrosina, la tia vieja, Doña Matilde y Pudenciana, con lágrimas, gritos, y apretones de manos aplicaban á la enferma las medicinas que el médico ordenó, el cuitado de D. Dionisio se desgredaba y pateaba en la caballeriza al ver á su caballo tan mal parado, ignorando la causa de semejante fechoria: el lacayo, aturdido con las amenazas del amo, no sabia que decir, pues en realidad el pobre no vió entrar á la niña, y solo acudió á favorecerla al ruido de las coces del caballo y del fuerte grito de Pomposa.

Sin embargo de todo esto, no se aquietaba D. Dionisio; lo hizo encerrar en un cuarto, con intencion de matarlo á palos, si averiguaba que habia estado en él la culpa.

Así que calmó un poco su primera cólera, subió á ver á su hija, á la que halló enteramente buena, pues mas fué el susto que el daño que recibió. Entónces la preguntó qué quien habia tusado á su caballo, porque si habia sido el lacayo, le iba á dar tanto palo, que de su casa iria al hospital y de este á la sepultura. Masque me ahorquen, decia, masque me ahorquen: esta infamia no la perdonaré en mi vida.

Pomposita agitada por su conciencia escrupulosa, le dijo que el muchacho no tenia la culpa: que ella habia trasquilado al caballo porque no le alcanzaban las cerdas que le habia llevado su tia Doña Maria para hacer su cilicio; pero que si habia hecho mucho mal en esto, suplicaba el perdon humildemente.

Quando D. Dionisio se impuso á fondo de que su hija habia sido la autora de semejante daño, poco le faltó para afanzarla y darla una tunda como la merecia; pero se contuvo por el respeto de su cuñado y los demas señores. ¡Vean VV. decia: haberme perdido esta maldita muchacha un caballo tan lindo y generoso que me costó trescientos pesos! ¡Voto á!....

No te aflijas tanto, decia el licenciado simulando la risa, para todo hay remedio en esta vida.—Pero para esto no: ¿qué remedio puede haber para que le nazcan las crines y la cola á mi caballo, cuando este diablo lo tusó enteramente, y está tan feo que ya no queda para otra cosa sino para echarlo á la carga? No te hubiera matado, condenada, que bien lo merecias? Vamos, hombre, no te apures, continuaba el licenciado: dime, ¿no hay quien

haga cabelleras y casquetes para los calvos y tiñosos? pues por qué no habrá quien haga crines y colas para los caballos tusados? Se harán, se harán, y yo me eucargo de ello. Buscaremos un caballo de igual pelo, lo compraremos, se tusará, y con sus crines y cola se suplirán las que le faltan al retinto.

Algo se serenó D. Dionisio con este consejo, á cuya serenidad procuraron todos concurrir del mejor modo que pudieron. Pomposita así que vió á su padre tan enojado, tomó el partido de fingirse mas adolorida del estómago para indultarse del castigo que aun esperaba: se le repitieron los remedios, y á poco rato de su nueva convalescencia, se despidieron todos, y se retiraron á sus casas,

¿Quién no se persuadirá á que Pomposita, escarmentada con este lance en que pudo haber peligrado su vida, se dejaria de sus ridículos fervores? Pues no fué así: su vocacion no estaba pegada con oblea; era muy tenaz en sus proyectos; y así emprendió otro que le salió mas caro que el antecedente, como se verá en el capítulo que sigue.

## CAPITULO V.

*En el que sigue la santidad de Pomposa, y su heroica resolucion de ser ermitaña.*

Habia dado Pomposa en que era santa, y que para hacer milagros no le faltaba sino vivir en el yermo. La vieja beata con sus elogios y cuentos la alucinaba mas cada dia: nuestra devota visionaria, que no necesitaba mucha espuela, creyó que el demonio, temeroso de la guerra que ella le habia de hacer en el desierto, se empeñaba en eludir sus buenas intenciones; y así resuelta á vencer al enemigo á toda costa, se decia: ¿Qué te detiene, Pomposa, qué te asusta, qué te acobarda para no caminar por donde las delicadas Rosalias y Genovevas? El enemigo de las almas se opone á tus santas intenciones, es verdad; pero no sabes que, como dice S. Pedro, el demonio es un leon que ruje y da vueltas al rededor de nosotros buscando á quien tragarse, si no se le resiste con la fe. ¿Pues á qué esperas, desgraciada? Resistencia, resistencia es lo que ahora conviene, y no otra cosa.

¿Qué me detiene para ser ermitaña? To-

do lo tengo: cilicios, disciplinas, cerdas, Cristo, novenas, libros devotos, ampollita y calavera. Estoy prevenida de todo como las vírgenes prudentes, *estote parata*, pues ¿qué hago aquí envuelta en las delicias del siglo, y expuesta á mancillar mi virtud en medio de los peligros de este mundo falaz y lisonjero? No, ya no mas dilacion, ya no mas temores, ya no mas debilidad; esto es hecho: el sacrificio prometido á mi Esposo, es necesario consumarlo: él no será mas terrible que el de Isaac, ni mas funesto que el de Jepté. Yo me voy al desierto en esta misma noche. Adios, mundo engañoso y miserable; adios placeres venenosos, gustos acibarados, compañías y amistades perniciosas, adios para siempre.

Dicho esto, tomó la pluma, escribió un papel, y lo dejó sobre su almohada. Todo lo tenia listo; pero le acongojaba sobremanera acordarse que le faltaba saco, porque le parecia cosa muy extraña vivir en los páramos con túnico de moda; pero como no hay dificultad que no se venza en estos casos, se acordó de una carpeta vieja verde que estaba arrinconada en un ropero: inmediatamente la marcó por saco,

y diciendo y haciendo, se encerró en su cuarto, y del modo que pudo hizo un túnico bastante pesado y ridículo: previno su cajita, y á la noche, aprovechando un descuido de su madre y de las criadas, se desnudó de su ordinaria ropa, la dobló y la dejó sobre la cama, se vistió el saco verde, se soltó el pelo, se puso al cuello un crucifijo y en la cabeza una corona de flores de papel, tomó su cajita bajo del brazo, y se marchó para la calle con tan buena suerte que de ninguno de su casa fué sentida.

Por fortuna la noche estaba oscura, los faroles unos opacos y otros apagados, y las calles inmediatas á su casa poco transitadas de gente, con lo que le fué fácil alejarse lo bastante hasta llegar á la pulqueria que llaman *de los toquitos*: allí se ocultó mientras entraba mas la noche, y cuando ya serian como las once de ella, y no habia por las calles sino tal cual patrulla y uno que otro guarda en su puesto, llena de miedo siguió su camino hácia la garita de S. Cosme: salió por ella quien sabe como; pero al fin, despues de caminar toda la noche, aquí cayendo y allí levantando, llegó al bosque de Chapultepec,

y fatigada de tanto andar, se tiró al pié de un árbol, y allí sola, triste, cansada, muerta de hambre, y llena del pavor que le infundia la lóbrega perspectiva del campo á tales horas, se entregó á las mas melancólicas meditaciones. Allí lloró y maldijo mil veces su inconsideracion: allí se arrepintió de su imprudencia: allí propuso volverse á otro dia á la casa paterna como otro pródigo; pero allí tambien reprendió su cobardía y falta de firmeza: allí atribuyó al demonio los efectos de la naturaleza: allí se avergonzó de su inconstancia, y allí por último, determinó morir entre las fieras del campo, ántes que dar que decir á los que sabian que ya á aquella hora era ermitaña, y verdadera sierva de Dios.

Absorta con estas imaginaciones, el fuerte sueño se apoderó de sus miembros; y contra su voluntad se quedó dormida. Pero dejémosla en esta violenta quietud, mientras volvemos á la casa de sus padres, y los vemos envueltos en la mayor aflicción, buscando á su hija, la que creció cuando despues de registrar su cuarto, solo hallaron toda su ropa bien doblada, el ropero intacto, y una carta sobre la almohada que decia:

Tom. IV.

*Padres y señores míos: vuestra hija se aparta de vosotros para seguir al Crucificado: mi vocacion es de ermitaña; yo debo seguirla. Sé que con esto os desagrado; pero ¿qué importa si con esto agrado á mi Esposo? Direis que os desprecio; mas no importa que lo digais, si es por esta causa: escrito está que el que no desprecia ó aborrece á su padre y á su madre por el Señor, no será digno de él; y así yo, sin aborreceros ni despreciaros, os dejo, os olvido, y os abandono. Con el espíritu con que el casto José dejó la capa en manos de su corrompida seductora, así os dejo. Adios, padres míos: obrad con justicia hasta la celeste Sion, donde nos daremos el osculo sagrado de la paz. Su amante hija*

Pomposa Langaruto.

El prudente lector considerará cuál sería el sentimiento de los padres de esta niña, cuáles sus temores y cuántas las diligencias que harían por su hallazgo; pero todo fué en vano, pues aunque los criados corrieron por las calles de la ciudad, aunque los mismos viejos anduvieron por las casas de sus conocimientos, y empeñaron á los guardas con promesas, todo fue inútil: Pomposita dormía tranquila-

mente en medio del bosque y sobre la dura tierra, lo mismo que en su casa y sobre una mullida cama. Tanta es la fuerza del sueño en una jóven.

Aun siguiera durmiendo, si no se levantara por su desgracia una violenta tempestad, á cuyos repetidos truenos despertó nuestra devota ermitaña con bastante susto, el que se aumentaba á proporcion que menudeaban los relámpagos mezclados con algunos rayos, que en aquellos bosques resonaban terriblemente.

Mas hasta aquí solo el ruido infundia pavor á Pomposita; pero cuando siguió un fuertísimo aguacero y no tenia donde refugiarse, decayó su ánimo en la mas funesta languidez.

Sin embargo, su locura la sugirió recursos para sostenerse en medio de su temor. Creyó que su virtud era bastante para hacer que la tempestad se serenara; y así abriendo su caja, sacó sus cilicios y una disciplina de pita: se puso aquellos muy poco apretados porque no se reventaran las cintas, y se dió unos cuantos disciplinazos suavemente y sobre el saco verde, que no se quitó por la honestidad tan necesaria en aquel lugar y á tales horas.

Su fervorosa penitencia fué tan eficaz, en su concepto, que á poco rato se despejó el cielo de nubes, cesó la tempestad, y volvieron á parecer las estrellas aun con mas brillantez que al principio de la noche. Entónces, delirando con mayor vehemencia, atribuyó el natural desahogo de las nubes á un milagro patente, hecho por los influjos de su espantosa penitencia, y despues que cantó no sé qué cosa en accion de gracias al Criador, se postro sobre la cajita con intencion de orar, por si experimentaba algunos éxtasis ó deliquios divinos.

Pero estando en esta postura, cuando hacia su composicion de lugar, oyó.... ¡Válgame Dios y lo que oyó! oyó que la calavera que estaba en la cajita se movia palpablemente, segun su frase, y no solo se movia, sino que chillaba de cuando en cuando.

El cabello se le erizó á nuestra nueva visionaria: la sangre se heló y circulaba en sus venas con mucha lentitud: sus miembros se laxaron: faltó en sus piernas la firmeza para sostener su máquina desfallecida, y repitiendo la calavera sus vuel-  
tas y chillidos, se abatió su espíritu del

todo, y cayó al suelo privada de sentido.

Así permaneció hasta las cinco de la mañana, hora en que pasó junto á ella un indio carbonero, acompañado de un muchacho y con una mula cargada de carbon que llevaban á vender á Megico. Al ver á la aturdida ermitaña tirada en el suelo, empapada, con su saco verde, el pelo suelto y la disciplina en la mano, se sorprendieron, creyendo que estaba muerta, y ya trataban de pasarse de largo; pero la buena fisonomía de Pomposa obligó al indio viejo á verla de cerca, y entónces, advirtiendo que respiraba, se compadeció de ella, y apretándola el estómago lo mejor lo que pudo, la hizo volver en sí.

Apénas abrió los ojos Pomposita, cuando, creyendo que los dos tiznados carboneros eran algunos ángeles que habian bajado de los cielos á socorrerla, clavó la vista en la tierra, se arrodilló, cruzó las manos sobre el pecho, y con una voz muy descaecida les decia: Parainfos sagrados, soberanas inteligencias, que en alas de los mansos cefirillos habeis descendido del Olimpo para restituirme á la tranquilidad antigua: yo me postro ante vuestra faz resplandeciente, os doy gracias, y os suplico

no me desampareis en mi corta peregrinacion, pues temo que en estos páramos me sorprenda la muerte cuando ménos lo piense, como asalta el facineroso ladron á los descuidados caminantes.

El pobre indio que no entendió de estos despropósitos sino las últimas palabras de ladron, muerte y caminantes, creyó que nuestra beata ó habia perdido el juicio ó pensaba que él era ladron que la queria matar, y que por esto se habia hincado á suplicarle que la dejase viva; y así para satisfacerla le decia: *Amo lagron, magre, amo lagron*: que era decirle en un mal castellano y megicano: no soy ladron, madre, no soy ladron. Pero como Pomposa no sabia que *amo* en idioma megicano quiere decir *no*, creyó que el carbonero decia que amaba á los ladrones, y arrebatada de su ardiente caridad despues de haber vuelto en sí de su primer adisparatado juicio, y conociendo que eran carboneros los que le parecieron ángeles, les decia: No, hijos, no ameis á los ladrones, porque os pervertireis y sereis unos de ellos: *cum perverso perverteris*.

Los indios al oir esta gerga, se acabaron de persuadir á que la tal niña estaba

loca, y así trataron de llevarla á su casa, que estaba á la salida del bosque, lo que no les fué difícil conseguir.

En el jacal ó triste choza del indio estaba su muger haciendo el desayuno que acostumbran, cuando entró el carbonero, su hijo y la ridícula ermitaña. La india, luego que la vió, quiso correr, pensando que era muerta, fantasma ó cosa mala; pero su marido la contuvo, diciéndole en su idioma que no temiera, que aquella pobre muchacha era una loquita que habia encontrado en el camino, que la cuidara, pues no se quedarían sin premio, respecto á que en aquella caja algo tenia: con esto se sosegó la india, y la comenzó á agasajar en cuanto pudo.

Lo primero que hizo fué desnudarla de la ropa mojada, vestirla un quesquemel y huepile de su uso que estaban llenos de mugre y hechos pedazos; pero por fin estaban secos. Ya se deja entender qué figura haria Pomposa tan extraña hasta á sus mismos ojos, mas la necesidad á todo nos sujeta.

Luego que estuvo vestida de india, y su ropa puesta á asolear, se sentó con los carboneros y su patrona junto al tle-

cuile, y recibió de muy buena gana un jarro de atole y dos tortillas que le dieron, lo que depositó en su estómago sin ningún asco. Tal era el hambre que tenía.

Pero no tuvo igual conformidad para sobrellevar el nuevo trage mucho tiempo; porque cada rato se rascaba no sin motivo, y sacaba la mano habilitada de lo que no quisiera. Tanta guerra le dieron las imprudentes sabandijas, que apenas se medio secó su poca ropa, cuando se la puso húmeda, y se acostó á dormir en un rincón. Los carboneros se fueron á vender su carbon, y la india se puso á tejer un ceñidor.

Mientras esto pasaba en el jacal, Doña Eufrosina estaba como se puede considerar con la pérdida de su hija. En toda la noche no durmió, y luego que sahó el sol tomó la pluma y escribió una porcion de rotulones.

Ya los iba á mandar poner en las esquinias, cuando entró el coronel y leyó que decian así ni mas ni ménos: *Quién hubiere hallado una niña bonita como de quince años, que se extravió anoche como á las diez de su casa, y se fué en camisa y naguas blancas, ocurra á entregarla á mi casa, y le daré un buen hallazgo.*

El coronel embarazó que se fijaran unos rotulones tan ridículos que podian interpretar los maliciosos contra el honor de su sobrina: consoló á su cuñada y le dictó las mejores providencias para buscarla.

Entre tanto nuestra visionaria, á causa del aguacero que habia recibido y de la humedad que absorvió su cuerpo con la ropa mojada, se enfermó de fiebre gravemente. Ese dia no comió, á la noche se le encendió la calentura en términos que deliraba. Los indios se compadecian de ella; pero en medio de su lástima abrieron la cajita, pensando hallar alguna cosa de provecho; pero los infelices se consternaron mucho al ver lo despreciable que encerraba, y se llenaron de risa al ver que saltó por encima de todos un raton: este vicho era el que por un agujero que tenia la caja vieja se metió en ella, de esta se pasó á la calavera donde chillaba y la movia, y así causó tal espanto á Pomposita. Este fué el parto de la calavera como en otro tiempo el de los montes, un ridículo raton. Casi todos los espantos tienen iguales principios.

Los indios socorrieron á su peregrina segun pudieron esa noche, pues no por-

que eran indios les faltaban los sentimientos de caridad.

Al día siguiente, por una dicha de Pomposa, llamaron de la casa de Doña Eufrosina al piadoso carbonero, y este, por un efecto de comedimiento, les preguntó qué remedio sería bueno para una niña de razón (\*) que estaba loca y con calentura.

La novedad de la pregunta excitó la curiosidad de Eufrosina para indagar del carbonero tantas cosas, que al fin averiguó que la enferma era su hija.

Entonces hizo poner el coche, se fué con el carbonero para Chapultepec, y encontró á su hija, como se dirá en el capítulo que sigue.

## CAPITULO VI.

*Hallazgo de la ermitaña Quijotita, y peregrino desenlace de su santidad y la de su madre.*

Entre contenta y asustada subió al coche Doña Eufrosina con su marido, cre-

[\*] Así distinguen muchos injustamente á los indios de los españoles, llamando á estos gente de razón, como si aquellos no la tuvieran.

yendo hallar á su hija verdaderamente loca, según lo que le había contado el carbonero.

Luego que llegaron á la miserable choza de este, se apearon y entraron á buscarla.

No es menester ponderar cuál sería el sentimiento de ambos al verla con su saco verde, tirada en un petate ardiendo en calentura y delirando. Los gritos, llanto y exclamaciones de su madre eran tales, que los pobres indios se enternecieron, y también comenzaron á llorar.

Finalmente, la abrigaron, la subieron al coche, dieron una buena gala á los indios, y poco á poco la condujeron á su casa.

Sin pérdida de tiempo vino el médico, y se trató de curarla con el mayor esmero.

Por fortuna se comenzó á restablecer hasta que quedó fuera de riesgo, aunque demasiado triste y débil.

Doña Eufrosina, para que su hija no pensara otra vez en ser ermitaña, tiró á la calle los cilicios, cerdas, saco, disciplina, calavera, y hasta la caja.

No solo esto hizo, sino que para quitarle toda ocasión de que volviese á prevaricar con la virtud, que de esta frase

que eran indios les faltaban los sentimientos de caridad.

Al día siguiente, por una dicha de Pomposa, llamaron de la casa de Doña Eufrosina al piadoso carbonero, y este, por un efecto de comedimiento, les preguntó qué remedio sería bueno para una niña de razón (\*) que estaba loca y con calentura.

La novedad de la pregunta excitó la curiosidad de Eufrosina para indagar del carbonero tantas cosas, que al fin averiguó que la enferma era su hija.

Entonces hizo poner el coche, se fué con el carbonero para Chapultepec, y encontró á su hija, como se dirá en el capítulo que sigue.

## CAPITULO VI.

*Hallazgo de la ermitaña Quijotita, y peregrino desenlace de su santidad y la de su madre.*

Entre contenta y asustada subió al coche Doña Eufrosina con su marido, cre-

[\*] Así distinguen muchos injustamente á los indios de los españoles, llamando á estos gente de razón, como si aquellos no la tuvieran.

yendo hallar á su hija verdaderamente loca, según lo que le había contado el carbonero.

Luego que llegaron á la miserable choza de este, se apearon y entraron á buscarla.

No es menester ponderar cuál sería el sentimiento de ambos al verla con su saco verde, tirada en un petate ardiendo en calentura y delirando. Los gritos, llanto y exclamaciones de su madre eran tales, que los pobres indios se enternecieron, y también comenzaron á llorar.

Finalmente, la abrigaron, la subieron al coche, dieron una buena gala á los indios, y poco á poco la condujeron á su casa.

Sin pérdida de tiempo vino el médico, y se trató de curarla con el mayor esmero.

Por fortuna se comenzó á restablecer hasta que quedó fuera de riesgo, aunque demasiado triste y débil.

Doña Eufrosina, para que su hija no pensara otra vez en ser ermitaña, tiró á la calle los cilicios, cerdas, saco, disciplina, calavera, y hasta la caja.

No solo esto hizo, sino que para quitarle toda ocasión de que volviese á prevaricar con la virtud, que de esta frase

usaba, hizo un escrutinio de todos los libros que habia en su casa, y habiendo recogido todos los piadosos y como quinientas novenas, se bajó al corral con ellos, llamó al lacayo, mandó hacer una hoguera, y cuando estaba bien encendida, los echó todos, diciendo: Id al fuego, perversidores del talento de mi hija. No, no mas virtud en mi casa, no mas libros devotos, no mas encierro, no rezos. Desde este instante yo haré que vuelva á reinar en el corazon de mi hija la alegría, y que se divierta como siempre.

Algo se escandalizó el lacayo con esta arenga; pero mucho mas la beata, que la habia estado observando desde la azote-guela; mas ninguno de los dos se atrevió á embarazar la quemazon, porque conocian el genio intrépido y dominante de Eufrosina.

Esta cumplió fielmente su promesa, pues luego que Pomposita se fué mejorando, no cuidó de otra cosa sino de darle cuanto gusto queria. Le hizo nuevos vestidos de toda moda, armó las antiguas tertulias, le permitió todo desahogo con los jovencitos que la cortejaban, y la consintió cuanto quiso.

No habia fiestecita donde no la llevara: jamas faltaba de los toros, y del coliseo muy pocas noches: las amigas se multiplicaron sin número, y todas la lisonjeaban á porfía, con lo que acabaron de corromper su corazon, y de llenar de vanidad su cabeza.

Ya se deja entender que el desórden entró de asiento en la casa de D. Dionisio, quien como tan acobardado por su muger, no hacia mas que gastar, contraer drogas, y callar. En esto paró la desmedida virtud de Doña Eufrosina y su buena hija; pero ¿qué otra cosa se debe esperar de una devocion falsa, ni de una virtud aparente y mal entendida?

El coronel y Doña Matilde se tostaban con las locuras de su hermana y sobrina; pero no quisieron meterse en advertirla, conociendo su capricho, y que cualquiera oposicion seria un estímulo para que lo hiciera peor; y así convirtieron todo su cuidado á Pudenciana, quien no dejaba de sentir ni de reir las extravagancias de sus parientas.

El coronel sabia aprovecharse hasta de los vicios de Eufrosina y Pomposa para dar á su hija lecciones de virtud, y esta

la escuchaba con amor, las practicaba con cuidado, y percibía con gusto su utilidad.

Tuvo varios pretendientes: de todos y de cuanto le decían daba cuenta á sus padres, y estos le dictaban como se debía manejar. Fácilmente discernía el coronel cuál era el carácter de cada uno, cuáles sus intenciones, cuál su conducta. Hacía ver á su hija que todo era siniestro, malo, inconveniente para ella, y los despedía sin sentimiento suyo y con la mayor docilidad.

El primero de estos que la solicitó fué un mocito azucarado y sin destino. Es-te le escribió una carta muy expresiva, en la que la colmaba de alabanzas, y le aseguraba su eterno amor y rendimiento.

Ella puso el papel en manos de su padre, quien le dijo: Todas estas alabanzas que este te hace, no pasan de unas lisonjas estudiadas para rendir tu corazón sencillo, y esta es una verdad que bien la puedes conocer sin la mayor reflexión. Te dice que eres la mas hermosa de cuantas hay, que eres una deidad, que eres un ángel, que tus mejillas son rosas, tus ojos soles, tu boca rubí, tus dientes perlas, tu cuello alabastro, tus cabellos hilos de oro

&c. Bien ves que todas estas expresiones son mentiras, pues eres una muger humana como todas: que aunque no eres fea, no tienes una hermosura peregrina; y cuando no pudieras ó no quisieras confesar que es así, el espejo te haría conocerlo, por mas que no lo confesaras.

Por lo que hace al imponderable amor que dice te tiene, y que al instante que te vió, te adoró con la mayor pasión, es otra mentira vieja de que usa esta clase de amantes. Es muy difícil, por no decir imposible, apasionarse de una muger, por hermosa que sea, á la primera vista: ¿cómo creeremos esto cuando se le dice á una muger no muy hermosa, y quizás aun fea si es rica? pues ello es que á todas se les dice.

Por otra parte: los juramentos que te hace de que será tuyo hasta la muerte son tan seguros como los que hace el jugador acabando de perder, de que no volverá á tomar los naipes en su mano. En estos juramentos casi siempre interviene ó la ceguedad ó la malicia del que jura. Cuando estan realmente apasionados ó ciegos por lo que aman, creen que jamas dejarán de amar á su objeto, y así se lo aseguran

sin mentir, pero engañados; pues apenas lo poseen, cuando su amor se entibia, y de la tibieza pasa al aborrecimiento cuando el amor no es puro. Por esto dice Mr. de la Rochefoucault que: *El amor es lo mismo que el fuego, que no puede subsistir sin un movimiento continuo, y deja de vivir desde que deja de esperar ó de temer.*

Cuando los amantes no juran por ceguedad, sino por malicia, ya se conoce su criminalidad; pero la muger prudente debe estar alerta para no fiarse de semejantes promesas en ambos casos, pues cualquier credulidad en ellas es funesta.

Sobre los rendimientos y humillaciones con que escriben los hombres, es menester que las niñas estén muy sobre aviso. Generalmente todos son humildes cuando pretendientes, y por casualidad no son tiranos luego que poseen. Entonces, satisfecha la pasión ó el apetito, reconocen los defectos de la muger: si son ligeros, ó los toleran con prudencia cuando son capaces de esta virtud, ó los aborrecen con la persona; y si son graves, excitan todo su odio y su venganza. Conque cuidado, hija mia; despide á este ocioso con verdad y sin descortesía, y no te

fies de papelitos tiernos, sino de acciones comedidas y de calificada hombría de bien.

Por medio del secreto de comunicar Pudenciana los suyos con sus amorosos y prudentes padres, logró que no se burlara de ella ningun seductor, y que su honra estuviese en su lugar: que aprendiendo á distinguir el mérito de los hombres por la práctica, supiera por fin conocer quién la amaba con sinceridad, ó quién con embuste; y por este seguro y no bien ponderado medio consiguió hacer su perpetua felicidad, como verá el lector si quiere leer un poco mas.

#### CAPITULO VII.

*Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificarse el casamiento.*

Entre cuantos aficionados tuvo Pudenciana logró la suerte de ser el preferido un D. Modesto, natural de Méjico, hombre noble, de arreglada conducta, bien empleado y verdaderamente bueno.

Este sujeto, por principio de su pretension, escribió á Pudenciana una carta

sin mentir, pero engañados; pues apenas lo poseen, cuando su amor se entibia, y de la tibieza pasa al aborrecimiento cuando el amor no es puro. Por esto dice Mr. de la Rochefoucault que: *El amor es lo mismo que el fuego, que no puede subsistir sin un movimiento continuo, y deja de vivir desde que deja de esperar ó de temer.*

Cuando los amantes no juran por ceguedad, sino por malicia, ya se conoce su criminalidad; pero la muger prudente debe estar alerta para no fiarse de semejantes promesas en ambos casos, pues cualquier credulidad en ellas es funesta.

Sobre los rendimientos y humillaciones con que escriben los hombres, es menester que las niñas estén muy sobre aviso. Generalmente todos son humildes cuando pretendientes, y por casualidad no son tiranos luego que poseen. Entonces, satisfecha la pasión ó el apetito, reconocen los defectos de la muger: si son ligeros, ó los toleran con prudencia cuando son capaces de esta virtud, ó los aborrecen con la persona; y si son graves, excitan todo su odio y su venganza. Conque cuidado, hija mia; despide á este ocioso con verdad y sin descortesía, y no te

fies de papelitos tiernos, sino de acciones comedidas y de calificada hombría de bien.

Por medio del secreto de comunicar Pudenciana los suyos con sus amorosos y prudentes padres, logró que no se burlara de ella ningun seductor, y que su honra estuviese en su lugar: que aprendiendo á distinguir el mérito de los hombres por la práctica, supiera por fin conocer quién la amaba con sinceridad, ó quién con embuste; y por este seguro y no bien ponderado medio consiguió hacer su perpetua felicidad, como verá el lector si quiere leer un poco mas.

#### CAPITULO VII.

*Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificarse el casamiento.*

Entre cuantos aficionados tuvo Pudenciana logró la suerte de ser el preferido un D. Modesto, natural de Méjico, hombre noble, de arreglada conducta, bien empleado y verdaderamente bueno.

Este sujeto, por principio de su pretension, escribió á Pudenciana una carta

que por original conservo en la memoria.  
Decia así:

*Señorita: las bellas cualidades que recomiendan el mérito de V., me obligan á amarla. Yo deseara lograrla para mi única y perpetua compañera.—Mis deseos nada importan, si no agrado yo á V. como V. á mí. Para que me conozca y me trate, necesito visitarla; porque mi carácter no se acomoda á solicitar su mano parándome en los zahuanes, rondando su calle, vahéndome de criadas ni de otros medios igualmente indecorosos á V. y á mí. Por tanto, estoy resuelto á ver á su papá de V. á informarle de quien soy, y á descubrirle mis intenciones; mas no daré un paso, ántes que V. me diga si tiene vocacion de religiosa, si en caso contrario, está comprometida con otro, ó si es de su gusto ó no el que yo la visite con este fin.—Espero la respuesta de V., entendida de que no me pesará que se la dicte su padre, pues me conformaré con ella, sea cual fuere.—Entre tanto, dé V. órdenes á su amante servidor q. s. p. b.*

*Modesto.*

Al instante que Pudenciana recibió esta extraña carta, la puso en manos de su

padre, quien no dejó de admirarse de su estilo; pero dijo á Pudenciana: Hija, si el carácter de este hombre y sus demas cualidades corresponden á lo que manifiesta su papel, sin duda que es un hombre de bien, y digno de ser marido de una mujer virtuosa.

En esta carta nada se lee que tenga visos de adulacion, mentira ni malicia: la verdad la dictó, y la escribió una mano firme, y que no la ha dirigido la falsedad, la seduccion ni la malicia. ¿Tú no lo conoces?—Yo no, papá.—¿Jamás lo has visto?—Jamás.—Esta es otra nueva circunstancia. Tú no puedes decidirte ni en su favor ni en su contra, supuesto que no lo conoces. Nada te mando en el particular: sobre tu inclinacion haz lo que quisieres, dile que venga ó no; pero escríbele, pues una carta política no se debe dejar sin contestacion por una niña, en siendo con permiso de sus padres.

Pudenciana, muchacha y naturalmente curiosa, obedeció á su padre gustosísima, y contestó la carta en estos términos:

*Muy señor mio: la política de V. exige que le diga que esta es su casa, y puede vi-*

sitar á mi papá, contando ya con su licencia cuando guste.... B. l. m. de V. su atenta servidora.

*Pudenciana.*

Luego que D. Modesto recibió la carta, fué á visitar al coronel, quien lo recibió con agrado; porque ni su figura ni su conversacion le parecieron despreciables. El jóven le hizo ver quien era, le manifestó los comprobantes de su buen nacimiento, le dijo donde vivía y como era absolutamente solo, y que el destino que tenía era de comerciante pobre; aunque su principal era bastante para sostener á una niña decente.

A seguida le descubrió su corazon sin rodeos, significándole el amor que tenía á su hija, y pidiéndosela para esposa, siempre que ella condescendiera.

Esto lo dijo tan breve y con tanta gracia, que el coronel no acertaba á responderle en su estilo, solo le dijo: Me parece V. hombre de bien; visite mi casa cuando quiera, nos experimentaremos mutuamente, quedando V. asegurado en mi palabra de que si merece á mi hija y ella lo ama, será suya.

Con este pasaporte visitaba D. Modesto la casa con frecuencia: á la frecuencia siguió la comunicacion, á esta la amistad, y á la amistad, el mas tierno amor de Modesto y Pudenciana.

Cuando ambos estuvieron satisfechos de su buena y amorosa correspondencia, á un tiempo se declararon con el coronel y D.<sup>a</sup> Matilde: los dos condescendieron con mucho gusto, y se verificó el apetecido enlace; al que asistieron D.<sup>a</sup> Eufrosina, su marido, Pomposita y otras muchas personas.

Pasados los dias de la boda, pensando Modesto que le seria tan sensible á su muger separarse de sus padres, como estos desprenderse de ella, consultó con el coronel sobre que si queria que las dos familias vivieran juntas, pues á él, á mas de las ventajas económicas que le resultaban, le seria muy lisonjero que Pudencianita estuviese contenta al lado de sus padres como siempre.

D. Rodrigo agradeció mucho el buen afecto de su yerno, y le dijo que siguiera unos cuantos meses, pero que era conveniente que separara casa, para que su hija practicara como esposa y cabeza de fami-

lia, las lecciones que le habia enseñado acerca de esto, y que bien podia conciliarse la separacion de las casas con la frecuencia con que debian ó desearian tratarse madre é hija, pues por fortuna, la casa de enfrente estaba desocupada, y si querian podian tomarla, y así vivirían todos juntos y separados.

Modesto se conformó con el parecer de su suegro, y dentro de tres dias se mudaron, sin que Pudenciana ni su madre extrañaran la separacion, por lo inmediatas que estaban.

Se deja entender que los dos nuevos esposos vivian muy contentos, pues no tenían encima suegros, cuñados, ni cosa alguna que los mortificara.

Entre tanto Pomposita estaba rodeada de cortejos, unos que efectivamente la pretendian para esposa, y otros que aspiraban á su conquista sin buen fin; pero Pomposa se reía de todos igualmente. Sus gracias, su atractivo y sobre todo, el tal cual lujo que veían en su casa, aumentaba cada dia el número de sus adoradores. Los regalos que la hacían estos eran pocos; mas los elogios eran infinitos y desmedidos. Ella se sabia aprovechar de

los primeros, y reirse de los segundos.

Ninguna distincion hacia entre el tuno y el hombre de bien; y como que á nadie amaba, no advertia quien de sus amantes pensaba con honor y quien no: á todos los trataba por un estilo.

Su prima la casada, que no dejaba de visitarla, procuraba con modo corregir sus locuras, y aun inspirarla inclinacion al matrimonio.

Una ocasion tratando sobre esto, le dijo: ¿En qué piensas, hermana, con admitir tantas visitas en tu casa, y en manejarte con cuantos hombres te cortejan con tanta familiaridad ó llaneza? Ya entiendo que solo tratarás de pasar el rato; pero cuando esto sea, sabe que pierde mucho tu reputacion, pues ningun hombre de juicio te ha de apreciar ni tener en lo que eres, al ver que con todos bailas, con todos te chancas y familiarizas demasiado por una parte, y por otra á ninguno te dedicas á agradar en lo particular, recibiendo ademas sin ninguna repugnancia los obsequios que te ofrecen. Yo he visto ya algunas como tú, y he oido las honras que hacen de ellas los hombres: lo ménos que dicen es, que son unas locas,

estafadoras y chasqueras. Conque mira lo que haces.

Ya lo he visto, decia Pomposa: yo no llevo otro fin, sino divertirme con los hombres, arrancándoles lo que pueda, hacerlos rabiar y echarlos noramala—¡Cierto que llevas unos fines santos!—Si no son santos, á lo ménos no son tan maliciosos que no los lleven otras muchas que hacen lo mismo que yo. Pero mira, Pudenciana: tú eres una tonta. ¿Habrá gusto como verse una muchacha rodeada de quince ó veinte adoradores, de quienes es el centro, el objeto y el iman? ¿Hay satisfaccion mas placentera que verse una muger idolatrada á un mismo tiempo por muchos hombres? ¿Podrán tener nuestros oídos rato mas agradable que cuando oyen que nos llaman bellas, ángeles y deidades? ¿Alejandro, Cesar, Pompeyo, ni mil otros guerreros, podrán gloriarse de valientes delante de una hermosa, que con solo un mirar de este ó del otro modo alienta un corazon, rinde á este, desmaya á aquel, desespera al otro y los humilla á todos? Y por último, ¿hay gloria, gusto, ni satisfaccion igual al de una bella, ante cuyo acatamiento doblan la rodilla los jóvenes y

los viejos, los pobres y los ricos, los plebeyos y nobles, y muchas veces los príncipes y los vasallos?

Tú, hermana mia, tienes talento, y no negarás que es una verdad cuanto te digo; y supuesto que la conozcas y confieses, es menester que te violentes mucho para no concederme que obro con juicio manejándome como hasta aquí. El espejo, Pudenciana, sí, el espejo es mi cotidiano consultor y consejero. El me dice cada dia que soy hermosa, y me persuade á que aproveche los dones de la naturaleza y los ratos que el tiempo me concede. ¿Qué dices?

¿Qué he de decir? contestó Pudenciana, sino que á lo que entiendo, tú equivocas las apariencias con las realidades, y la verdad con la mentira. Cierto que una muchacha hermosa y con tantas gracias como tú, parece que domina á cuantos la tratan, mas yo sé claramente que no es así. Los hombres, hermana, por lo comun quieren á las mugeres, pero no las aman; esto es, las quieren, como el que quiere un buen caballo para pasearse en él; pero no lo aman, pues pasado el rato del paseo, lo envian á la caballeriza, y no se

acuerdan de él hasta que lo necesitan, y cuando el caballo se enferma ó se envejece, tratan de deshacerse de él á toda prisa. Tú bien me entiendes; pues así son los hombres. Ellos y las mugeres nos estan pregonando esta verdad á gritos mudos. Ahora seis años, no mucho ha, D.<sup>a</sup> Ignacita la gagella, Tulitas la que estuvo en casa, y otras, ¿cómo andaban? acuérdate; muy bien vestidas, muy servidas y muy obsequiadas de todos; y ahora, ya has visto su paradero: las que no han muerto en mil miserias, andan ahí arrastrando la chancleta ó pidiendo limosna. Y ¿por qué? Porque el tiempo, la enfermedad ó la mala vida que se dieron, abreviaron sus dias, mancharon su tez, robaron su hermosura; y luego que sus amantes las vieron feas, olvidaron el que fueron bonitas algun dia. A un tiempo las abandonaron todos, les volvieron las espaldas, no hubo relevo de pretendientes, y entónces ¿qué sucedió? la indiferencia, el odio y el desprecio ocuparon el lugar de los obsequios, el amor y los rendimientos.

Esto tú y yo lo hemos visto en la poca edad que tenemos: luego ¿qué esperanzas debes prometerte de mejor éxito, cuan-

do ni eres mas hermosa que muchas de las que has conocido, ni los hombres de hoy piensan de diferente modo que los de ayer, ni tienes otros principios que los que tuvieron otras, y por consiguiente, no tendrás otros fines. Conque manéjate de diverso modo si quieres lograr diversa suerte.

Yo no pretendo que no ames á ninguno; eso seria querer que fueras insensible: nuestro corazon es de carne, somos racionales, capaces de pasiones, y por lo mismo sujetas al amor; pero si nos hemos de enamorar de algun hombre, sea de uno, y este sea hombre de bien, y amémosle con un fin noble, santo y seguro. Cásate, hermana: cástate con quien te ame de veras y pueda hacerte feliz con permanencia. Piensa en esto, y cuando halles un hombre que te aprecie tanto como Modesto á mí, no dudes entregarle tu corazon y hacerlo tu marido.

¿Yo casarme? contestó Pomposa, ni pensarlo: tú estás recién casadita, aun comes el pan de la boda, y por eso te parece tan bueno el estado del matrimonio; pero que pasen estos dias, que saque las uñas tu marido, que comience á zelarte, á re-

ñirte y á faltar á sus obligaciones, y entonces yo te preguntaré como te vá.

No tengo esperanzas de responderte que mal; porque ántes de casarme lo pensé bien, examiné el carácter de mi esposo y el mio, y conozco que jamas le daré lugar á que me cele ni me riña, y por lo mismo me pasará siempre buena vida. No te canases, Pomposa: las mugeres hacemos á los hombres buenos ó malos. Tenga la muger prudencia y consejo en la eleccion de marido, experimentense mutuamente los dos, consulten á la experiencia de los padres y del confesor, (\*) conózcanse los genios y costumbres, aspiren á ser felices el uno con el otro toda lá vida, dirijan sus fines, no el interes, no la libertad, no el apetito, sino el buscar cada uno de los dos un compañero que lo alivie en las miserias de la vida, un otro corazon igual al suyo en que descanse con seguridad, y un amigo inseparable hasta el sepulcro; y entonces la muger no dará lugar á quejas,

(\*) En la eleccion de confesor ó director espiritual, debe ponerse mucho cuidado por los padres de familia; pues de una mala eleccion de estas, han venido y vienen muy malas resultas.

riñas ni zelos á su marido, ni este tendrá valor para maltratar ni abandonar á su muger. Los dos mutuamente se disculparán sus imprudencias, tolerarán gustosos la escasez, gozarán en paz de la abundancia, y libres de recelos, asegurados en su amor y tranquilos en la calma de la buena conciencia, sobrellevarán del mismo modo las cargas y sinsabores del estado hasta que la muerte los separe, en cuyo caso el corazon del que viva se llenará de una amargura eterna que disipará difícilmente, pues la memoria del consorte llega mas allá del sepulcro, como lo vemos, y esto no sucede nunca con los amantes del calibre de los que tienes: y así, hermana, si quieres ser feliz, examina á los hombres, y cuando halles uno bueno y fino, que es fortuna hallarlo breve en estos tiempos, cástate, y dejate de tonteras.

¿Yo casarme? repetia Pomposa, eso si que no: ni pensarlo. Es verdad que me solicitan algunos para muger propia; pero mira: me quieren un comerciante que tendrá cuarenta años, un oficial segundo de secretaría, un hacendero payo, un minero viudo con una hija de seis años, un licenciado acabado de recibirse, un médi-

co con tales cuales créditos, y un corredor del número. ¿Qué te parece? ¿no son excelentes personajes para mí? ¿deberé yo pensar en rendir mi hermosura á semejantes muebles? ¿seria feliz al lado de cualquiera de ellos? ¿Qué dices? pues estos son mis novios.—

En verdad, hermana, que si te aman de veras, cualquiera de los que dices es bastante para hacerte feliz, con tal que no quieras salirte de tu esfera; pues en queriendo exigir de tu marido mas de lo que pueda darte, sin duda que será tu matrimonio desgraciado; porque si quieres contentar tus deseos á pura fuerza, ó eres infiel á tu marido, ó lo exasperas, y en ambos casos te labrarás tu ruina.

Por eso no me quiero casar con ningun hombre que no sea título y mayorazgo, decia Pomposa: no, en todo caso que sea mi novio rico y con seguridad; pues, que sea por lo ménos marques, y no de aquellos de quienes dice el refran que: *A las veces en casa de los marqueses, mas suele ser el ruido que las nueces.* No: yo quiero que el marques que haya de ser mi marido, sea rico, y que en su casa haya tantas nueces como ruido, tanto dinero como lujo,

y tanta seguridad como gusto; si no, hija mia, ¿para qué es casarme? me quedaré así para lavar corporales ó vestir imágenes, pues bien sabes que la fruta bien vendida, ó podrida en el huacal.

Pues yo temo que tu fruta se pudre, dijo Pudenciana; porque tú ya no eres muy rica, y los marqueses y mayorazgos no buscan por lo ordinario gracias ni hermosuras en las que eligen para esposas, sino dinero á todo, para sostener su ostentoso lujo. Esta es una verdad dura, mas es una verdad que solo puede contradecirla un loco. Si tal no fuera, no veriamos tantas marquesas feas, tantas y sin gracia, al mismo tiempo que vemos abandonadas innumerables muchachas bonitas y de recomendables circunstancias, que no hallan un enlace regular.

Sea lo que fuere, ó me caso con marques rico, ó con ninguno.—Pues haz lo que quisieres.

En este punto quedó la amigable conferencia de Pudenciana y su prima. Cada una abrazó su sistema, y percibieron el fruto á proporcion, como verá el que lea lo que sigue.

## CAPITULO VIII.

*En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los despilfarros de Pomposita.*

Pudenciana y Pomposa vivian muy contentas en sus casas: aquella amada y obsequiada de su marido, y esta cortejada y querida de sus muchos adoradores y pretendientes.

Pudenciana instruida por su padre, y lo que es mas, enseñada por el buen ejemplo de su madre, se consagró enteramente á darle gusto á su esposo en cuanto dependia de ella, y este, necesariamente la amaba cada dia con mas ternura.

No se notaba nunca en sus semblantes la menor displicencia, porque los dos se amaban con verdad, y excusaban con prudencia toda porfia, toda disputa que pudiera turbar la tranquilidad de sus espíritus.

Pudenciana sabia muy bien manejarse como muger amada, reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria que le constituia su inferior; y así jamas le preguntaba adonde iba ni de donde venia, tampo-

co investigaba sus secretos ni le tomaba cuenta del dinero que adquiria con sus arbitrios, mucho ménos se oponia á su grito para nada, ni disipaba en lujo ni en modas el sudor de su rostro: se contentaba con la decencia á que estaba acostumbrada en su casa, y cuando D. Modesto queria hacerla una gala, solia ella decirle, que no la necesitaba, que tenia suficiente ropa; que no estaban seguros ninguno de los dos de enfermarse, y en este caso mejor seria hallar en el baúl cien pesos, que una mantilla de punto ó cosa semejante.

Con este modo amarraba mas y mas á su marido, quien como hombre de bien nunca abusó de la docilidad ni prudencia de su esposa. Sabia que era su superior, no su tirano; que lo debia obedecer, pero no temblar en su presencia, pues era carne de su carne, una misina con él, y no su esclava.

Como los dos conocian cuales eran sus derechos y sus obligaciones, y tenian el talento y la disposicion necesaria para no abusar de aquellos, y cumplir con estas, se pasaban una vida harto feliz.

No cooperaban poco los padres de Pudenciana, que no eran de los suegros co-

munes. Siempre le inspiraban á su hija los nobles y cristianos sentimientos que debian: ella los observaba con su acostumbrada docilidad, y de este modo hacia la felicidad de su esposo, la suya y la de su familia.

D. Modesto no era rico ni pobre: su comercio le daba lo necesario para mantenerse con una decente medianía, la que jamas faltó en su casa con el auxilio de una tan buena esposa, que no solo sabia aborriarse de modas y de diges superfluos, sino que sin tocar la raya de la miseria, economizaba todo lo posible, lo que encontraba D. Modesto cuando la urgencia lo pedia.

Dentro del tiempo regular tuvieron un niño que dió á luz Pudenciana con el parto mas feliz. Desde entónces se consagraron los padres á su cuidado, y los abuelos estaban encantados con el nietecito, que era las delicias de toda aquella honrada familia.

Entre tanto, Pomposita se pasaba una vida bien alegre, consentida por sus padres, mimada por las amigas, y lisonjeada constantemente por una chusma de aduladores corrompidos.

Ella se complacía con los rendimientos que la hacian, creyéndolos sinceros; y fiada en su hermosura y en sus gracias, solo trataba de acrecentar el número de esclavos, que así llamaba á sus amantes. Su misma soberbia y vanidad la preservó por mucho tiempo de ser el juguete del amor.

Como no amaba á ninguno, y solo trataba de burlarse de los hombres, creyendo que no habia quien la mereciese, no se hacia cargo del mérito particular de nadie: y así no estimaba á ninguno, aunque *estafaba* al que podia, pues no rehusaba admitir los obsequios que la solian hacer de cuando en cuando. ¡Pobres de los tontos que se sacrifican por conquistar con dones el corazon de una loca presumida! Ellos pagan de contado su necedad, pero tambien pagan ellas su locura, y á mas precio.

Pomposa, á quien todos conocian por la *Quijotita*, apoyada en el consentimiento de su madre, no pensaba en otra cosa que en pasear, estrenar y perder el tiempo y el dinero.

El bueno de D. Dionisio no sabia negarse á nada de lo que querian su muger y su hija. Como hombre débil y acobardado,

condescendia con todas las extravagancias de su familia, y se sacrificaba por complacerla en sus mas ridículos antojos.

El tenia sus aflicciones interiores, que no manifestaba por no disgustar á las señoras; y estas pensando que sobraba para todo, no hacian sino pedir, gastar y divertirse; pero ¡cuánto mas nos engañan las felicidades de la vida si no vinieran siempre seguidas de la pena y de la desgracia! La tristeza llega tras la alegría, y el infortunio pisa la cauda del placer y del contento. Esto nos ha enseñado la verdad misma, y lo vemos todos los dias por la experiencia.

Si los hombres y las mugeres se aprovecharan de los consejos que leen en los libros, ó de los que les dan las gentes timoratas y su propia experiencia, no se vieran tantas familias desventuradas en el mundo; pero por desgracia, á la hora del placer nadie se acuerda, por mas que se lo digan, de que llegará muy en breve el rato de la pena y la congoja. Tal vez un gusto labra nuestra afliccion perpetua.

La familia de D. Dionisio se dió tanta prisa en disipar, que no fueron bastantes sus bienes á cubrir por mas tiempo aquel

grande desórden. Su caudal habia consistido en una tienda mestiza y una hacienda en jurisdiccion de Cuernavaca; pero con la despilfarrada conducta de aquellas gentes, vino á adeudarse como en doce años los réditos de veinte y ocho mil pesos que reconocia la hacienda, y la tienda ya solo se conservaba en fuerza de contraer todos los dias nuevos créditos; y como ni estos ni otras cantidades que en lo particular habia pedido D. Dionisio para satisfacer los caprichos de su muger é hija, no podia pagar, y lo agitaban ya por todas partes, á tiempo que estas no cesaban de sacrificarlo, temiendo descubrirse hasta con ellas por no caer en desprecio, tomó la resolucion de abandonarlo todo, y para ello hizo realizar quinientos pesos de efectos con pérdida considerable, y cambió treinta y seis onzas de oro, todo con el mayor secreto; y con el mismo, una madrugada hizo ensillar su caballo, y sin mas que su manga, sable, pistolas y sus treinta y seis onzas, salió á las cuatro de su casa sin decir al criado mas, sino que volviere á cerrar el zahuan.

A las nueve de la mañana que se levantó Eufrosina, preguntó por el amo, y auu-

que diciéndole el mozo la hora y modo como salió, lo extrañó demasiado, como que nunca se había dado igual caso, no sospechó lo sucedido, y fué á levantar á su hija, con quien á las once se fué á misa, de allí á una visita, y volvieron á las dos de la tarde. Despues de haber descansado y avisadas de estar ya la mesa puesta, preguntó Eufrosina si había vuelto D. Dionisio, y como supo que no, entró en algun cuidado, lo mismo que Pomposita; sin embargo, como no sabian aun el horroroso abismo de desdichas en que estaban sumergidas, comieron con desahogo, durmieron su siesta, y á las cinco se fueron al paseo. Mas como á su vuelta preguntaran por el señor Langaruto, y se les contestara que aun no parecia, ya no pudieron esperar mas, y para comunicarle el caso mandaron el coche á mi tutor suplicándole pasase inmediatamente; y como el page sin embargo del encargo que le hicieron de que nada dijera, con palabras á medias dió á entender lo que habia. Mi tutor me dijo lo acompañase, y entrando al coche en un momento estuvimos en la otra casa, donde encontramos á todos en la mayor confusion; pero mucho mas á

D.<sup>a</sup> Eufrosina que en medio de su desarregladísimo manejo amaba á su marido, aunque no con aquel amor puro y prudente que se deben tener los consortes. Luego que ella vió á D. Rodrigo, con la mayor agitacion le contó lo que pasaba, diciéndole la hora y modo como se salió, por lo que este teniendo en cuenta las costumbres de D. Dionisio y las muchas ocasiones que hay en los juegos y en los bailes, de que los hombres se desafien, infirió que algun duelo lo habría llevado á tal hora solo y con armas: así lo dijo á su concuña, añadiéndole que en tales casos los hombres solian dejar cartas para que sus familias y amigos se instruyeran, y que por lo mismo era bueno registrar su despacho, para que si algo alusivo se hallaba, con esas noticias proceder á buscarlo con algun acierto. Aprobó D.<sup>a</sup> Eufrosina, é inmediatamente nos dirigimos al despacho, en donde esta suplicó al coronel buscase, porque ella no tenia aliento, y con las piernas temblorosas no pudiendo mantenerse en pié, se sentó en un sofá: mientras yo alumbraba á mi tutor, él buscaba, y Pomposita seguia con sus ojos llorosos las manos del coronel, hasta que en-

contró un ochavo de papel, en que con mal formados caracteres aunque de mano de D. Dionisio, decia: *Adios para siempre, familia idolatrada: en mi escribanía deo escrita la resolucion que he tomado, y los motivos que me impulsaron á ella; adios, adios.*

—*Langaruto.*

No tuvo ánimo mi tutor para leerlo en alta voz, sino que tomándome la vela, fué á presentarlo á Eufrosina. Como Pomposita corrió á ver qué era, ambas se impusieron á un tiempo, y dando un terrible y doloroso grito, cayeron desmayadas. Llamamos inmediatamente á los criados, se encargó á la ama de llaves que cuidara á sus amas, y nosotros fuimos á la escribanía que tenía la llave pegada, y se abrió á presencia de la beata D.<sup>a</sup> María, que había hecho D. Rodrigo quedase allí por precaucion, y muy encima de todos los papeles estaban dos cartas, con el sobre, la una: *A mi esposa Eufrosina é hija Pomposita;* y la otra, *Al Sr. coronel D. Rodrigo Linarte.* Mi tutor guardó la primera, rompiendo la suya que decia así.

*Mi estimadísimo hermano y el mejor de mis amigos: una carta que deo á Eufrosina*

*encargándola la enseñe á V., le instruirá de mi determinacion y las causas poderosas que me la hacen tomar. Yo que por una debilidad vergonzosa no tuve la firmeza necesaria para hacerme respetar y obedecer de mi familia, he ocasionado mi ruina y la suya; ¡Ah, y si yo hubiese seguido el ejemplo de V. y sus lecciones! no me veria hoy perdido. No digo mas, porque sé á quien dirijo la palabra, y solo ruego á V. por la sangre preciosa de Jesucristo y por los dolores de su Santísima Madre á quien tanta devocion ha tenido, cuide de mi familia. Ya Eufrosina no tiene marido, ni Pomposita tiene padre: V. sí, V. animado siempre de una caridad cristiana, cuidará de ellas, y me las socorrerá cuando le sea posible. Si la Providencia divina me volviere algun dia con mejor suerte al seno de mi familia, yo manifestaré un perpetuo agradecimiento; mas si así no fuere, ese Dios grande remunerador, compensará á V. largamente sus buenas acciones.—Cuando V. y mi amable hermana dirijan sus preces al Eterno, no olviden á este infeliz, que ó va á vivir en miserias á un país desconocido, ó cuanto ántes á descender al sepulcro.*

*Dionisio Langaruto.*

Puede considerarse cual quedariamos al escuchar esta carta: yo no encontraba que decir: la beata lloraba amargamente apretándose los dedos y clamando á toda la corte celestial; y mi tutor despues de un rató de silencio, y diciendo, *es preciso que ella la rompa, para ella es el sobre*, se dirigió para la recámara donde estaban madre é hija, siguiéndolo yo, y no la beata, que hicimos quedara allí para que no fuera á aumentar la afliccion de aquellas señoras. Las encontramos ya en si, y anegadas en llanto. Procuró mi tutor serenarlas, diciéndolas que todo mortal sabe, á no poder dudar, que ha ofendido á su Criador, por lo mismo que es merecedor de sufrir en castigo los contratiempos de esta vida miserable, y que muchas veces nos parecian estos mas crueles de lo que son en sí: que acaso no podria dificultarse que volviesen á ver pronto á D. Dionisio, de quien habia encontrado en la escribanía dos cartas, una para él, en que remitia á la otra que era para Doña Eufrosina, la misma que aunque hubiera querido guardar por algun tiempo para dársela otra ocasion ménos angustiada, el deseo de ver si ella alumbraba para hacer algunas pesquisas

de los designios y paradero de su autor, le estrechaban á ponerla como la ponía en sus manos para que la rompiera y leyera. Doña Eufrosina, no quiso tomarla, diciendo no tenia valor para abrirla, y suplicando á D. Rodrigo se la leyese. Todos nos quedamos como estatuas, y mi tutor rompiendo la cubierta con mano trémula, leyó de la manera que sigue.

*Mi muy amada esposa Eufrosina: mi idolatrada hija Pomposa.—Yo he amado á VV. con demasiada imprudencia, y satisfecho sus caprichos en tal manera, que ha llegado el caso, no solo de agotar mis propios haberes, sino de contraer cuantiosas deudas, que me es imposible pagar. La Hacienda está valuada en cuarenta y cinco mil pesos: reconoce veinte y ocho mil, y debiendo doce años de réditos que ascienden á diez y seis mil ochocientos, solo parecen míos allí doscientos pesos; mas como tengo tomados tres años adelantados de arrendamiento, nada es mio ya, y sí soy deudor del arrendatario. La tienda gira quince mil pesos, debe al comercio veinte y dos mil pesos, y yo debo en lo particular de cinco á seis mil pesos; por todo lo que se ve, que debo una cantidad considerable que no tengo de donde sacar, y que ur-*

giendo como me urgen ya bastante los acreedores, que estan cansados de mi repetidos plazos con que he podido entretenerlos, van ciertamente á embargarme cuanto tengo, pues que ni con muebles de casa, coche &c. puedo cubrir mis responsabilidades.—No queda á VV. cosa libre, mas que algunas alhajas que la consideracion de los acreedores quieran dejarles.—Tú, Eufrosina, si tienes derecho á quedarte con el hilo de perlas y aretes de lo mismo, que trajistes tuyos cuando nos casamos; y á que te paguen de preferencia los cuatrocientos pesos de los nombramientos de huérfana que cobré tuyos en la Archicofradía del Rosario, y cantidad que hoy debes al consejo que con tiempo me dió nuestro hermano D. Rodrigo, de otorgarte la carta de dote que queda adjunta.—Hijas mías, yo no puedo sufrir el dolor y vergüenza que esto me causa, ni podré soportar el desprecio del público: al ver mi suerte, se reirá con razon de mi necedad que la ha causado; ni puedo ya ser útil á VV. en tales circunstancias. Yo las dejo encomendadas á la Providencia divina, y encargadas á nuestro honrado hermano y único amigo D. Rodrigo, á quien encargo den á leer esta para que disponga lo que convenga. El las mirará y auxiliará co-

mo padre siempre que VV. no lo desmerezcan: yo se lo pido en la carta que queda con esta, y que se le mandará al momento: él cumplirá, lo conozco, no lo dudo un momento. Sujétense VV. á sus consejos en todo, y lograrán ser ménos desgraciadas.—Yo me voy sin direccion alguna, puesto en manos de Dios, y no volveré á veros jamas, si no pudiere algun dia aliviar las necesidades á que quedan reducidas; mi ánimo es acabar mis dias en algun pais desconocido y muy remoto, con otro nombre que no sea el mio.—Ya la hora de mi marcha se llega.... el momento se precipita.... la amargura y el dolor no me dejan aliento.... adios, esposa mia, adorada.... adios, amadísima h-jamia, adios, adios; ya no volveréis á ver á este infeliz, cuya conducta desarreglada ha sumido para siempre á él y á su familia, indiscreta tambien, en el abismo de la miseria.... adios, adios....

*El desgraciado Dionisio.*

Tan luego como se acabó de leer la carta volvieron á sus desmayos madre é hija, y duró tanto el de la primera, que fué necesario llamar médico, y que yo fuese en el coche á traer á Doña Matilde, la que impuesta del caso todo, se afligió mucho,

pero sin desmayarse, porque acostumbrada ya como su marido á recibir esos golpes con resignacion, no hizo mas que dirigir á Dios su corazon, rogándole tuviese piedad de sus hermanos y sobrina. A los esfuerzos del facultativo volvió Eufrosina; pero ni ella ni su hija dejaban de llorar, nada casi cenaron, y despues de las cuatro de la mañana fué cuando se quedaron dormidas. Así continuaron hasta las siete que despertó la madre llorando tan fuertemente que despertó á Pomposita: inmediatamente acudió mi tutor y Doña Matilde que prodigándoles caricias les decian que era necesario no afligirse tanto, porque el crítico estado de las cosas pedia mucha serenidad para meditar lo que se determinaba respecto de intereses, que ya por la persona de D. Dionisio, el coronel habia en la madrugada ido á la posta, y despachado varios correos con señas de su persona, caballo y vestuario, para que lo buscasen con toda diligencia; y cuando encontrado no pudieran reducirlo á que se volviera, se valiesen de una autoridad para que con pretexto honesto lo detuviesen dando aviso en el momento. Sacaron á las dos de la recámara, y llevadas al

comedor se les hizo tomar chocolate, se les dieron algunas ligeras esperanzas, que las aquietaron hasta la hora de almorzar, y luego que pasó un rato despues del almuerzo, tomó D. Rodrigo de la mano á Doña Eufrosina, y echándola el otro brazo encima de los hombros con todo cariño, se la llevó á la sala, y haciéndola sentar la dijo con el mayor agrado: Hermana mia, á la hora de esta andan por los caminos como quince hombres expertos en solicitud de mi hermano D. Dionisio, por lo que no debemos desesperar de que vuelva; mas aunque esto sea como digo, él mismo ha manifestado á V. en su carta el terrible estado de sus intereses, y que los acreedores estan muy cerca de echarse sobre ellos, cuyo golpe acelerarán tan pronto como se evapore esta última ocurrencia, y este golpe si le coge á V. en esta casa les ha de ser muy sensible. Mi hermano al dar su último paso, me ha hecho el favor de creerme digno de encargarme de la suerte de VV., y yo agradeciéndoselo mucho, quiero tener el placer de acreditar que he querido siempre serle útil; y en tal virtud, hermana mia, vamos ahora mismo á que se lleven á casa

las camas, ropa, y aquellas cosas de VV. que no puedan pertenecer á los acreedores, y dejemos esta habitacion, supuesto que quanto en ella hay es ageno, y que ya con buena conciencia nada puede cogerse de lo que en sí contiene. Vamos, hermanita, V. tiene luces bastantes para conocer estas cosas, y no necesito decirla mucho. Vamos, no llore V., pues en esto no hay mas que mudarse V. á su otra casa, como que así ha debido contar siempre la en que yo he vivido, como yo he contado esta por mia desde que V. la habita, ¡Ay hermano! contestó Eufrosina, y cuánto me parte V. el corazon con lo que me está diciendo: yo todo lo conozco, veo que ello es fuerza, pues que no hay remedio aunque vuelva Langaruto; pero no tengo espíritu para resolverme tan de pronto; yo ruego á V. que me deje desahogar, que yo le prometo por lo que mas estimo que no pasarán quatro dias sin que nos unamos. A este tiempo entró Doña Matilde con Pomposa, é impuestas de lo que se trataba, instaron ambas á Doña Eufrosina para que fuera todo luego luego; pero ni lo que estas le hicieron presente, ni otras reflexiones muy juiciosas y oportunas que

le hizo mi tutor, la hicieron variar de resolucion, y solo ofreció de nuevo que cumpliria su primera oferta. A poco rato nos despedimos repitiendo el coronel á las señoras Langarutos, que le avisaran de cualquiera novedad, ó cosa que se les ofreciera, y de si habia alguna noticia de D. Dionisio, prometiendo hacer lo mismo por su parte.

En la tarde y otros dos dias siguientes á mañana y noche estuvimos yendo á visitarlas, consolarlas, é instarlas porque se fueran á casa de mi tutor, mas Doña Eufrosina no salia de lo dicho; y la mañana del dia cuarto que por haber amanecido indispuerto el coronel no fuimos, se metieron á las ocho de la mañana un juez, un escribano, algunos acreedores y otro á quien habian nombrado depositario. Tomaron á Doña Eufrosina y á algunos criados declaracion jurada del dia y modo como se habia marchado D. Dionisio, y en seguida fueron entregando todo por inventario al depositario, diciendo en seguida á Doña Eufrosina que en el momento debia salir de la casa con su niña llevándose sus camas, ropa de uso, cofres de ella y unas imagenes que por favor le con-

cedieron, manifestándole que lo hacian los acreedores por generosos, y no porque ella lo merecia, pues que habia causado en parte la dilapidacion de los bienes.

La infeliz Eufrosina en situacion tan triste, tuvo que implorar el favor de Matilde y el coronel, que la admitieron en su casa como habian prometido, con bastante amor y caridad. Se entiende que ni á ella ni á Pomposita les faltaba que comer ni estimacion; pero sí los chiqueos y contemplaciones á que estaban acostumbradas. La falta del choque atormentaba á Doña Eufrosina mas que la de su marido, y Pomposita extrañaba las tertulias y visitas de sus adoradores, aun mas que sus antiguas comodidades.

Apénas pasaron tres meses en que fué disminuyendo el llanto y la tristeza, cuando las dos, dizque para disipar la melancolía, comenzaron á recorrer las casas de las amigas, y trataron de establecer una tertulia para entretenerse por las noches.

No le pareció bien al coronel semejante designio, y desde luego se opuso con firmeza. Doña Eufrosina, poco acostumbrada con su marido á semejantes oposiciones, se incomodó altamente, y desde

ese dia se turbó la paz que debia haber sido perdurable.

Esta acabó de romperse á causa de algunos señoritos que, perpetuos centinelas de Pomposa, todos los dias, todas las noches y á todas horas rondaban la casa, acechando un descuido para entrar, seduciendo á los criados y haciendo las acostumbradas diligencias para hablarle dos palabras á la niña.

Luego que el coronel fué advertido por su esposa de los desórdenes que habia en el particular, llamó á solas á su sobrina, y la reprendió seriamente por sus locuras. El resultado fué que Pomposa entró llorando al cuarto de su madre, se quejó con ella del duro tratamiento de su tio, ponderando y mintiendo como le pareció, con lo que consiguió que Eufrosina se irritara con su cuñado, á quien le dijo: ¿Qué piensa V. hermano, que mi hija es huérfana de padre y madre para que así me la maltrate? Si lo hace V. por el rincon y por el bocadito que nos da, por cierto de ello: para nada necesito pan con cordonazo, y con mudarnos noramala está todo compuesto, que á bien que cuando Dios amanece, amanece para todos. Así es, mamá,

prosiguió Pomposa: V. no desconfie, que Dios tiene mas que dar que nosotros que pedir: su providencia vela sobre la conservacion de sus criaturas, y no abandona ni á los pajarillos, ¿cómo nos ha de abandonar á nosotras que somos mejores que los pájaros, segun nos dice donde dice: *multis passeribus meliores estis vos?*

Vea V. señora, decia el coronel: aquí era buen lugar para hacerle ver la mala educacion que le ha dado á esta niña, y cuanto ella ha sabido imitar los ejemplos que ha visto, haciéndose una ignorante, presumida y malcriada....

Poco á poco, señor D. Rodrigo, poco á poco, decia Eufrosina. Sírvase V. de no maltratar á mi hija, y mucho ménos en mi presencia; pero ya V. y yo no hemos de hacer migas: lo mejor será herrar ó quitar el banco. Vistete, niña.

Ninguna persuasion del coronel ni de Matilde bastaron á contener aquel genio intrépido y resuelto. En aquella misma hora se salieron las dos sin despedida, y á la tarde enviaron por sus camas y pocos trastes.

El coronel tenia resolucion; y así, aunque previó las consecuencias de la sepa-

racion de su cuñada, no se opuso. Dejó sacar los muebles, y solo se ocupó en tranquilizar á su muger y á su hija, que estaban muy apesadumbradas por el lance.

Doña Eufrosina no se fué á hospedar á parte alguna, sino á visita á casa de Carlota, donde habló del coronel y su familia mil primores. En esta conversacion salió á plaza la economía del gasto, el mal genio del cuñado, lo chismoso de Matilde, las monerías de Pudenciana, lo ridículo de su marido, las groserías de los criados, y cuanto podia conducir á que Carlota, formando mal concepto de aquellas casas, se pusiera de parte de Eufrosina. ¡Qué buena recompensa dió esta á unos deudos que siempre la habian estimado, y que la estaban actualmente favoreciendo! ¿Pero son otros los agradecimientos que dan las gentes, por lo ordinario, de los beneficios que reciben? Comen, beben, pasean, se divierten, y cuando salen de las casas, se hacen lenguas para desacreditar á los dueños en prueba de su noble gratitud. No en valde se resisten muchos para admitir huéspedes, que les aumenten gastos, que se informen de sus interioridades, y que despues salgan á pregonar por todas

partes sus defectos y los de su familia.

Carlota, que como se ha dicho, era una dama muy juiciosa, y amaba de preferencia á Matilde, procuró cortar tan odiosa conversacion, preguntando a Eufrosina cuál era su última resolución, y esta pregunta la hizo con harto miedo, pues temia que aquellas buenas señoras quisieran encajarsele en su casa; pero Eufrosina calmó su temor, diciéndole que le comprase ó le enviase á vender un hilo de perlas muy bueno que llevaba, mientras ella iba á buscar casa, porque á la tarde se habia de mudar aunque se viniera el cielo abajo. Carlota ofreció hacer la diligencia con todo empeño, y Eufrosina marchó para la calle.

Cada una de las dos concluyó felizmente su negocio. Carlota vendió bien el hilo; y Eufrosina encontró aunque no casa sola como queria, pero si una buena vivienda principal en una casa de poca vecindad, pues abajo solo tenia dos cuartos y arriba dos viviendas, de las que una estaba ocupada.

Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é inmediatamente que comieron, envió Eufrosina por sus trastes,

los puso en su casa; fué á una almoneda, compró otros varios muebles, y se habilitó de la primera criada que encontró. Luego que estuvo todo corriente, volvió á casa de Carlota que le dio trescientos cincuenta pesos que habian dado por el hilo, y despidiéndose Eufrosina le dió las gracias por su empeño. Carlota que no creia su dicha de verse libre de semejantes huéspedes, se despidió tambien con el mayor cariño, dándoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atencion de dar parte á su cuñado de casa nueva; pero por Welster y Carlota supimos su método de vida, y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capítulo que sigue, para ver el fruto de una mala educacion, y peor direccion de una madre sin juicio ni talento.

#### CAPITULO IX.

*En el que se da razon de una extraña aventura que le sucedió á Pomposita.*

Nadie debe extrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personajes conocidos, y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurs-

partes sus defectos y los de su familia.

Carlota, que como se ha dicho, era una dama muy juiciosa, y amaba de preferencia á Matilde, procuró cortar tan odiosa conversacion, preguntando a Eufrosina cuál era su última resolución, y esta pregunta la hizo con harto miedo, pues temia que aquellas buenas señoras quisieran encajarsele en su casa; pero Eufrosina calmó su temor, diciéndole que le comprase ó le enviase á vender un hilo de perlas muy bueno que llevaba, mientras ella iba á buscar casa, porque á la tarde se habia de mudar aunque se viniera el cielo abajo. Carlota ofreció hacer la diligencia con todo empeño, y Eufrosina marchó para la calle.

Cada una de las dos concluyó felizmente su negocio. Carlota vendió bien el hilo; y Eufrosina encontró aunque no casa sola como queria, pero si una buena vivienda principal en una casa de poca vecindad, pues abajo solo tenia dos cuartos y arriba dos viviendas, de las que una estaba ocupada.

Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é inmediatamente que comieron, envió Eufrosina por sus trastes,

los puso en su casa; fué á una almoneda, compró otros varios muebles, y se habilitó de la primera criada que encontró. Luego que estuvo todo corriente, volvió á casa de Carlota que le dio trescientos cincuenta pesos que habian dado por el hilo, y despidiéndose Eufrosina le dió las gracias por su empeño. Carlota que no creia su dicha de verse libre de semejantes huéspedes, se despidió tambien con el mayor cariño, dándoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atencion de dar parte á su cuñado de casa nueva; pero por Welster y Carlota supimos su método de vida, y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capítulo que sigue, para ver el fruto de una mala educacion, y peor direccion de una madre sin juicio ni talento.

#### CAPITULO IX.

*En el que se da razon de una extraña aventura que le sucedió á Pomposita.*

Nadie debe extrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personajes conocidos, y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurs-

so de la vida: conocemos y tratamos á muchos sujetos en diversos tiempos y lugares; pero de estos, unos se enojan, otros se van, otros se mueren, y de unos sabemos su paradero, y de otros no, al tiempo que vamos adquiriendo nuevos conocimientos de personas que substituyen el lugar de los ausentes. Conque si esto es general, el lector, por cosquillozo que sea, nos permitirá que continuemos la relacion de los sucesos de Pomposa y de su buena madre.

Esta era alegre, y la hija no era triste. Resucitaron sus antiguas amistades, y convocaron otras. Las diversiones, tertulias, paseos y frascas eran continuas. Los trescientos cincuenta pesos que dieron por el hilo de perlas y ellas creian serian eternos, porque nunca habian conocido la economía, se iban disminuyendo por la posta; pero los cortejos se aumentaban. Era preciso obsequiarlos con café, chocolate, aguardiente, pulque y envuelitos, segun la hora y el gusto de los caballeros. Doña Eufrosina siempre fué obsequiosa y liberal, y no quisiera parecer pobre ni por todo el oro del mundo.

Con tal franqueza no solo se acabó el

dinerito, sino que fueron á visitar el montepío y las tiendas varias alhajitas, tunicos y tápalos del uso necesario.

La necesidad con su cara de diablo ó de suegra, que todo es uno, se iba acercando mucho, y tanto, que ya subia las escaleras de la casa. No es necesario ponderar la afliccion de estas buenas señoras: ella crecia á proporcion que las escaseces, y ya estaban para ahorcarse, cuando una niña, amiga íntima de Pomposa, que habia aprendido con escritura el arte de la coquetería, la salvó, aunque á caro precio, enseñándola unas máximas ciertamente dignas de las señoronas de su clase.

Quisiera omitir su relacion, pero se me hace escrúpulo, porque puede ser muy útil á los hombres su noticia.

Reducianse las dichas máximas á veinte, y eran estas.

1. Aprecia al que tenga dinero, sea quien fuere.
2. Al que tenga mas, hazle mas aprecio, de modo que tu estimacion se mida por el caudal de tu cortejo.
3. Escasea tus favores, y procura siempre venderlos caros.

4. Fingete zelosa unas veces, y otras simple, segun te convenga.

5. No desprecies ningun obsequio, sea el que fuere.

6. A los mezquinos, pídeles sin vergüenza.

7. A los que no den nada, échalos de tu casa; porque hacen mala obra sin provecho.

8. Engaña al que sea bobo y se deje.

9. Aprovéchate del primer ímpetu del que te quiera.

10. No creas á ningun amante, aunque haga por tí los mayores sacrificios y finezas.

11. No te apasionen ni pienses en casarte con pobre: únete primero con un negro, un gálico ó un herege, pues todos estos y mayores defectos son disimulables con la plata.

12. Mírate al espejo cuando te compongas, y ensáyate á hablar, despreciar, favorecer y dar esperanzas con los ojos.

13. Aprecia tu mérito mas que el de todo el mundo.

14. Sé desdeñosa unas veces y otras franca, segun las ocasiones y los sujetos con quienes trates.

15. Date á deseo, y olerás á poleo, á torongil y á rosa.

16. Recluta cuantos adoradores puedas, y procura sacar ventaja de todos.

17. Ofréceles á todos, y no cumplas á ninguno.

18. Desconfia de todos, y guárdate no por honor, sino por necesidad.

19. Vístete con lujo aunque no comas.

20. En todas tus correrías amorosas, ten por último fin el interes.

Tan bellas máximas no podian ménos que agradar mucho á Pomposita. En efecto, las aprendió de memoria, y las practicaba al pié de la letra. Dentro de pocos dias comenzó á percibir el fruto de su aplicacion.

Lo primero que hizo fué darles su retiro á los pobretes y mezquinos, como gente inútil y pesada. A todos los demas los pelaba con bastante sagacidad. Cuando veia un cintillito, un pañuelo ú otra cosita que le agradaba, comenzaba á alabársele á su dueño delante de otros con tanta repeticion, que lo obligaba á decirla: *Sírvase V. de ello, señorita*; y entónces, despues de una ligera resistencia, lo tomaba, y con un *mil gracias* quedaba pagada la tal cosa.

Otras veces con un *si yo tuviera: así que tenga: dias ha que estoy deseando*, y otras frasecillas semejantes, les arrancaba á los mis señores lo que podia.

Tambien habia ensayado á su criada para que cuando fuesen ciertos y determinados señores, entrase ella á vender lo que le diera. La criada hacia el papel muy bien; porque entraba con un tápalo de seda, por ejemplo, de los que no le habian visto aquellos sujetos á Pomposa, y decia: Señorita: vea V. qué chulo tápalo vende D.<sup>a</sup> Fulana, y tan barato. A esto se seguia ver el tápalo, alabarlo mucho y preguntar por el precio: enténces respondia la criada que seis ú ocho pesos pedian por él. Es dado, decia Pomposa; pero no tengo dinero por ahora: si lo tuviera, no me quedara sin él, pues lo ménos que valen esos tápalos son veinte y cinco pesos. Enténces no faltaba un garboso que metiera mano á la bolsa, y diera el dinero de contado. De esta manera se vendia Pomposa sus friolerillas cuatro ó cinco veces.

Así pasaron algunos meses muy alegres á costa de los bobones que se sacrificaban á competencia, deseando cada uno ser el poseedor de aquella belleza encantadora.

Como el pleito que tuvieron no fué conmigo, jamas me negaron la entrada á su casa; ántes les agradaba, porque juzgaban que yo daria noticia al coronel de sus bonanzas. Ello es que con este pasaporte yo tenia lugar para observar de cerca todas sus gracias.

Pomposa y Eufrosina, cada una por su parte, procuraban sostenerse. Aquella con sus ardidés y esta con el disimulo. Yo no he visto prudencia igual á la de la buena de Eufrosina. Por lo ordinario dejaba sola á su hija en el estrado charlando con sus enamorados, y ya se debe inferir que no hablarian de sermones ni jubileos. Otras veces los veia tan separados de su hija que entre los cortejantes y ella no cabia un alfiler, y otras, la veia retozar con los jovencitos con tanta familiaridad como si fueran sus maridos. A Eufrosina, sin embargo, nada le espantaba: de todo se reia; y cuando mucho, solia decir á su hija: Sosiégate, niña: no seas tan juguetona: ¿qué dirán los señores? A este tiempo todos la disculpaban con su corta edad, y la señora quedaba muy contenta y satisfecha. ¡Ah que madre!

Yo me admiraba al ver cómo tan ínti-

ma familiaridad entre ellos y ella no producía algun desaguisado funesto para Pomposa; pero es cierto que unas pasiones destruyen ó enfrenan otras. Ella se defendía no por virtud sino por vanidad.

No faltaban entre los visitantes algunos hombres de bien y acomodados que propusieron ventajosos casamientos á Pomposa; mas ella todos los despreció, porque tenía firme vocacion de ser marquesa, y por entónces no la pasaba mal con su modo; pero qué cosa es permanente en esta vida?

Al cabo de cinco ó seis meses de esta buena vida, fueron todos los cortejantes desengañándose de que Pomposa no pensaba sino en estafar ó ser marquesa; y enfadados de su locura y mala fe, se fueron despidiendo poco á poco, hasta que no quedó en la casa mas visita que un triste meritorio de oficina.

Ya se deja entender que luego que tocó retirada aquella tropa auxiliar, el ejército enemigo, la cruel necesidad, se fué acercando á marchas forzadas á la casa de Pomposa.

Se volvieron á empeñar las prendecitas, á contraer drogas, á darle plazos y

mas plazos al casero, y á experimentarse las indigencias que al principio; y no hubiera sido esto tan fatal, si no hubiera sido mas; pero, por desgracia, el maldito meritorio, el mas zozco, el mas pobrete y despreciable, como se quedó solo en la casa, se hizo el objeto de todas las atenciones y confianzas de Eufrosina y Pomposita.

El aparentaba un amor intenso y una compasion entrañable á una familia tan decente, honrada y digna de ser protegida por un príncipe. ¡Cuántas veces este picaron mezcló sus lágrimas con las de Pomposa al escuchar sus infortunios y desgracias! La simple muchacha creía sus fingimientos, y le manifestaba su gratitud con expresion: él aprovechó estos funestos instantes, y apretó el cerco hasta rendir aquella fortaleza.

La madre, tan engañada como la hija, y por otra parte, asegurada de su alto modo de pensar, jamas creyó lo que pudiera suceder, y así les permitía unas confianzas desmedidas, y les proporcionaba mas lugar del que se había menester.

Cuando el tunante conoció que la debilidad de Pomposa no podía dejar de des-

cubrirse, hizo lo que acostumbran sus semejantes, dió la vuelta, y no le volvieron á ver la cara.

Eufrosina no sabia á qué atribuir aquel retiro que sentia verdaderamente, y mas cuando se informó y supo que ya no estaba en la oficina en donde habia comenzado su carrera. Pomposa bien presumia lo que podia ser; pero procuraba disimular su sentimiento lo posible.

No tuvo igual prudencia la naturaleza. De dia en dia se explicaba con mas claridad, causando ansias terribles á Pomposa. Esta no pudo ménos que descubrirse con una de sus buenas amigas, quien le dijo: No te apures, niña, para todo hay remedio; yo te traeré una bebida con que te cures en un dia esa obstruccion.

La oferta no pudo ser mas criminal; pero Pomposa se amaba mucho: conoció cuanto valia el honor de una muger, despues de haberlo perdido: quiso á lo ménos substraerse de la pública nota, y ya que no tuvo vergüenza para ser madre, la tuvo para mostrarse tal. Ahogó en su corazon los sentimientos de la naturaleza, se hizo desentendida al terrible grito de su conciencia, y acumulando un delito á otro,

bebió el infernal licor con mucho gusto. Mas fuérase por la robuztez de su salud, ó por la ineficacia de la bebida, no correspondió el éxito á su deseo, sino que le hizo buen provecho. Entónces ella ocurrió á su caritativa amiga, quien prometió sacarla del cuidado.

En efecto, á la mañana siguiente le llevó un frasquito, y en él unas cuantas cucharadas no sé de qué brevage condenado. Mandó que tomase dos á las diez del dia, dos á las cuatro de la tarde, y dos á las nueve de la noche, asegurándole que si al dia siguiente no estaba buena y sana, era su última voluntad que la ahorcaran. ¡Tan cierta estaba ésta maldita consejera de la eficacia de su licor!

La inconsiderada Pomposa, deseando desembarazarse prontamente del mal que la affigia, se hizo cargo que si seis cucharadas repartidas habian de obrar en veinte y cuatro horas, tomadas juntas obrarian lo mismo en mucho ménos tiempo; engañada con este falso argumento, se bebió casi todo el frasquito de una vez. Ignoraba la ilustradísima Pomposa que una misma droga, ó llámese medicamento de la botica, puede ser remedio ó veneno segun

fuere la dosis en que se tome; pero esta ocasion lo experimentó bien á su costa.

A la media hora comenzó á sentir unos retortijones terribles que procuró disimular; pero como se aumentaban por instantes, no pudo disimularlos con igual entereza. Los dolores terribles, la hemorragia, las nauseas, la convulsion y síncope fueron tales, que pusieron á su madre en el mayor cuidado. Se llamó al médico, y este que no era lerdo, conoció la causa, y así se lo dijo á Pomposita en un descuido de su madre. Señorita, le decia, V. me asegura que es doncella; pero los efectos que veo me aseguran que no lo es, y aun conozco la causa de su mal.

¡O señor doctor! dijo Pomposa: V. es el hombre feliz del P. Almeida, pues conoce la causa de mi mal.

El médico se sorprendió con tan inesperada erudicion; pero deseando instruirse á fondo de todo cuanto le interesaba, trató de que D.<sup>a</sup> Eufrosina le diera lugar, y como no era tonto, lo supo hacer con disimulo.

En estos intermedios le dijo á la enferma: V. ha querido sanar de una vez, y ha tomado algun veneno activo; dígame cual es, porque le importa.

Entonces ella sacó de debajo de la almohada el frasquito con lo poco que le habia quedado, y se lo dió al médico. Este lo olió, lo probó, y falló que tomado en semejante dosis era un legítimo veneno que obraba como tal aunque no con la prontitud del arsénico.

En fin, á fuerza de leche, vomitivos, emolientes y confortativos, consiguió sacarla del peligro, sin poder impedir el efecto, y lo peor de todo fué que D.<sup>a</sup> Eufrosina lo advirtió; porque como no habia muchas criadas, y Pomposa contaba ya cuatro meses de enferma, salió *el mal* y lo vió su madre.

En aquel instante disimuló; pero apenas se alivió Pomposa, cuando se lo dijo, y la comenzó á tratar con la mayor dureza, negandola su mesa, su conversacion, y añadiendo á este trato los mayores denuestos é improperios. De tal, y cual no le bajaba un punto; y no satisfecha con aspereza semejante, dió en ponerle las manos con frecuencia.

Pomposita no estaba acostumbrada á estos regalos, y así, no teniendo mas abrigo que sus tios, se fué un dia á su casa: contó cuanto le habia pasado: el coronel

la escuchó con caritativa compasion, y la acogió con lástima.

Eufrosina disimuló al principiό la fuga de su hija sabiendo donde estaba; pero como le hacia falta, la extrañaba; porque hay muchas madres que se atienen á sus hijas para comer, y tratan de recogerlas aunque les quiten el bien que tienen, porque en no teniendo carne el anzuelo no cae el pez. Ellas son los anzuelos, sus hijas la carne, los peces los hombres que bobamente se dejan engañar.

Ello es que la buena madre fué á casa del coronel para sacar á su hija. Ni esta queria irse, ni aquel que se fuera; pero fueron tantos los retobos y necedades de Eufrosina, que D. Rodrigo, no pudiéndolos sufrir, consintió en que se la llevara; pero ántes le dijo: Que se vaya la muchacha enhorabuena; mas tenga V. entendido, que va á ser enteramente infeliz, y V. ántes que ella tiene la culpa. Ya la hizo desgraciada en lo privado con su mala educacion, perverso ejemplo y crimiqal consentimiento; y ahora quiere servirse de ella como de un medio indigno y criminal para vivir. . . . ¡Pobre muchacha! Ella va á prostituirse al lado de su madre, y á vivir

como una merceneria de su cuerpo. ¡Cuántas fueran ménos infelices si no tuvieran semejantes madres!

No quiso aguantar mas D.<sup>a</sup> Eufrosina, y así, haciendo un dengue colérico, le respondió: Hermano, yo no vine á que me prediquen, sino á llevarme á mi hija. ¿Qué le importa á V. ella ni yo, ¿ha de dar V. cuenta á Dios de nosotras? pues déjenos que nos lleve el diablo. Conque vístete, muchacha, y vámonos ántes que me acabe de enfadar.

El coronel, sin hablar otra palabra, la dejó charlando: Pomposa se vistió, se entró á despedir de sus tios, y se fué con su buena madre.

## CAPITULO X.

*Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita, desatinada inversion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable.*

Miéntas que mi tutor, D.<sup>a</sup> Matilde y yo lamentábamos la suerte infeliz que iba á correr Pomposita, la madre de ella no

la escuchó con caritativa compasion, y la acogió con lástima.

Eufrosina disimuló al principiό la fuga de su hija sabiendo donde estaba; pero como le hacia falta, la extrañaba; porque hay muchas madres que se atienen á sus hijas para comer, y tratan de recogerlas aunque les quiten el bien que tienen, porque en no teniendo carne el anzuelo no cae el pez. Ellas son los anzuelos, sus hijas la carne, los peces los hombres que bobamente se dejan engañar.

Ello es que la buena madre fué á casa del coronel para sacar á su hija. Ni esta queria irse, ni aquel que se fuera; pero fueron tantos los retobos y necedades de Eufrosina, que D. Rodrigo, no pudiéndolos sufrir, consintió en que se la llevara; pero ántes le dijo: Que se vaya la muchacha enhorabuena; mas tenga V. entendido, que va á ser enteramente infeliz, y V. ántes que ella tiene la culpa. Ya la hizo desgraciada en lo privado con su mala educacion, perverso ejemplo y crimiqal consentimiento; y ahora quiere servirse de ella como de un medio indigno y criminal para vivir. . . . ¡Pobre muchacha! Ella va á prostituirse al lado de su madre, y á vivir

como una merceneria de su cuerpo. ¡Cuántas fueran ménos infelices si no tuvieran semejantes madres!

No quiso aguantar mas D.<sup>a</sup> Eufrosina, y así, haciendo un dengue colérico, le respondió: Hermano, yo no vine á que me prediquen, sino á llevarme á mi hija. ¿Qué le importa á V. ella ni yo, ¿ha de dar V. cuenta á Dios de nosotras? pues déjenos que nos lleve el diablo. Conque vístete, muchacha, y vámonos ántes que me acabe de enfadar.

El coronel, sin hablar otra palabra, la dejó charlando: Pomposa se vistió, se entró á despedir de sus tios, y se fué con su buena madre.

## CAPITULO X.

*Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita, desatinada inversion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable.*

Miéntas que mi tutor, D.<sup>a</sup> Matilde y yo lamentábamos la suerte infeliz que iba á correr Pomposita, la madre de ella no

pensaba mas que en el modo de vivir sin volver á ver para nada la cara de su cuñado, ni á nadie de su familia, excepto yo, que como sabia hacer mi papel, por disposicion de mi tutor nunca tomé partido descubierto contra ella ni su hija, con objeto de comunicarles y estar al alcance de todo lo que ocurría en su casa, por si se les ofreciese cosa en que servirles, y porque cuando podia percibir que la necesidad las estrechaba, avisaba á mi tutor segun me tenia encargado, y por su orden las dejaba con disimulo en las almohadillas ó canastas de costura algunos socorros que me daba para ese objeto, y con encargo especial de que nunca dijese nada á nadie.

Como desde los primeros dias de la separacion comenzaron á tener escasez, porque ciertamente nada tenían seguro, y los contertulios no concurrían, porque la casa de un pobre apesta á diablo revolcado en caño de bodegon, D.<sup>a</sup> Eufrosina echando cálculos, se acordó de la carta de dote que le dejó D. Dionisio por la cantidad que habia cogido de sus nombramientos de huérfana, y me encargó de su cobro, lo que con la direccion y resortes del coro-

nel que tomó empeño bajo de secreto, se logró que el juez del concurso, de consentimiento con los acreedores, mandase librar la cantidad que me exhibió el depositario, y yo llevé á D.<sup>a</sup> Eufrosina.

No puede ponderarse el gusto con que D.<sup>a</sup> Eufrosina y su hija tomaron el dinero, del que empezaban á discurrir la mas célebre distribucion, en lo que les fuí á la mano, manifestándoles que nunca necesitaban de mas juicio que esa vez, porque esa cantidad era la última que pudieran haber, y no quedaba ya esperanza alguna. Las aconsejé que buscasen con empeño una velería, chocolatería ó bizcochería que traspasar, que se metiesen allí á cuidar de su capitalito, y que miéntras se adiestraban en el giro yo les auxiliaría lo posible, principalmente para las compras de la calle. Hicieron buenos gestos cuando pensaban en esto de manejar el sebo, las panochitas, los cohetitos y demas menudencias que se expenden en las velerías; mas por último, demostrándoles yo que peor que todo eso era el morir de hambre, mendigar ó prostituirse, se determinaron á tomar mi consejo, y quedaron resueltas á buscar desde el dia siguiente una casa que

traspasar, y me encargaron la solícitase.

Me fui y conté á mi tutor la buena disposicion que tenian, de lo que D.<sup>a</sup> Matilde se alegró mucho; pero él se sonrió, meneó la cabeza, y dijo: „La cosa es muy buena en las circunstancias de esas santas; mas dudo que lo hagan, porque allí no hay cabezas.” Le repuse que yo creia que lo harian porque ya la fortuna les habia dado buenos golpes, yo les habia demostrado que no tenian ya otra esperanza, y ellas convencidas de todo se habian resuelto á tomar ese nuevo modo de vivir, para no exponerse á perecer otra vez, y el coronel contestó: „Todo está muy bueno, quiera Dios que tenga efecto tan laudable proyecto.”

Al otro dia salí empeñado á buscar casa de comercio á propósito para que la traspasaran, y tuve la chiripa de encontrar con una bizcocheria y chocolatería en la calle de la Merced, que tenia su vista al Oriente una habitacion interior de dos piezas y su cocinita con uso del patio, que ganaba ocho pesos cada mes, vendia el dia que ménos doce pesos, querian cien pesos de traspaso, y de existencia tendria trescientos. Creí no podia darse cosa mas

análoga, y que allí asegurarian su subsistencia viviendo frugalmente: y muy contento con tales ideas, me fui á avisarles á las cinco de la tarde. Pero ¿cuál seria mi sorpresa y disgusto, al ver que ya habian empleado mucha parte del dinero en cortes de tunicos, tápalos, medias, bretañas, canapes de moda, rinconeros, sillas, tocador, &c. &c. Les reclamé aquel despilfarro, y me contestaron que tenian necesidad de todo eso, porque no habiéndose criado en la miseria, no podian privarse de cosas tan precisas, ni querian verse despreciadas de todos, pues que la gente pobre hiede á mula y zopilote muerto: y terminaron con decirme que no me apurara, porque aun les quedaban doscientos cincuenta pesos. Híceles presente que habian cometido una gran locura, porque nada de aquello les urgia, y debieron primero asegurarse de una casita que les diera el pan de cada dia, y de la que despues podrian ir sacando proporcionalmente para ropa y algunos muebles indispensables. Oyeron todo con mucho disgusto, concluyendo con decir que el dinero que les quedaba ya no era bastante para tomar la casa que yo les proponia, y que por lo mismo se

resolvian á buscar otra de ménos precio.

Acabamos nuestra contestacion, cuando empezaron á entrar algunas de sus antiguas amistades, que habiéndolas visto casualmente por la mañana en la compra de la ropa y demas cosas, calcularon, y muy bien, que era tiempo de volver á divertirse algunos dias á costa de aquellas celebérrimas tontas. Cada uno á su vez, preguntaba el origen de aquella *bolichada*, decian que se alegraban de tan buena suerte, daban sus consejos para la mejor inversion que debia darse á aquel *gran caudal* que les quedaba, y remataron con que para celebrar tan buena ventura, era necesaria una diversioncita, aunque fuese casera, y quedó esta concertada para la noche del domingo inmediato, encargándose cada uno de convidar á algunos conocidos, y D.<sup>a</sup> Eufrosina de prevenirles una merienda, y buscar músicos que no fueran chabones.

A las oraciones me despedí y retiré de aquella casa de locos, lleno de tristeza por contemplar que Eufrosina y su hija iban á dar al trasto en pocos dias con aquel dinero, que aunque poco, pudo darles que comer por algun tiempo, si hubieran sido

capaces de juicio. Luego que llegué á casa, conté á D. Rodrigo y su esposa cuanto habia pasado; se desazonaron bastante, y el coronel dijo: Pero ¿qué quieren VV. que hagan dos personas que nunca han conocido la economía, que no han hecho mas que gastar sin saber lo que gastaban, y que jamas hubo quien les dijera en el mejor tiempo el modo de manejarse para no cometer tantos desatinos como han cometido y que han ocasionado su ruina? Es preciso decir y repetir muchas veces para gobierno y aprovechamiento de las señoras mugeres, y particularmente las casadas, que sin virtudes domésticas, no podrán nunca ser felices, ni hacer dichosos á sus maridos é hijos; pues las virtudes domésticas no son mas que la práctica de las acciones útiles á la familia que vive reunida en una casa. Estas virtudes son la economía, el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial, el amor fraternal, y el cumplimiento de los deberes de amo y criado. La economía es la buena administracion de todo lo que concierne á la existencia de la familia ó de la casa; y como la subsistencia tiene en ella el primer lugar, se ha contraido especialmente la

palabra economía al empleo del dinero en los objetos de las primeras necesidades de la vida. La economía es una virtud, porque el que no hace ningun gasto inútil, se encuentra siempre con un sobrante que es lo que constituye la verdadera riqueza, y por este medio se proporciona y á su familia todo lo que es verdaderamente cómodo y útil, sin contar que por este medio se aseguran algunos recursos contra las pérdidas accidentales é imprevisitas, de suerte que cuantos de él se rodean, viven en una dulce comodidad que es la base de la felicidad humana. Por el contrario la persona que cae en los vicios de disipacion y prodigalidad, viene á verse privado de lo necesario, cae en la pobreza, la miseria y el abatimiento; y sus amigos mismos temen verse obligados á restituirle lo que ha gastado con ellos ó por ellos, le huyen como el deudor huye de su acreedor, y queda abominado de todo el mundo. El amor paterno se explica en el cuidado continuo que tienen los padres, de hacer contraer á sus hijos el hábito de todas las acciones útiles á ellos y á la sociedad. Los hijos con tales hábitos se proporcionan durante su vida, unos go-

ces honestos, y auxilios que se hacen sentir á cada instante, y que aseguran á su vejez los apoyos y consuelos oportunos contra las necesidades y miserias de todo género que agovian esta edad. Pero por desgracia muchos padres se extravían en esta parte: no aman á sus hijos, sino que les acarician, les satisfacen todos sus caprichos y los echan á perder. Esta fué la conducta de mi desgraciado hermano D. Dionisio, y este el origen de que estas pobres mugeres no tengan hoy cabeza para nada útil, y solo piensen en despilfarros.

Habiendo callado mi tutor, le dijo D.<sup>a</sup> Matilde: Todo es una verdad muy sensible para mí, porque veo que ya no tiene remedio la última ruina de mi hermana y sobrina, pues solo Dios, como se lo pido, puede hacerlas entrar en acuerdo, y mantenerse honradamente, y sin las congojas que consigo trae ese modo de vivir tan desarreglado.

El domingo inmediato estuve á las oraciones de la noche en casa de D.<sup>a</sup> Eufrosina, en donde ya encontré una concurrencia que no esperaba, con uaa música regular, y á las señoras de la casa con todos los atavíos del gran tono. A poco comen-

zó el baile, que rompieron Pomposita y un oficial que estaba allí haciendo el primer papel, siendo acreedor tambien del primer lugar en Islas Marianas por sus notorias costumbres, pues pertenecia á una pacotilla de léperos de casaquita y fraquesito, que llamaban *el manojito*, y vivian á expensas de los tontos que los admitian en sus casas para sus diversiones, en las que por modo de broma y *á sí pega*, se embolsaban las cucharas y tenedores, cambiaban sus repelos de sombrero con los buenos que llevaban los hombres decentes, dejaban sus otates, y se llevaban buenas cañas y paraguas, y á ese modo hacian otras travesuras de ingenio, con que se habilitaban para sus necesidades de burdel &c. &c. De esa partidita habia en la diversion de las Langarutos unos cinco ó seis, que todos á su vez bailaban, cantaban y brincaban, comian y bebian sin tino y sin tasa, ántes de la merienda, en la merienda, y despues de la merienda. Esta fué muy buena, pues D.<sup>a</sup> Eufrosina ni su hija querian heder á pobres, sino quedar bien en su fiesta aunque el dia siguiente fuera necesario empeñar algo para comer. Yo aunque al principio me incomodé con todo

aquel desbarato, convenciéndome de que no tenia remedio, me hice el ánimo de divertirme bailando mis contradanzas, que es lo que me agrada por lo que aprovecha el ejercicio.

Al concluir una de ellas fuí á sentarme, y observé entre la concurrencia una señora de ochenta años, otra de sesenta y otra de cuarenta con una sobrina suya de veinte á veinte y dos. Cierta instinto hizo que me arrimase á esta última, la cual me dijo al oido: ¿Qué le parece á V. de mi tia, que con su edad quiere tener cortejos, y hacer la niñita? No tiene razon, le dije, que eso en quien cae bien es en V. Poco despues me puse junto á la tia, y me dijo esta: ¿No ve V. esa vieja que cuando ménos, ha cumplido los sesenta, y ha gastado hoy mas de una hora en el tocador? Pues pierde su tiempo, le respondí, menester seria que tuviera el mérito que V. para pensar así. Arrímome á la desventurada sesentona doliéndome en el alma de su suerte, y me dice al oido: ¿Hace visto cosa mas risible? vea V. ese carcaman, con mas de ochenta años poniéndose cintitas encarnadas, y haciendo la criaturita, y se sale con ello, porque se ha vuelto á

la edad de los niños. ¡Ay Dios mio! dije para mí, ¿no veremos nunca mas extravagancias que las del prójimo? Acaso es dicha, añadí luego, que nos consolemos con las flaquezas ajenas. Como estaba de buen humor dije: Bastante hemos subido; bajemos ahora, y empecemos por la mas vieja que está en el testero del estrado. Señora, se parece V. tanto á esta otra dama con quien acabo de hablar, que yo me habia figurado que era su hermana, y creo que son VV. de una misma edad con corta diferencia. Es cierto, caballero, me dijo, que cuando se muera una de las dos, mala se la mando á la otra; porque presumo que no hay dos dias de diferencia entre ambas. Oida esta decrépita, me llevo á la de sesenta, y le digo: Es menester, señora, que falle V. una apuesta que acabo de hacer, porque he apostado que V. y aquella señora (señalando la de los cuarenta años) tenían la misma edad. A fe mia, me respondió, que creo que no hay medio año de diferencia. Bien va, continuemos. Fuí mas abajo, y acercándome á la de los cuarenta, Hágame V. favor, señora, de decirme si se chancea cuando llama sobrina á aquella señorita que está allí.

Tan niña es V. como ella, y aun tiene ella en la cara un no sé qué aviejado, que no hay en la de V., luego esas megillas color de escarlata tan vivo, ese . . . Oiga V., me respondió, de veras que soy su tia; pero su madre tenia veinte y cinco años largos mas que yo, porque no éramos de la misma edad, y he oido decir á mi hermana que habia nacido su hija el mismo año que yo. Bien lo decia yo, señora, y no sin razon extrañaba tanto el parentesco. Esta ocurrencia me hizo entender que las mugeres que se ven morir poco á poco perdiendo su hermosura, querrian retroceder hácia su juventud. ¡Ah! ¿pues cómo no han de anhelar por engañar á los otros, cuando se afanan por engañarse á sí propias, y safarse de la mas triste de todas las ideas, que es para ellas la de afearse y enviejarse?

En estas reflexiones estaba yo distraido, cuando me llamaron la atencion infinidad de palmoteos que daban *los del manojito*, gritando desde la puerta que entraba á la pieza donde habíamos merendado: „Señores y señoritas, aquí hay otra diversion para los aficionados; Morales ha puesto el montecito con cincuenta pesos. En

el momento se metieron á dicha pieza, y los siguieron algunos concurrentes picados de la araña, y á poco D.<sup>a</sup> Eufrosina fué tambien diciendo que iba á ver si sacaba los costos de la diversion. Lo que debia temerse de que jugara una señora que no entendia mucho de eso, y que se iba á poner con los maestros de Virjan como tahures y fulleros de profesion, me hizo seguirla y aconsejarla no hiciera tal disparate; mas nada fué bastante á contenerla, y fué el resultado que aturdida con las primeras pérdidas se cegó, y poniendo paradas de consideracion, ántes de hora y media, no le quedó ni medio, ni mas recurso para pagar á los músicos, que empuñar al dia siguiente alguna ropa, porque hasta las alhajitas habian ganado ó robado ya los pícaros del manojito, que todos hacian pala á su compañero el montero, cometiendo cuantas faltas y groserias les eran peculiares, negando á D.<sup>a</sup> Eufrosina algunos pedidos que hacia para seguir jugando, y contestándole que solo prestaban sobre Pemposita.

Esto desazonó enteramente á Madre é hija, y los concurrentes que lo advertian se fueron saliendo, así como los señores

del manojito, que á mas de su mala ganancia se llevaban ya algunas servilletas y pañuelos en la bolsa, segun lo tenian de costumbre; y yo que ví en mi relox que ya eran las once largas, afligido porque me habia distraido tanto, y porque se habria incomodado justamente mi tutor, me despedí y fuí con violencia á casa, donde solo me aguardaba el portero para abrir el zahuan, que cerrado á mi satisfaccion, me fuí á acostar, y dormí hasia las nueve del siguiente dia, por no estar acostumbrado á desvelarme.

## CAPITULO XI.

*Noticia de donde está D. Dionisio, y su nueva fortuna, su llegada á Méjico, nueva conducta que entabló. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en ese lance.*

Como me levanté tarde, ni pude ni tuve ocasion de decir nada, hasta el medio dia en la mesa á que casualmente asistieron ese dia Pudenciana y su marido, é impuestos todos de cuanto desorden habia visto en casa de D.<sup>a</sup> Eufrosina el dia anterior, se lamentaron de las desgracias que

el momento se metieron á dicha pieza, y los siguieron algunos concurrentes picados de la araña, y á poco D.<sup>a</sup> Eufrosina fué tambien diciendo que iba á ver si sacaba los costos de la diversion. Lo que debia temerse de que jugara una señora que no entendia mucho de eso, y que se iba á poner con los maestros de Virjan como tahures y fulleros de profesion, me hizo seguirla y aconsejarla no hiciera tal disparate; mas nada fué bastante á contenerla, y fué el resultado que aturdida con las primeras pérdidas se cegó, y poniendo paradas de consideracion, ántes de hora y media, no le quedó ni medio, ni mas recurso para pagar á los músicos, que empuñar al dia siguiente alguna ropa, porque hasta las alhajitas habian ganado ó robado ya los pícaros del manojito, que todos hacian pala á su compañero el montero, cometiendo cuantas faltas y groserias les eran peculiares, negando á D.<sup>a</sup> Eufrosina algunos pedidos que hacia para seguir jugando, y contestándole que solo prestaban sobre Pemposita.

Esto desazonó enteramente á Madre é hija, y los concurrentes que lo advertian se fueron saliendo, así como los señores

del manojito, que á mas de su mala ganancia se llevaban ya algunas servilletas y pañuelos en la bolsa, segun lo tenian de costumbre; y yo que ví en mi relox que ya eran las once largas, afligido porque me habia distraido tanto, y porque se habria incomodado justamente mi tutor, me despedí y fuí con violencia á casa, donde solo me aguardaba el portero para abrir el zahuan, que cerrado á mi satisfaccion, me fuí á acostar, y dormí hasia las nueve del siguiente dia, por no estar acostumbrado á desvelarme.

## CAPITULO XI.

*Noticia de donde está D. Dionisio, y su nueva fortuna, su llegada á Méjico, nueva conducta que entabló. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en ese lance.*

Como me levanté tarde, ni pude ni tuve ocasion de decir nada, hasta el medio dia en la mesa á que casualmente asistieron ese dia Pudenciana y su marido, é impuestos todos de cuanto desorden habia visto en casa de D.<sup>a</sup> Eufrosina el dia anterior, se lamentaron de las desgracias que

eran consigüentes á esa conducta, y mi tutor tomando oportunamente la palabra, dijo: Toda la conducta de esas miserables me parte el alma, y mas porque veo que no tiene remedio; pero ya que me dan ocasion, diré á VV. lo que he observado muchas veces con respecto á la odiosa y criminal pasion del juego. A instancias de algun concurrente se permite por una sola vez y despues de muchas instancias, un rato de monte. Este rato se prolonga mucho mas de lo que se creyó al principio, y ya está hecho el daño, y abierto el camino á uno de los mayores azotes que pueden sobrevenir á una familia. Un solo hecho de esta especie, basta para contraer una aficion, que crece con los años, nunca se extingue, y que conduce al crimen, á la ignorancia, á la pérdida del reposo, y á un fin trágico y deplorable. Si se hubiera tratado de inventar el medio mas eficaz de despojar á la muger de sus gracias naturales, no hubiera podido hallarse uno mas á propósito que el juego. La muger que le cobra aficion, está en un frenesí habitual, en la mas ansiosa inquietud, en un anhelo continuo que la priva para siempre de la aptitud de ocupaciones se-

rias y útiles. Ni siquiera le queda el derecho de exigir las consideraciones y preferencias que se tributan en toda sociedad á las señoras, porque el juego requiere una completa igualdad, y los jugadores de profesion la miran como su víctima si pierde, como su enemiga si gana, y en todos casos como su cómplice. Cuando esta perversa propension se ha hecho dominante, no sé como se pueda oponer á la inmoralidad y al desórden, ni creo que puede haber sombra de estabilidad en las relaciones públicas y privadas. Las inclinaciones mas depravadas, el embrutecimiento, la chocarrería, las libertades mas groseras é indecentes, deben ser y siempre son las compañeras inseparables del juego. La degradacion que imprime al alma, aletarga sus facultades, la condena á ejercitar su comprension en la mas despreciable de las futilidades, y dándole el convencimiento de su propia bajeza, le quita los medios y el deseo de salir de ella y de emprender la menor reforma. Se me figura que este vicio es propio y el mas eficaz instrumento para ejercer sobre el hombre el mas absoluto despotismo, por que interesado este en convertir al hom-

bre en máquina, ¿puede inventarse un medio mas seguro que el que lo reduce á fijar toda su atencion en las vicisitudes del azahar, y en los movimientos de unos cartones pintados? Hablo solo con mi familia, y creo ninguno de ella es capaz de venderme por decir con franqueza mis sentimientos, y con tal seguro diré que en mi juventud, ví que el juego llegó á ser una de las horribles calamidades con que los agentes de la tiranía habian inficionado mi patria; pero esta, si no en la presente lucha, aunque mas tarde, ha de ser libre á costa de cualquiera sacrificio, y esta consideracion solo es bastante para imprimir el sello de la proscripcion y de la ignominia á un pasatiempo mas destructor que la guerra mas desoladora, y dejarnos el tiempo expedito para educar á nuestras familias y formar buenos ciudadanos que ya serán nuestros hijos, y muy particularmente las mugeres que son las encargadas de hacer las primeras impresiones á la infancia.

Así discurrió el coronel sobre el maldito juego, y seguimos hablando del estado de angustia en que estarian las señoras Langarutos, cuando al terminar la mesa

metieron á D. Rodrigo dos cartas que conducia el cartero, y vió una grande que venia de Chihuahua y tan abultada, que su porte eran cinco reales, y la otra de Puebla por el porte de dos reales; pagó ambos, y llamándole la atencion la primera por lo abultado y por ser de un punto en donde no tenia ninguna relacion, la rompió, y con admiracion dió un grito de sorpresa: „D. Dionisio, D. Dionisio.“ Todos nos sorprendimos é interesamos en saber cuál era la suerte de aquel hombre, y el coronel apartando una carta que venia para D.<sup>a</sup> Eufrosina, otra para Pomposita, y otra para un comerciante, leyó la que á el se dirigia, y decia así.

*Señor coronel D. Rodrigo Linarte.—Chihuahua &c.—Mi muy amado hermano y mejor amigo: cuando la triste situacion á que me redujeron mis pasados desórdenes, me hicieron separar de mi casa y familia, el volver á ella, era de lo que ménos esperanza tenia: el despecho me conducia errante y sin destino, y era inevitable perderme; pero la Providencia divina que ha escuchado seguramente las oraciones de V., mi hermana y sobrinos, me preparó el remedio de mis males.*

Yo con el carácter de soltero y con el nombre de Pedro Murguía me destiné en Durango en una tienda por el mezquino sueldo de cien pesos anuales, con el que sufrí un año, y concluido me subió mi amo cincuenta pesos mas; pero habiéndole escrito un comerciante de Chihuahua que un amigo suyo necesitaba un cajero de confianza y que daría doscientos cincuenta pesos, me lo propuso, y yo que deseaba alejarme todo lo mas posible, acepté, y marché á los tres dias. Llegué á mi destino, y me encontré con que mi nuevo amo era un español solteron, viejo de sesenta años, que tenia una tienda con cosa de ocho mil pesos, una casa propia, y una haciendita que valia treinta y cinco mil; pero me enfrié cuando oí que se llamaba D. Ambrosio de Langaruto; sin embargo, resuelto á ocultar mi nombre, comencé mis trabajos como hombre que no desconoce los negocios, de que resultó que á pocos meses me dijera mi amo: „D. Pedro, yo estoy viejo, no tengo aquí pariente alguno que vea por mí, y V. ha simpatizado conmigo, á mas que le veo amor al trabajo; desde hoy se encarga V. del cuidado y administracion de todos mis intereses, véame V. como un amigo, que yo quiero serlo de V. y no le ha de pesar.“ Yo le ofrecí cuanto

me exigia, y desde entónces comencé á manejarlo todo con la exactitud y fidelidad que debia. En las conversaciones familiares que despues tuvimos, descubrí que mi amo era hermano menor de mi padre, que vivieron juntos de España, y que por una riña que tuvieron, se separaron; mi padre quedó en esa ciudad, y D. Ambrosio se vino á esta, sin que jamas volvieran á comunicarse de ningun modo.—Conciba V. cómo quedaria con tal noticia, y la incertidumbre en que entré, de si me descubria ó no; pero me resolví á lo segundo, y así me mantuve hasta ahora hace dos meses, que mirando que mi amo se agravaba de sus achaques habituales, y concibiendo alguna esperanza, me determiné á descubrirme, valiéndome de poner con disimulo encima de su papelera, mi partida de bautismo que tuve cuidado de traerme en mi fuga, para que en caso de morir, ella dijese quien yo era, y avisaran á mi familia. Tan pronto como la leyó, comenzó á gritar: Dionisio, Dionisio; y yo temblando y anegado en llanto acudí á verlo; ya lo encontré parado y que iba á buscarme; me eché á sus piés, se los besé porque veia en él la imágen de mi padre, me alzó, nos abrazamos, y cuando estuvimos desahogados, le conté mi historia. El me previno

dispusiera mandar por mi familia á toda costa, y así lo habria yo hecho si mi tio no cayera gravemente malo á los tres dias: se fué poniendo peor cada dia, hizo su testamento en que me dejó de su único y universal heredero, y murió hace mes y ocho dias.—Hice sus funerales como correspondia, lo mismo que sus honras; y determinado luego á volver al seno de mi familia, he traspasado la tienda, de lo que mandó á V. la adjunta libranza de tres mil pesos que me hará favor de poner en manos de mi Eufrosina, para que ella y mi hija lo reciban como una prueba de mi amor, y de la mejora de nuestra suerte.—Solo aguardo á que me den el valor de la casa y hacienda en el mes que he dado de plazo, é inmediatamente salgo para esa, en donde tendré el gusto de acabar de pagar á mis acreedores, y de abrazar á V., á mi hermana y sobrinos, y manifestarles de mil modos mi reconocimiento y cariño; y entretanto mande V. como guste á su apasionado y agradecido hermano que ansía por verlo y atento b. s. m.

*Dionisio Langaruto.*

Todos nos llenamos de alegría, y mi tutor me mandó que inmediatamente lo llevase á casa de D.<sup>a</sup> Eufrosina y Pompo-

sita, á quienes encontramos llorando porque no tenian ya esperanzas algunas para remediar sus necesidades: luego que vieron á D. Rodrigo, procuraron disimular su estado lo mejor posible, y despues de saludarle entre humillacion y orgullo, que disimuló el coronel, les dijo que ya estaba instruido de la situacion en que se hallaban, y que para ellas era conductor de un gran consuelo que les enviaba la Providencia, como lo verian por las cartas que les entregaba, así como les entregaria al dia siguiente tres mil pesos que esperaba le darian de la libranza, porque era para buena casa.

En el momento que leyeron sus cartas comenzaron las alaracas y privaciones &c. se les auxilió con lo necesario, y dejándoles mi tutor veinte pesos, nos retiramos despues de recibir muchos agradecimientos y abrazos. Al dia siguiente se cobró la libranza, y yo fui comisionado para entregarles el dinero, que recibieron con cuanto gusto se puede imaginar, é inmediatamente mandaron por un coche y me estrecharon á que las acompañase, metiendo al coche dos mil pesos. Yo les preguntaba que qué iban á hacer, que era menes-

ter meditar cualquiera cosa, y se fueran con tiento en gastar, porque no sabiamos si la Providencia dispondria que fuera el último socorro. A todo contestaron con que siendo otra vez ricas, no les correspondia la casa que tenian, ni todo lo demas, y marchamos previniendo ellas al cochero fuera andar por las calles principales, y que donde viera cédulas de casa vacía allí parase. Por mas que yo les decia en el camino, nada bastó á disuadirlas, ántes me dijeron que era un necio, que habia formádome por las ranciedades de mi tutor á quien le atribuian ser un miserable. Quise distinguirles la miseria y mezquindad, de la economía que usaba mi tutor, que justamente huia de la prodigalidad y despilfarro. Todo lo escuchaban como quien oye llover y no tiene á que salir, y en estas y las otras paró el coche en la calle de Vergara, y entramos á una casa que estaba de traspaso, porque la familia que la ocupaba se iba fuera, por cuya razon tambien vendian algunos muebles de lujo. En dos por tres, aquellas cabezas volcánicas ajustaron el traspaso de la casa en cuatrocientos pesos, y en ochocientos los muebles; y me encargaron hi-

biese al cochero subir el dinero: de él se pagó lo tratado, se recogió recibo, se convinieron que al dia siguiente recogian todo, y hasta el portero de la misma casa quedó ajustado de cuenta de las Langarutos, y nos volvimos al coche con los ochocientos pesos restantes que se quedaron dentro de hora y media en distintos cajones de ropa, de que fué el coche bien habilitado.

Tal principio tuvo la nueva fortuna de aquella familia. Al otro dia fueron á recibir la casa y se mudaron en el momento; mandaron imprimir papeletas, y las repartieron á todas las personas particulares de sus antiguas relaciones y amistades. De que resultó que el síndico del concurso de D. Dionisio, tan luego como supo todo esto, solicitó se embargase lo que tenia la familia, y fueron al efecto á la calle de Vergara. D.<sup>a</sup> Eufrosina queriendo ó no, mandó llamar á mi tutor, quien fué á ver al síndico, y manifestándole la carta del deudor, le persuadió que dentro de poco estaria aquí y pagaria lo que restaba, pues que no le habia olvidado. Con esto se contuvo el embargo, y como este servicio del coronel obligaba las conside-

raciones de Eufrosina y Pomposita, esa tarde mandaron por un coche y fueron á visitarlos lo mismo que á Pudenciana y su marido. En ambas casas recibieron los mejores consejos para su posterior conducta; mas era lo ménos en que ellas fijaban la atencion. Al siguiente dia mi tutor, D.<sup>a</sup> Matilde, D. Modesto y Pudenciana fueron á pagar la visita, aunque con repugnancia del primero; pero venciendo-se porque D. Dionisio no los encontrase desavenidos, y entendiéndose todo lo ocurrido con su familia, pues que esto seria un gran pesar para un pobre hombre que venia de nuevo á comenzar su vida despues de algunos padecimientos. Con aquella visita quedaron ya corrientes en su amistad.

Al mes y medio llegó D. Dionisio Langaruto, parando en la casa de mi tutor, de donde pasó á la de Pudenciana y rogó que lo acompañásemos todos á la suya, y montando en el mismo coche de camino en el que él habia venido solo, obsequiamos su voluntad. Pomposita que estaba en el balcon, luego que vió parar el coche, gritó á su mamá, y ambas bajaron hasta el patio donde ya nos encontraron. Madre é hija sin hablar palabra y baña-

das en llanto, se abrazaron de D. Dionisio que quedó echo una estatua, y sus ojos rompieron en deliciosas lágrimas, gozando todos la mas placentera felicidad en aquel momento, que creian el mas dichoso de su vida. Mi tutor, su esposa, D. Modesto y Pudenciana con los ojos humedecidos y con la ternura que inspiraba la escena, los hicieron caminar y subir á la sala, donde poco á poco fueron respirando, y repitieron los abrazos y las mejores palabras de amor y sensibilidad. Los criados que traia D. Dionisio, tan pronto como descargaron el coche, de cuya comision me encargué, y que colocaron este y las mulas en su lugar, subieron á ofrecerse á sus amas, á quienes los recomendó Langaruto diciendo que habian muchos años servido á su tio con fidelidad, y reconocido se los habia traído en su compañía.

Comimos allí aquel dia, y nos retiramos hasta las nueve de la noche con repeticiones de abrazos, lágrimas y ofertas. Al dia siguiente á la hora de almorzar, llegó D. Dionisio, y á poco avisaron que estaban allí sus criados con unos caballos, y al momento nos suplicó bajásemos á ver-

los, y ya en el patio dijo el coronel que no creeria que lo amaba como hermano y amigo, si no recibia aquella pequeña demostracion de su voluntad y reconocimiento; que un caballo retinto que allí estaba era para mi tutor, y el tordillo retinto para D. Modesto, un rosillo para D.<sup>a</sup> Matilde, un colbrado saino para Pudenciana, y un moro para mí. Todos resistimos lo posible este obsequio, aunque á mí se me iban los ojos tras el moro que era de la mejor estampa, aunque parecia inferior entre los cinco, y por último á las instancias, los recibimos dando muy expresivas gracias.

Subimos á almorzar, para lo que se convidó á Pudenciana y su marido, y en la mesa contó cuanto le habia pasado desde que se separó de su casa, y concluyó dando gracias á Dios por todo, y diciendo: „La experiencia me ha dado á conocer cuanto mal me manejé en la primera época de mi fortuna, y hoy estoy resuelto á llevar nueva conducta segun me lo aconsejó y encargó en los últimos momentos de su vida mi tio y bienhechor; pero para celebrar mi nueva fortuna, quiero tengamos un dia de campo, entre los de nuestra familia, y al que no concurrirán mas

extraños, que dos amigos de toda confianza. Hoy mismo he pasado á ver al síndico del concurso de mis bienes, y mirando la cuenta que tiene bien formada, ví que entre lo que se adeudaba á los acreedores, y lo que se ha pagado de costas, debia yo once mil y pico de pesos que en el acto le pagué en buenas libranzas, que aceptó luego á presencia del escribano que fué á dar cuenta de todo al juez, para que dé por concluido el concurso, y se archive segun pedimos en un escrito el síndico y yo.” Todos lo felicitamos por su ventura, y quedamos de asistir al dia de campo, que tuvimos en una casa de la Orilla, con mucho placer, pues vimos que D. Dionisio era completamente otro hombre.

En la semana siguiente á su llegada, traspasó D. Dionisio una tienda de ropa en el Parian, cerca de una que ya tenia D. Modesto con buen capital á que habia subido por su continuo afan, cuidado y economía de Pudenciana, que no olvidando las lecciones de su padre y ejemplo de Matilde, hacia la felicidad de su marido, al mismo tiempo que cuidaba atentamente de la educacion de dos niños y una niña que ya tenian, y cuyas primeras im-

presiones estaba haciendo por sí, decidida á no mandarlos á las amigas á donde mas bien van á corromperse los niños que á aprender, porque las maestras no son capaces de nada, y todo se les va en regañar, gritar, arremedar, coscorronear, azotar, y nada de enseñar, porque ó á ellas no las enseñaron, ó no tienen genio, método ni empeño para el lleno de sus deberes.

Abierto el cajon de D. Dionisio, que ya si bien trataba con amor á su familia, no la permitia los anteriores despilfarros, presentaba las mejores esperanzas; pero fué el caso, que allí mismo no faltaron imprudentes que só color de amistad, le fueron imponiendo de la conducta toda que durante su ausencia observaron su muger é hija, lo que no dejó de desazonarlo, é indisponiéndose mas por las impertinentes solicitudes de una y otra, que anhelaban por sus antiguas tertulias, teatro, &c. &c., á los tres meses de venido, por un baile que emprendieron ellas, y á que no quiso acceder, riñeron marido y muger de tal modo, y dijo ella tantos insultos á él, que le ocasionó una gran cólera, se le derramó la bilis, y en seguida le dió una fiebre

que se le agravó en momentos. Siete dias estuvo en una terrible incertidumbre con la mayor asistencia de D.<sup>a</sup> Matilde y Pudenciana que acudieron á ese efecto, y para el que ayudó nuestra Quijotita, como una hija que ya conocia cuanta falta le hacia su padre. No así Eufrosina que en los primeros dias apénas entró alguna vez á la recámara, y no cuidó de verle mas. Estaba sentada con una aparente melancolía; pero jamas le vieron échar una lágrima: se le dijo que su marido daba señales de conocimiento, y se determinó á verle: le dijo dos palabras, salióse luego dando algunos suspiros, y nada mas. El coronel aprovechando los momentos, hizo llamar un escribano, y D. Dionisio hizo su testamento, en que nombraba de heredera á su hija: mandó que el quinto de sus bienes se emplease en misas por su alma y la de su tío y bienhechor D. Ambrosio Langaruto; y aunque mi tutor lo resistió bastante, quedó nombrado albacea con el mayor sentimiento suyo, de su familia y mio, porque veiamos las incomodidades que esto le traeria.

Finalmente, D. Dionisio volvió á agravarse, y despues de sacramentado, rodea-

do de sus amigos, parientes é hija, espiró. La ingrata Eufrosina no pasó de la pieza inmediata; y mas fué engaño que verdadero dolor, alguna lágrima que salió de sus ojos: asistió con entereza á todo cuanto pudo ocurrir para los funerales, y luego que estuvo enterrado, se dedicó con el mayor escrúpulo á quanto podia constituir mas culto y perfecto su duelo. Toda la conducta de esa vil muger estaba demostrando que nunca tuvo á su marido mas que un amor interesado, que el gusto de su regreso fué porque esperaba volver con desahogo á su antigua vida, y que como esto se le alejó porque el colmo de la desgracia habia hecho cuerdo á su marido, le aborreció, y acaso deseó su muerte para gozar á sus anchuras de aquel caudal.

Concurrieron á dar el pésame los parientes y amigos: y á la verdad, que al principio cada uno procuraba expresarse con tiento para no renovar una herida tan dolorosa; pero quedaban sorprendidos al ver la indiferencia de la viuda, y que ella misma suministraba argumentos consolatorios. *Me consuelo*, decia, *que aun no soy muy vieja*. No tenia mas que cincuenta y un años. De allí á poco decia: *Me con-*

*suela que quedo con alguna cosa en el mundo*. Despues de algun momento añadia: *Me consuelo con tener algunos parientes y amigos*. No mucho despues replicaba: *Me consuela que no tengo mas de una hija ya grande, y no fea ni sin gracias*. Luego sucesivamente: *Me consuela que no tengo que estar sujeta á voluntad ajená; soy libre y sin sujecion, podré hacer lo que quiera*.

En suma, ella por sí misma andaba buscando y eligiendo motivos de consuelo, sin que alguno se fatigase en enjugar sus lágrimas, pues no derramó alguna: su amor era un amor interesado. Las mugeres de esta clase por su comodidad aman al marido. Cuando llegan á perderle, lloran su pérdida propia, sobre la que reflexionan; pero no la pérdida de un fiel compañero. Esto succdió á Eufrosina: la pérdida del marido no le quitó las comodidades y abundancias, ántes bien se las aumentó, porque quedaba absoluta é independiente; y por lo mismo en su imaginacion no halló motivo de llorar y de lamentarse. Y así dijo con bastante energia una de sus amigas que fué á visitarla. *Esta señora tiene tantos consuelos, que se puede decir parece ha logrado muchas satisfacciones*.

No se conducía así nuestra Quijotita, que aunque malamente educada, tenía una alma algo sensible, y no las tenía muy cabales cuando recordaba todo lo que le pasó en la ausencia de su padre. Ella huyendo de la concurrencia, se iba á alguna pieza apartada á llorar con D.<sup>a</sup> Matilde y Pudenciana que estuvieron allí los nueve dias del duelo, lo mismo que mi tutor y D. Modesto que solo salían á cosas precisas, y volvían á la casa mortuoria, mientras yo solo iba á ratos y volvía á cuidar de las otras dos casas que me habian encargado.

## CAPITULO XII.

*El coronel cumple pronta y fielmente su cargo de albacea. Eufrosina y Quijotita continúan sus desbaratos. Pudenciana y su marido con esta constante buena conducta van progresando. El coronel cuenta la historia de una viuda.*

Luego que pasaron los nueve dias del duelo de D. Dionisio, mi tutor consultó con Eufrosina y Pomposita si querían que los inventarios fuesen extrajudiciales, ya porque entre dos solo interesadas y de su clase no debían esperarse diferencias, y

ya para economizar el enorme gasto de las costas que importarian un dineral, pues siempre los primeros herederos del que muere, son el juez, el asesor, el escribano y todos los arlequines de estos, que aparentando á los herederos el sentimiento de su desgracia, procuran alargar los dias, comen en ellos medio lado, y luego el tasador de costas, interesado en el tanto por ciento del importe de ellas las hace subir inmensamente. Algo resistieron la viuda é hija esa opinion, porque querían las muy necias entrar en relaciones con esas gentes, y que viera el mundo que todo se hacia con lujo y ostentacion; pero por último cedieron á las prudentes persuasiones del coronel, que inmediatamente pasó á ver á un abogado que conocia de juicio, é hizo y presentó un escrito al alcalde ordinario de primer voto, pidiéndole licencia para hacer los inventarios extrajudicialmente, que se notificase á Pomposita nombrara curador ad litem porque solo tenía veinte y tres años larguitos de edad, y que hecho por ella este nombramiento, se sirviera discernirlo en forma, previa la fianza de la ley. El juez proveyó como lo pide, y notificada Pomposita, salió

No se conducía así nuestra Quijotita, que aunque malamente educada, tenía una alma algo sensible, y no las tenía muy cabales cuando recordaba todo lo que le pasó en la ausencia de su padre. Ella huyendo de la concurrencia, se iba á alguna pieza apartada á llorar con D.<sup>a</sup> Matilde y Pudenciana que estuvieron allí los nueve dias del duelo, lo mismo que mi tutor y D. Modesto que solo salían á cosas precisas, y volvían á la casa mortuoria, mientras yo solo iba á ratos y volvía á cuidar de las otras dos casas que me habian encargado.

## CAPITULO XII.

*El coronel cumple pronta y fielmente su cargo de albacea. Eufrosina y Quijotita continúan sus desbaratos. Pudenciana y su marido con esta constante buena conducta van progresando. El coronel cuenta la historia de una viuda.*

Luego que pasaron los nueve dias del duelo de D. Dionisio, mi tutor consultó con Eufrosina y Pomposita si querían que los inventarios fuesen extrajudiciales, ya porque entre dos solo interesadas y de su clase no debían esperarse diferencias, y

ya para economizar el enorme gasto de las costas que importarian un dineral, pues siempre los primeros herederos del que muere, son el juez, el asesor, el escribano y todos los arlequines de estos, que aparentando á los herederos el sentimiento de su desgracia, procuran alargar los dias, comen en ellos medio lado, y luego el tasador de costas, interesado en el tanto por ciento del importe de ellas las hace subir inmensamente. Algo resistieron la viuda é hija esa opinion, porque querían las muy necias entrar en relaciones con esas gentes, y que viera el mundo que todo se hacia con lujo y ostentacion; pero por último cedieron á las prudentes persuasiones del coronel, que inmediatamente pasó á ver á un abogado que conocia de juicio, é hizo y presentó un escrito al alcalde ordinario de primer voto, pidiéndole licencia para hacer los inventarios extrajudicialmente, que se notificase á Pomposita nombrara curador ad litem porque solo tenía veinte y tres años larguitos de edad, y que hecho por ella este nombramiento, se sirviera discernirlo en forma, previa la fianza de la ley. El juez proveyó como lo pide, y notificada Pomposita, salió

con la quijotada de nombrar por su curador al conde de.... y aunque mi tutor le manifestó que esa clase de sujetos por su rango se excusaban de hacer esos servicios, que cuando los aceptaban era por cumplimiento, y nunca llenaban su deber, ella y la madre insistieron en su nombramiento, diciendo que á una señorita de su representacion no le correspondia nombrar á un cualquiera, y que en el momento iban á ver al conde, como fueron de facto, y volvieron asegurando que estaba pronto á aceptar, por lo que asentadas las diligencias necesarias quedó discernido el cargo de curador al sr. conde.

Inmediatamente se procedió á todo lo demás pedido en el escrito, y los inventarios, á que nunca asistió el sr. curador, quedaron concluidos en cinco dias: en seguida mi tutor los presentó con un escrito pidiendo que lo ratificasen los peritos con juramento, y que si hecho saber á las partes no contradecian, se aprobasen y elevasen á la esfera de inventarios jurídicos, obligando á las partes á estar y pasar por ellos en todo tiempo. Así se hizo todo, previa la deferencia de la viuda y del curador de la Quijotita, mas Quijote que

ella, y quien de nada tenia ménos cuidado que de la pupila y sus intereses. En este estado se pidió el nombramiento de contador, que recayó de acuerdo de los interesados en el licenciado Terceñaosta, que aceptó, y recibidos los autos formó la cuenta divisoria, que presentó y fué aprobada de consentimiento de las partes de ella, deducido el quito, de que se rebajaron los gastos de entierro, y mandas forzosas, distribuido el resto en limosnas de misas, la cuarta parte como debe ser, en la parroquia á que correspondió el testador, y las demas en S. Cosme, S. Fernando, S. Diego, y á algunos clérigos de buena conducta y necesitados que mi tutor buscó, todas segun la intencion de D. Dionisio, y recogiendo recibos de todo; resultó por último que no habiendo de ganancias en el poco tiempo que á su vuelta sobrevivió D. Dionisio, mas que dos mil cien pesos, toca á la viuda Eufrosina la gran cantidad de un mil cincuenta, y á Pomposita por su total herencia, la de treinta y siete mil y cincuenta pesos.

No puede ponderarse la pesadumbre que recibió Eufrosina al verse tan pobre, cuando se imaginaba dueña absoluta de

todo el caudal, y el orgullo que adquirió nuestra Quijotita, que mirándose dueña de todo, reconoció la superioridad que iba á tener sobre su madre.

Hasta aquí no habian ido tan mal las cosas del albaceazgo; pero como mi tutor tenia obligacion de asegurar el interes de la menor, y no dejar el libre manejo de esos bienes á dos locas, propuso para el efecto los medios mas prudentes, que no admitian, porque para ellas todo era bueno, ménos el sujetarse á que otro ordenadamente les manejase y distribuyese aquello, pues lo que querian era libertad para disponer á su arbitrio; y de esto resultó que se indispusiera mi tutor, hasta que la viuda le dijo que miéntras pensaba lo que debia hacerse, se suspendiese aquello, como se suspendió, sin que restara otra cosa de parte del albacea, que en mes y medio habialo hecho todo. ¡Ojalá y hubiera muchos albaceas como este! Pero apénas se halla uno en cada cien mil.

Entre tanto Eufrosina y su digna hija comenzaron á disipar su dolor con algunos paseos y dias de campo entre sus amistades antiguas y mas análogas á sus ideas, pues aunque mi tutor les iba á la mano,

nada conseguia, ni logró quitarles de la cabeza que pusieran coche. Aunque este les instaba sobre que se resolviera lo que debia hacerse con los bienes de la menor, porque queria terminar eso, no le contestaban mas de que habian consultado y esperaban la respuesta.

La consulta la habian hecho de facto, pero á personas tan fatuas y tan calaveras como ellas, y el consejo que acordaron en una concurrencia tenida para ello, fué que se determinara Pomposita á casarse, que no faltaria hombre de su gusto y de franqueza, y entónces podría quitarse ya de la fiscalizacion é intervencion de un albacea tan miserable y mentecato; y he aquí, ya á nuestra Quijotita fija en casarse y en buscar para ello un marques ó conde como tenia de antigua manía.

Al mismo tiempo que Eufrosina y Pomposa continuaban labrando el edificio que las habia de envolver en su ruina, D. Modesto y Pudenciana iban progresando á gran prisa, de manera que haciendo su balance en aquellos dias, se encontraron con un capital de sesenta mil peses, que no se echaba de ver por el grande arreglo que habia en los gastos. La casa que te-

nia las piezas necesarias sin ninguna de sobra, les ganaba veinte pesos, no habia mas criados que el portero, cocinera, costurera, y una jóven pobre, de familia decente y religiosa con muy buenas costumbres, que ayudaba á Pudenciana en el cuidado y educacion de los niños.

En estas circunstancias se anunció en la Gaceta el remate de una casa en la calle del Relox, y por consejo de mi tutor que manifestó á sus hijos, (como llamaba á ambos) las ventajas de tener uno su casa sin esperar al casero todos los meses, y con la libertad de ponerlos segun que le conviniera ó fuera de su gusto, D. Modesto se determinó á hacerle postura; pero con la condicion que él y Pudenciana exigieron de sus padres, de que se irian á vivir con ellos, á lo que condescendieron en fuerza de instancias y ruegos, y tambien porque no podian sufrir sus corazones el separarse algo de tan buenos hijos.

Llegó el dia del remate al que se presentó D. Modesto con papel de abono del conde de Agreda, y rivalizando con moderacion con otros dos postores, fincó en él el remate de la casa, en cantidad de treinta y dos mil pesos, dando al contado diez

y ocho, y reconociendo catorce de unas capellanías que reportaba la finca, con libertad de redimir cada año el capital que le fuera conveniente.

Tan luego como recibieron la casa, le hicieron las composturas necesarias, y se mudaron padres, hijos y nietos que desde entónces formaron una familia la mas armoniosa y llena de placer, pues que á todo cooperaba la dulzura de aquellos genios y su muy buena educacion, añadiéndose á esta felicidad la de que el coronel para tener una ocupacion útil á la familia, se encargó de la educacion de sus nietos varones que lo amaban tiernamente, y observaban como inviolables preceptos los consejos que les daba.

Un dia que D. Rodrigo habló de lo inquieto que estaba por no acabar de asegurar los bienes de Pomposita, á causa de las entretengas de ella y de la madre, se promovió conversacion entre todos sobre la suerte de aquellas señoras, y del modo como podria evitarse el mal que por si debian hacerse. Cada uno propuso lo que creyó conveniente, y D. Modesto expuso que creia útil que Pomposita casara con un hombre de juicio y madurez que

supiera sujetarla, pues que ya en ese estado, la madre que casi nada tenia por sí, se veria estrechada á estar quieta.

Oido esto, mi tutor tomó la palabra y dijo: „La cosa, señores, era muy buena; pero es menester no pensar en lo que no ha de poder verificarse. Esas señoras no se comunican con personas entre quienes puedan proporcionarse un hombre de los tamaños y cualidades que necesitan para hacerlas entrar al órden, ni son ellas las que han de presentar una transformacion milagrosa, porque ya estan mal habituadas á causa de D. Dionisio (que en paz descanse) que no supo arreglar su casa, ni mi padre político (que de Dios goce) habia dado á sus hijas mas educacion que tenerlas absolutamente encerradas, rezando, sin tratar con nadie, ni salir mas que á misa, á confesarse y á comulgar, y sin proporcionarles conocimientos para saberse conducir en el mundo, y con estos principios y el otro extremo en que cayó la casa de D. Dionisio, es imposible esperar ya nada bueno. Todo extremo es vicioso, y mucho mas en la educacion, que debe darse con mucha discrecion para que no tenga con el tiempo funestos resultados.”

„Algo viene al caso una historia que sé de personas conocidas, y que me parece útil contar, por si mi Matilde ó mi Pudenciana enviudaren, que por mi no es muy difícil, porque ya estoy muy cerca del sepulcro.” No pudo proseguir porque todos nos enternecimos, y D.<sup>a</sup> Matilde y Pudenciana banadas en lágrimas corrieron á abrazarlo, sin quererlo dejar, hasta que él las persuadió, las halagó, y se las sentó una á cada lado, diciéndolas: „Hijas mias, la muerte debe ser esperada con tranquilidad. Obremos como verdaderos cristianos, y no la temamos, que acaso Dios la manda para dar descanso al hombre, y premiarle las pocas buenas obras que haya hecho; pero dejemos eso por ahora, y vamos á mi historia.”

„En una ciudad no muy distante de esta capital, hubo un padre de familias, que le habria estado mejor ser donado demandero de algun convento, pues que no supo educar á los hijos que tenia, y crió siempre en un *santo encierro* y una *virtuosísima* ignorancia, de que resultó que á la muerte de aquel necio, ninguno de su familia supiera manejar lo que dejó, y que al mismo tiempo que no se ocupaban mas que de re-

zar, se acabara el capital. Dejemos la suerte de los otros hijos, y hablemos solo de la que hace el papel principal de la historia que he anunciado. Esta infeliz jóven despues de algunas escaseces que padeció al lado de su madre, tuvo la chiripa de casar con un hombre de bien muy trabajador; pero de edad ya algo avanzada y de ideas rancias é imprudentes, de manera que continuó nuestra jóven la misma vida que cuando existia su padre. Así vivieron cosa de seis años, á cuyo tiempo murió el marido, y quedó nuestra viuda con cuatro hijos; pero en la edad de veinte y dos años, con no malos bigotes, y con cosa de sesenta mil pesos. En estas circunstancias se le presenta un militar del alma mas negra que se puede imaginar, y de una verbosidad muy propia para enredar á aquella honradísima bestia: le hace setenta mil ofrecimientos, le promete una proteccion decidida, y por último se encarga de todos los negocios de la casa, ocultando maliciosamente el que era casado: se hizo extender un poder amplísimo que nuestra viuda firmó como quien firma en barbecho, y ya desde entónces quedó constituida una pupila de aquel malvado, que

poco á poco fué ganando el corazon de aquella miserable, que en breve le hizo dueño de su honor y de cuanto poseia. Ese perverso para cubrir las exterioridades, hizo se formalizase la testamentaria; y quiso que no quiso, como el curador de los menores no era como él, aseguraron las legítimas de esos pupilos, y nuestro militar fué tomando en pesos fuertes y floridos el haber de la viuda, con los que satisfacía sus vicios y muy particularmente el del juego, que es capaz de acabar con el caudal de Terreros y mil Bordas; y marchaba tan de prisa en su dilapidacion, y de un modo tan público, que no faltó quien por caridad hablase á la viuda para que se resolviera á arrojar de sí y de su casa á aquel lagarto. La viuda que á pesar de su tontera no dejaba de conocer lo mal que sus cosas caminaban, que ya se veia con mas hijos, que ya estaba desengañada de que aquel pérfido era casado, y que ya estaba hostigada del trato altanero, grosero y cruel que le daba, se resolvió á librarse de él, le intimó la separacion de su casa, y se encuentra con que aquel malvado á pocos dias le presenta una cuenta en que hace parecer le debe cantidad considerable, demandándola ejecutivamente y

jurándole habia de procurar su ruina por cuantos medios alcanzara. Así fué, que sucesivamente se le fueron presentando á la viuda varios acreedores con documentos otorgados por el tal militar, con el carácter de su apoderado y obligando sus bienes. La viuda en tal congoja escoge, por direccion de la persona que la habia despertado, un abogado hombre de bien, y se entablan los pleitos con todos aquellos supuestos acreedores que eran otros tantos zánganos coludidos con el zángano principal para sacar aquel dinero á la viuda y arruinarla. Los pleitos siguieron con órden; y aunque los ganó la viuda hasta con costas, como los que figuraban de acreedores eran unos taures desaudos de bienes, ella lo perdió todo; y como lo poco que le quedó no lo supo manejar por su suma tontera é ignorancia, á poco tiempo se vió reducida para todos sus gastos á solo los réditos de los capitales de sus hijos, quienes ya crecidos, por el ejemplo pésimo que habian mamado, se prostituyeron, trataron á la madre con desprecio y tan mal, que se separó con sus desgraciados segundos hijos, se redujo al extremo de mendigar con estos el pan por las calles, y acabó su vida en la mas espantosa miseria.\*

He contado la historia de la viuda; y como de estas escenas que el mundo nos presenta á cada paso debemos sacar fruto, te encargo Pudenciana, que no olvidando la viuda y huyendo de su suerte, aproveches esa prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere siempre estés impuesta de todos los negocios de tu casa, para que si le sobrevives, no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas manejar sola, y hacer la felicidad de tus hijos.

### CAPITULO XIII.

*Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengaño de quien era este: prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel.*

Como D. Rodrigo instaba con urgencia á Eufrosina y Pomposita para que dieran su opinion sobre el modo de asegurar los bienes de la segunda; y como la primera ya tenia pedido y gastado la mayor parte de su haber ellas se volvieron á determinar que se casara Pomposita con el primero que se presentara aunque no fuera título; pero como esto lo contaban á todo el mundo, porque no conocian lo que es

jurándole habia de procurar su ruina por cuantos medios alcanzara. Así fué, que sucesivamente se le fueron presentando á la viuda varios acreedores con documentos otorgados por el tal militar, con el carácter de su apoderado y obligando sus bienes. La viuda en tal congoja escoge, por direccion de la persona que la habia despertado, un abogado hombre de bien, y se entablan los pleitos con todos aquellos supuestos acreedores que eran otros tantos zánganos coludidos con el zángano principal para sacar aquel dinero á la viuda y arruinarla. Los pleitos siguieron con órden; y aunque los ganó la viuda hasta con costas, como los que figuraban de acreedores eran unos taures desaudos de bienes, ella lo perdió todo; y como lo poco que le quedó no lo supo manejar por su suma tontera é ignorancia, á poco tiempo se vió reducida para todos sus gastos á solo los réditos de los capitales de sus hijos, quienes ya crecidos, por el ejemplo pésimo que habian mamado, se prostituyeron, trataron á la madre con desprecio y tan mal, que se separó con sus desgraciados segundos hijos, se redujo al extremo de mendigar con estos el pan por las calles, y acabó su vida en la mas espantosa miseria.\*

He contado la historia de la viuda; y como de estas escenas que el mundo nos presenta á cada paso debemos sacar fruto, te encargo Pudenciana, que no olvidando la viuda y huyendo de su suerte, aproveches esa prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere siempre estés impuesta de todos los negocios de tu casa, para que si le sobrevives, no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas manejar sola, y hacer la felicidad de tus hijos.

### CAPITULO XIII.

*Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengaño de quien era este: prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel.*

Como D. Rodrigo instaba con urgencia á Eufrosina y Pomposita para que dieran su opinion sobre el modo de asegurar los bienes de la segunda; y como la primera ya tenia pedido y gastado la mayor parte de su haber ellas se volvieron á determinar que se casara Pomposita con el primero que se presentara aunque no fuera título; pero como esto lo contaban á todo el mundo, porque no conocian lo que es

prudencia ni discrecion, sus muy dignos contertulios apoyaron tan *juicioso pensamiento*, y se convinieron entre sí y con reserva, buscar un hombre de tales tamaños que no se parara en pintas, y que tuviera para divertirse y gastar toda la franqueza que ellos apetecian para devorar aquel capital, y no tardaron mucho en lograr todo lo que deseaban.

A pocos dias llegó á casa de Eufrosina el consabido oficial del manojito, diciendo á esta y á su hija que en la persona que le acompañaba, tenia el honor de presentarles al señor D. Raimundo Dedorvora, marques de Peña hermosa, que acababa de llegar de España con comision reservada del rey, y que sabedor del raro mérito de Pomposita y su inimitable habilidad en el piano, canto &c. habia tenido empeño en venir á ponerse á sus órdenes. Aquí fué lo de todos los ofrecimientos de etiqueta: á poco se despidió el señor marques porque segun dijo tenia precision de estar aquella hora con su S. E. el virey, haciendo en medio de la sala setenta piruetas, y dirigiendo á nuestra Quijotita una mirada centellante, que ella correspondió con otra muy dulce y expresiva.

Tan pronto como quedaron solas, Eu-

frosina dijo á Pomposa, que el señor marques era muy apreciable, pues sobre ser título, tenia las buenas circunstancias de ser español, de buena edad, pues que no pasaria de treinta años, de recomendable figura, y de muy finos modales, y contestando la hija muy conforme en todo, Eufrosina prosiguió diciendo que un hombre como aquel era lo que deseaba para yerno, á que respondió Pomposita, „¿qué sabemos, mamá, lo que Dios dispone? El ha venido por casualidad á buen tiempo, él puede que no sea casado, él me ha mirado con interes, y yo luego le he tomado aficion.“

Al dia siguiente á las doce, ya estaba de visita el señor marques, que fue muy bien recibido, y como la madre *por... prudencia y sus ocupaciones* dejó á la hija sola con su señoría, ambos tuvieron la conversacion siguiente.—Señor marques, ¿qué parece á V. el reino de Mégico y su capital?—Señorita, lo poco que he visto es muy bueno.—¿Vino V. solo ó con su familia?—Solo, porque no tengo mas familia que mi mamá muy al borde del sepulcro, y un hermano que quedó encargado de los negocios de casa.—Conque V. es soltero.—Se deja entender.—¿El marquesado de V. en que provincia está vinculado?—Par-

te de las haciendas estan en Extremadura, otras en Andalucía, y porcion de casas en la misma corte de Madrid, de las que tengo una muy hermosa de mi ordinaria habitacion á una cuadra distante del real palacio, y otra de campo, en el gran paseo que llaman el Prado.—Y V. habrá dejado por allá pendientes sus amorcillos.—No señorita, no he sabido lo que es amor hasta esta ciudad.—¡Ola! y de cuando acá está V. enamorado?—De ayer acá.—Y de quien, señor marques? ¿qué muger feliz ha podido mover tan pronto ese corazon que nunca ha amado?—Señorita... V. sí, V. es la que ha avasallado mi pecho, inspirandome una pasion tan violenta que no podré ya vivir si V. no me hace dichoso.—Pero, señor, V. tendrá que irse á España.—Y tan pronto como dentro de un mes.—Pues entónces, ¿cómo...?—Muy bien, vida mia; todo es que V. se resuelva á irse conmigo y en compañía de su mamá, á quien nunca dejaria yo, á la corte donde en medio de la abundancia, disfrutarán ambas las satisfacciones y placeres que no ofrece Mégi-co.—Tenga V. la bondad de permitir llame á mi mamá.—Con mucho gusto, señorita, y V. no me suplique, sino mándeme con imperio.

Salió Pomposita y volvió luego con su madre que haciéndose repetir el coloquio, manifestó indecible contento, y entrando á tratar del casamiento quedó acordado en el acto mismo en estos términos. que como el señor marques por sus empleos en la corte, necesitaba licencia del rey, para no sufrir esa demora, y no exponerse, se casarian por vanas lo mas reservado posible, y ocultando su título para que no llamase la atencion; y que como su comision terminaba pronto, y segun las órdenes de S. M. debia regresar luego á la corte, realizarian pronto lo que perteneciese á Pomposita, y se marcharian ántes de un mes para España. Todo quedó aprobado por aquellas locas y tontas, que tambien convinieron en no decir nada á mi tutor porque no viera al virey y embarazara el casamiento á pretexto de la falta de la real licencia, para no dejar, como ellas decian, el manejo de la testamentaria.

Tan pronto, como quedó esto acordado, salió nuestro D. Raimundo, despues de mil requiebros y abrazos prodigados á madre é hija, é inmediatamente con testigos falsos bien combinados, que nunca faltan para esos casos, practicó todas las diligencias, y á los seis dias de haberse co-

nocido estaban casados la Quijotita y su marqués.

En el mismo día, Eufrosina mandó llamar al coronel, y previo un recibimiento seco y de protección, le dijo que su hija estaba casada con aquel caballero que le presentaba, y que por lo mismo procediese á entregarle los bienes. D. Rodrigo sin alterarse contestó que el caballero se presentase al juez de la testamentaria con certificación del casamiento, y pidiendo la entrega de los bienes, que tan pronto como se le mandase haria efectiva. En el acto se hizo el escrito, se presentó, se proveyó, y en los dos días siguientes quedó hecha la entrega de todo, y mi tutor suficientemente documentado de quedar ya libre de toda responsabilidad, por la pureza de sus manejos y exactitud y claridad de sus cuentas, que no merecieron ningun reparo.

En el momento se buscó traspasador para el cajon y casa, diciendo el marques que para quince días que estarian ya en Méjico, en cualquiera posada estaban bien, á lo que nada repugnaron aquellas bestias, que solo pensaban en irse á España, y tener la dicha de conocer y besar la mano al rey, ser damas de la reina, y otra multitud de sandeces con que estaban

aturdidas. Se traspasó cajon y casa: el señor marques dijo que iba á reducir el dinero á letras pagaderas en la corte, con cuyo pretexto lo introdujo á una casucha que habia tomado dizque provisionalmente entre tanto se marchaban.

Toda esta bulla debia llamar la atención, y fijarla muy particularmente en D. Raimundo, hasta que el comandante de la Ronda de capa que tenia orden del virey para prender á un gachupin que habian encargado de Madrid, y cuya filiacion tenia hacia mas de año, dió en conocer á nuestro señor marques, y advirtiendo en él toda la filiacion, á los veinte días del casamiento, en la noche, despues de las doce, á cuya hora llegaba él diciendo que venia de dejar al virey, me lo atraparon al tocar su casa y lo llevaron á la real cárcel de corte, dando parte inmediatamente al virey, que haciéndolo comparecer á su presencia, al siguiente día despues de llamar y examinar á Eufrosina y Pomposita, se descubrió que el señor D. Raimundo Dedorvora, marques de Peñahermosa, era un impostor muy pícaro, que era un famoso fullero y contrabandista en Cádiz, de cuya cárcel se habia fugado porque estaba próximo á ser decapitado por

muchos delitos, y entre ellos por tres homicidios y dos robos en que habia sido cómplice su muger legítima que estaba presa: que su verdadero nombre era Timoteo Pantoja, y que el dinero del traspaso del cajon y casa de Pomposa, lo habian perdido en el juego entre él y otros amigos suyos á quienes se buscaron y no pudieron parecer, y solo sí el oficial del manojito que lo llevó á la casa, quien se llamó á engaño, y el reo para salvarlo, así lo confesó. Se formó un proceso sobre los nuevos delitos de Pantoja, y se mandó á Cádiz, donde despues fué ajusticiado lo mismo que su muger. *De estos señores gachupines* nos vienen en docenas: unos se descubren y pagan, y otros pasan por fatiga y hacen entre nosotros grandes papeles.

Se deja conocer cómo quedarian Eufrosina y la infeliz Pomposita con tal pesadumbre y tan avergonzadas, que se hicieron el ánimo de no volver á ver para nada al coronel, ni á nadie de su familia; y como el tal señor marques las dejó tan sin blanca como sin recursos, la tonta y bribona madre, fácilmente se sometió á vivir á expensas del honor y conciencia de su hija, que despechada y sin esperanza alguna de casarse, por lo público que habia

sido el chasco, se constituyó en una ramera que al principio vendia con alguna ventaja sus delincuentes favores; pero despues con la edad que aumentaba, y la enfermedad consiguiente á ese ejercicio, se fué poniendo en un estado tan despreciable, que tuvo por necesario concurrir á los lupanares, descendiendo á proporcion hasta que fué á los mas miserables y asquerosos, dando de pilon, lo mismo que Eufrosina, en embriagarse, y en toda clase de prostitucion, en cuyo estado ya se nos ocultaron absolutamente, y ni mi tutor ni nadie de su familia, ni yo, hicimos ya mas que encomendarlas á Dios.

El coronel desde las incomodidades que tuvo con Eufrosina y su hija Pomposa, comenzó á enfermarse del estómago, que no le dejaba tranquilo arriba de uno ó dos dias para volver á molestarlo; el último suceso desgraciadísimo de aquellas mugeres y su posterior conducta, que llegó á saber y sintió muchísimo, le fué poniendo peor, á pesar de que ya no volvió á mentar ni sus nombres, y todos teniamos ya cuidado de no recordarle nada. Así pasó dos años, aceptando por instancias y ruegos de su familia algunas medicinas, pues decia que su verdadera é invencible enfer-

medad eran los setenta años que llevaba á cuestras.

Apénas entró el mes de marzo de 1821, cuando el cambio de estacion hizo en D. Rodrigo la mayor impresion, y aunque él por no afligir á su amable familia sacaba fuerzas de flaqueza, la naturaleza ya no le ayudó, y el dia dos ya no se pudo levantar: en el estómago nada le paraba, el pecho y las flemas le fatigaban demasiado. Cada uno de la familia propuso un médico: de todos se escogieron los tres mejores, y entre estos señaló mi tutor el que le inclinó mas, pues como en toda su vida no habia padecido enfermedad de cama, sino cosas ligeras que con remedios caseros se quitaba, nunca habia tenido necesidad de médico que se encargara de su naturaleza.

Toda la familia entró en el mayor cuidado y afliccion, y mucho mas el dia seis, que estando todos rodeados de su cama, dijo que convencido de que el hombre no debe esperar á los últimos momentos de su vida para disponer de sus cosas, tenia hecho ya su testamento que quedaba en la gaveta de su mesa; que en él declaraba, como era justo, que cuando casó no tenia mas que el rancho en precio muy bajo, y

que todo el aumento que tenia por la mejora de la casa, por la reunion de tierras que habia comprado, y agua que le habia metido, era todo gananciales durante su matrimonio, lo mismo que cantidad de onzas que tenia en unos secretos del estante de sus libros: que la mitad de todos los gananciales eran de D.<sup>a</sup> Matilde: que del quinto, separados los derechos del entierro y mandas forzosas, se hiciese una particion entre sus criados y sirvientes del rancho á proporcion de sus familias y necesidades, muy particularmente á su honradísimo viejo y antiguo mayordomo Pascual, en justa remuneracion de su fidelidad y buenos servicios; que ya dejaba ordenado, y nuevamente encargaba á sus albaceas, que lo eran mancomunados D.<sup>a</sup> Matilde y D. Modesto, que su entierro fuera en el camposanto de Sta. Maria sin pompa ninguna, y sobre lo que estrechaba la conciencia á ellos, y su universal heredera Pudencianita: que no dejaba mandado se dijese misas, porque persuadido de que mas le aprovecharian en vida, siempre habia procurado buscar eclesiásticos pobres que las dijeren por su intencion y la de su familia: y que á la piedad y amor de esta, dejaba los

sufragios que quisieran hacer por su alma.

Esta manifestacion nos hizo á todos derramar abundantes lágrimas, y cada uno sin articular palabra se llegó á abrazarlo. Todos nos distribuimos las horas del dia y de la noche para asistirlo, y como hasta los chiquitos de Pudenciana rogaron con lágrimas les diesen parte en el cuidado de su amado papá grande, como siempre le decian, se les señaló una hora por la mañana y otra en la tarde, las que desempeñaban con tal amor, empeño y caridad, que á todos nos enternecian, y aun al enfermo, que rasados de agua sus ojos los acariciaba, besaba, y llenaba de bendiciones. La distribucion de horas fué inútil, porque aunque el que estaba de turno se estaba allí, todos iban con frecuencia á ver qué se le ofrecia y estarse largo tiempo, y particularmente las muy ejemplares Malilde y Pudenciana que á porfia se esmeraban en cumplir con su deber, y que no siendo bastantes nuestras persuasiones para que fueran á acostarse, no se conseguia hasta que el coronel se los mandaba, y entónces apénas salian á la pieza inmediata, y se recostaban á dormir en un colchon que tenian allí con el objeto de no alejarse de su querido enfermo.

Era un asombro ver llegar á visitar al enfermo y su familia, multitud de personas distinguidas por su religiosidad, singularizándose el coronel D. J. Y. O. que entónces era alcalde 1.º que á pesar de sus ocupaciones iba con frecuencia, y todos ofrecien sus servicios. De varios conventos y casas particulares le llevaron porcion de santos que mandó se le pusieran en una mesa frente de su cama; pero mas le llevaron el dia doce, y como tambien le mandaron á S. Vicente Ferrer una parienta que tenia religiosa en la Concepcion, cuando meti la imágen, como me quedé allí un rato, me dijo como sonriéndose: „Querido Joaquin, esto está malo.“ Yo sobresaltado le pregunté por qué, y él con mucha calma me respondió: „Porque ya sabes, hijo mio, que dia de todos santos es víspera de muertos.“ Ese dia por disposicion del facultativo se sacramentó con la mayor devocion.

Al siguiente que era en el que cabalmente cumplia los setenta años de edad, amanejó muy entero, y en la mañana nos hizo concebir las mejores esperanzas; pero dadas las doce, se fué poniendo mas malo, de manera que entramos en el mayor cuidado, y tanto, que D. Modesto mandó cer-

rar el cajon y que se fueran á casa los caxeros. Todos acudimos, y miéntras venia el médico que ya se habia mandado llamar, preveniamos para aliviarlo los remedios que allí estaban de la receta de la mañana; pero nuestro enfermo decia: „Ningunos remedios hay contra la senectud, queridas prendas de mi alma; cuando la naturaleza aniquilada apuró todas sus fuerzas, el arte viene á ser inútil: ella lo puede todo sin él, y él nada puede sin ella. El hielo de la vejez ocupa ya muchas partes de mi débil cuerpo, y es fuerza que se comuniquen hasta el corazon dentro de poco.” Bien conoció esta verdad D. Modesto, y por lo mismo envió á llamar al Dr. R. que era íntimo de la casa, para que viniese como vino al momento, á tributar á su amigo el postrer obsequio. La amable esposa Matilde y la tierna hija Pudenciana mezclaban sus lágrimas suministrando al enfermo cuantos remedios pedia su deplorable estado, con tanta solicitud y desvelo, que el moribundo viejo exclamó: „¡Oh, y qué contento muero al verme rodeado de tantos verdaderos amigos, en los brazos de la mejor y mas ejemolar de las esposas, y de los mas amantes hijos. A todos los bendigo de corazon en nombre de Dios, y

me voy con el consuelo de que por la virtud de mis hijos, no hago falta á mi adorada Matilde. Eh! adios amados míos, resignaos siempre en la voluntad de la Providencia divina, y esperad la muerte con tranquilidad, que ella os unirá á mí en la gloria que espero de la Divina misericordia.” Así hablaba el virtuoso anciano en el momento de pasar á la eternidad. Hasta su postrer instante habló á todos los que rodeaban su lecho con la mayor presencia de ánimo; y aunque su voz iba debilitándose por grados, no le faltó enteramente hasta el último suspiro, que exhaló en punto de las tres de la tarde, dia mártes.

Entónces se manifestó en un grito horrible el dolor agudo que el silencio habia sofocado en el fondo de los corazones. Todos llorábamos con profusion negándonos á todo consuelo. Pero cuando D. Modesto y yo algo desahogamos, por su órden se dispuso el entierro, segun lo dejó prevenido el difunto, y se hizo el dia siguiente sin faltar á su voluntad; mas para pagar el debido tributo al amor y á la virtud se levantó sobre el sepulcro una tumba, sobre la cual en una losa se grabó el siguiente

## EPITAFIO.

En la inerte ceniza que reserva,  
 El breve hueco de está losa helada,  
 De un volcan de piedad acrisolada  
 El pábulo dichoso se conserva.  
 Aunque su llama por la furia acerba  
 De la Parca, parece sufocada,  
 Allí en el firmamento colocada,  
 Está burlando su intencion proterva.  
 Muevan, espectador, tu triste llanto,  
 Un sol de caridad enardecida,  
 Un héroe de virtud acreditada:  
 Un varon justo, religioso y santo,  
 Un modelo ejemplar de buena vida,  
 Un todo de piedad que ya hoy es nada.

## CAPITULO ULTIMO.

*Duelo de la familia del coronel, y gran trato de su viuda. Noticia de Pomposita y su muerte.*

Como mi tutor fué tan bueno, al tanto lo sintieron todos, particularmente y con justicia su familia. Esta lo lloró largo tiempo, haciendo en sufragio de su alma y por su memoria, muchas obras de caridad cristiana. D. Modesto, Pudenciana y sus hijos redoblaron su amor y cuidado hácia D. Matilde, y recibia esta tantas demostraciones de todos, que decia á sus amigas: „Ya no tengo fuerzas para soportar y agrade-

cer el cúmulo de bienes que hacen llover sobre mí mis hijos. ¡Ojalá estuviera en su poder resucitarme á mi amadísimo esposo!” D. Modesto trató de llenar su deber de albacea, solo por cumplir, y nunca por pensar en la division; pero D. Matilde no quiso que hiciera inventario de los bienes, sino que todo lo dejó en manos de sus hijos, diciéndoles que eran dueños de todo: estos la cuidaban y contemplaban al pensamiento, sin dejarle desear nada ni un momento, y haciendo que todo el mundo la tratara y respetara como la madre y cabeza de toda la familia.

De este modo habia vivido largos cuatro años aquella virtuosa familia, llena de felicidad, solo suspirando por D. Rodrigo y deseando saber de Eufrosina y Pomposita, de quienes no habia la mas ligera noticia: cuando una mañana que estaban almorzando, el criado avisó que afuera estaba una que decia llevaba un recado importante; y diciéndole que entrase, vieron una muger vieja, cuyo semblante, andrajoso y sucio vestido, representaba la misma miseria; y sin detenerse dijo: „Señoritas, las vengo avisar, allan casa asi ocho dias que esta muy mala, y yo como probe no tengo para los remedios, no mas tantito

## EPITAFIO.

En la inerte ceniza que reserva,  
 El breve hueco de está losa helada,  
 De un volcan de piedad acrisolada  
 El pábulo dichoso se conserva.  
 Aunque su llama por la furia acerba  
 De la Parca, parece sufocada,  
 Allá en el firmamento colocada,  
 Está burlando su intencion proterva.  
 Muevan, espectador, tu triste llanto,  
 Un sol de caridad enardecida,  
 Un héroe de virtud acreditada:  
 Un varon justo, religioso y santo,  
 Un modelo ejemplar de buena vida,  
 Un todo de piedad que ya hoy es nada.

## CAPITULO ULTIMO.

*Duelo de la familia del coronel, y gran trato de su viuda. Noticia de Pomposita y su muerte.*

Como mi tutor fué tan bueno, al tanto lo sintieron todos, particularmente y con justicia su familia. Esta lo lloró largo tiempo, haciendo en sufragio de su alma y por su memoria, muchas obras de caridad cristiana. D. Modesto, Pudenciana y sus hijos redoblaron su amor y cuidado hácia D. Matilde, y recibia esta tantas demostraciones de todos, que decia á sus amigas: „Ya no tengo fuerzas para soportar y agrade-

cer el cúmulo de bienes que hacen llover sobre mí mis hijos. ¡Ojalá estuviera en su poder resucitarme á mi amadísimo esposo!” D. Modesto trató de llenar su deber de albacea, solo por cumplir, y nunca por pensar en la division; pero D. Matilde no quiso que hiciera inventario de los bienes, sino que todo lo dejó en manos de sus hijos, diciéndoles que eran dueños de todo: estos la cuidaban y contemplaban al pensamiento, sin dejarle desear nada ni un momento, y haciendo que todo el mundo la tratara y respetara como la madre y cabeza de toda la familia.

De este modo habia vivido largos cuatro años aquella virtuosa familia, llena de felicidad, solo suspirando por D. Rodrigo y deseando saber de Eufrosina y Pomposita, de quienes no habia la mas ligera noticia: cuando una mañana que estaban almorzando, el criado avisó que afuera estaba una que decia llevaba un recado importante; y diciéndole que entrase, vieron una muger vieja, cuyo semblante, andrajoso y sucio vestido, representaba la misma miseria; y sin detenerse dijo: „Señoritas, las vengo avisar, allan casa asi ocho dias que esta muy mala, y yo como probe no tengo para los remedios, no mas tantito

atole le doy á ña Tontosita." No acabaron de oír este disparate, sin conocer que se trataba de Pomposa, y concibiendo el estado infeliz en que estaria, en el momento se dejó lo que faltaba del almuerzo, y parándose D. Modesto como distraído, gritó: „Que saquen el coche, y vamos por mi hermana Pomposita." Las señoras preguntaron á la muger si estaba tambien con ella la madre de la enferma, y ella contestó: „Conque croque dicen que ya se murió." Salido el coche, montamos á él D. Modesto, las dos señoras y yo, pues aunque se hizo instancia á la muger para que subiera, no se pudo conseguir, y se fué á pié guiando al cochero, porque no sabia dar las señas de su casa, y nos condujo á una accesoria del callejon de la Chiquihuitera, en donde sin mas ajuar que el tlecuile y tres tepalcates, encontramos á la desventurada Pomposita, en una cama que formaban dos petates de tule rotos, en el suelo, cubierta con asquerosísimos andrajos, y hecha un esqueleto, de manera que no la habriamos conocido, si ella no hubiera rompido en un fuerte llanto luego que nos vió, llamando con voz dolorida y penetrante á todos y cada uno, pidiendo por amor de Dios que olvidáse-

mos su conducta y le tuviésemos compasion. D.<sup>a</sup> Matilde y Pudenciana sin asco á su deplorable estado, ni temor á la enfermedad, se arrojaron á aquel miserable lecho, y llenándola de abrazos, le manifestaron que nunca podian olvidar lo que las pertenece, y que procurarian tratarla segun su deber, y que de su conducta no se acordase mas que para arrepentirse de ella, y pedirle á Dios perdon.

Mirando que por lo que parecia no estaba en disposicion de moverla, se mandó al cochero fuera violentamente por el Dr. G. . . . y como entretanto, deseosos de saber de Eufrosina, preguntaran por ella á la enferma, dando esta un profundo suspiro y como ahogándose en su pecho un acerbo dolor, exclamó: „¡Ah, mi madre infeliz, causa primaria de nuestros males, ya no existe! ¡Ella ha dado cuenta de sus dias y de los míos, en el tremendo tribunal de la Divina justicia! murió hace dos meses en el hospital de S. Andres. . . . Todos estábamos anegados en llanto, y cuando algo nos serenábamos, Pomposa prosiguió: „Aunque VV. no pueden apreciar la historia de nuestros últimos dias, y sin embargo de que ella no es honrosa ni agradable, para que sirva de ejemplo y es-

carmiento á los padres de familia sin prudencia ni juicio, y á las jóvenes que con tiempo no aprovechan lo poco bueno que se les enseña y las lecciones que da el mundo, pido á Dios me dé aliento para poderla relatar aunque en breve, y á VV. sufrimiento para escuchar procederes lamentables y vergonzosos. Ya saben hasta el casamiento que mi inconsiderada ligereza y vil interes de mi madre me hicieron celebrar con el perverso que hizo toda mi ruina; pues pasado esto, como nos encontramos sin recurso, abandonadas de los buenos amigos, notoria y enormemente infamadas, ya no dimos ningun lugar á la reflexion, y despechadas, yo me prostituí con el apoyo de mi madre; y si los primeros dias pudimos vivir por medio tan inicuo y criminal, bien pronto fué ménos útil, porque yo desmerecia diariamente, y atacadas de hambre, nos relacionamos con públicas ramerás, con quienes concurrí á toda clase de lupanares, descendiendo á proporcion hasta á los mas miserables; en uno de estos me comuniqué y trabé ilícita amistad con un soldado de Guanajuato, que desertó á poco tiempo con la mira de que nos fuéramos á su tierra, segun él decía; pero ántes de esto combinado con un

tal M. R. y otros tan malvados como él, hicieron un robo de consideracion, que mi madre y yo ocultábamos en la parte que tocaba al desertor; y como no tardara en descubrirse, nos prendieron y llevaron á la cárcel de corte, donde negamos nuestros nombres poniéndonos otros. Mi madre sobre su edad y anteriores padecimientos, ya no pudo sufrir, como yo, en la prision las hambres, miserias, hediondez, y demas plagas de la cárcel; ya no pudo resistir, y cayendo á los seis meses muy mala en una cama de fiebre, tuve el dolor de verla salir para el hospital, y saber despues que habia muerto. Yo continué en la prision, donde me fui enfermando mas de lo que estaba, hasta habré quince dias que me mandaron poner en libertad, dándome por compurgada de la complicidad en el robo. Yo salí sin saber adonde iba, echando ménos la compañía de mi madre, cuya falta me hizo conocer mas lo horrible de mi situacion, y sin discurrir el modo de remediarla, por no tener ni á quien volver mis ojos, pues que la vergüenza no me dejaba buscar á VV. ni queria volver á la prostitucion, y andando maquinalmente, al pasar por esta casa ví en la puerta á su dueña, é inspi-

rándome alguna confianza su exterior, la rogué me diera posada que con generosidad me franqueó al momento; y como por esta franqueza, y caridad con que en medio de su pobreza me socorria con algun alimento se hiciera acreedora á mi confianza, le conté algo de mi vida, la muerte de mi madre, y la familia á que pertenecia; pero rogándole guardase secreto, pues que moriria de vergüenza á la vista de VV.; mas ella que me ha visto mas enferma cada dia á resulta de mi conducta y padecimientos, habria solicitado á VV. y avisádoles por caridad. Dios sabe cómo y por que ordena todos los acontecimientos del mundo. A mí no me toca mas que pedir á su Magestad me perdone mis innumerables culpas, y á VV. los disgustos y pesares que les he dado. . . . ¡O muerte! ¡Qué terrible es tu aspecto para quien acibaró su vida con las vanidades é indigestos placeres del mundo, y que jamas levantó sinceramente el corazon á su criador! ¡Oh si mis dias. . . .”

Desvaneciose á estas palabras. Cayó privada, y quedó inmóvil por algunos instantes y sin sentido alguno. Volvió á poco, pero la calentura se le habia agravado notablemente y comenzaba á delirar, á tiem-

po que llegó el médico, y reconociéndola dijo que era traerle la muerte mas violenta, el sacarla de allí como queria su familia: que sobre un gálico irremediable, como lo decian bien claro las úlceras de boca y nariz, y las llagas de las piernas, tenia una fiebre voraz de que no podia escapar: que era necesario se asistiese allí, y que luego que serenara un poco se dispusiera y sacramentara. Recetó, y por disposicion de la familia repitió durante la tarde y la noche otras cuatro visitas.

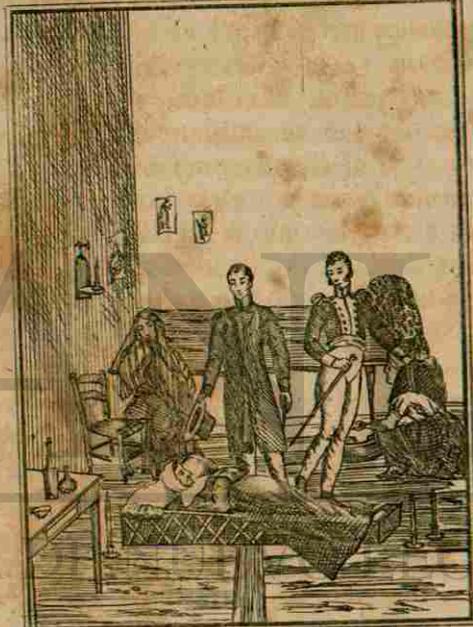
Tan luego como D. Modesto y Pudenciana se enteraron del estado de gravedad de la enferma, montaron en el coche, quedándonos allí para lo que se ofreciera, doña Matilde y yo, fueron á casa, y á poco volvieron trayendo en el mismo coche, colchon, ropa de cama, y camisas para la enferma, y los trastes necesarios para su asistencia y servicio, y á poco rato llegó el mozo con cargadores que traian mesa, sillas, bancos de cama, y lo que se creyó preciso. Todo el dia y la noche lo pasamos allí, ménos Doña Matilde que por instancias de sus hijos que querian librarla de un contagio, á pretexto de que les hiciera favor de ir á cuidar de la casa y los niños, la hicieron irse en la noche, y vol-

vió al día siguiente temprano. La enferma amaneció mejor, y aprovechando el tiempo se dispuso lo mas posible y se sacramentó y oleó; pero apénas acababa de recibir los auxilios espirituales, cuando se fué empeorando, y á las ocho de la noche, en medio de los mas vehementes dolores y agitacion, auxiliada por los padres camilos que se habian llamado, entregó su alma al Criador, dejando un patético y sensible ejemplo y escarmiento, á las mugeres sin juicio que siguen las mismas ideas y conducta de la infeliz Pomposa.

Esa noche, dejando allí dos personas de confianza, fuimos todos á dormir á casa, y al día siguiente se dispuso el entierro como de una persona de la familia, al que asistió un capitan que nunca se pudo saber quien era, pues solo concurrió, y se fué sin despedida, y muy triste. Se mandaron decir por su alma porcion de misas, y se sepultó en el panteon de S. Pablo, y en su sepulcro se puso el siguiente

EPITAFIO.

Detente y mira, viagero,  
Esta ceniza asquerosa  
Que formaba de Pomposa  
El atractivo hechicero.  
Por él, formé ella el sendero



Entregó su alma al Criador, dejando un patético y sensible ejemplo.

Que la llevó al precipicio,  
 Desplomando un edificio  
 Que mas hubiera durado  
 Si no lo hubiera abreviado  
 Su poco talento y juicio.

D. Modesto, de acuerdo con madre y esposa, para compensar su caridad á la pobre vieja que habia recogido y socorrido á Pomposa, le regalaron la cama y cuanto habian llevado para su asistencia, le dieron alguna ropa y la señalaron un socorro de doce pesos cada mes. Así obraba esta ejemplar familia, que con los muy buenos principios que tuvieron y supieron aprovechar, y sus naturales generosos sentimientos, hicieron su felicidad, así como la de todas las personas que los rodeaban.

A pocos dias de la muerte de Pomposa me encontré casualmente con dos de los colegiales que le pusieron el sobrenombre de Quijotita, que eran cabalmente Sanson Carrasco que ya era eclesiástico y cura de T.... y el Zorro que estaba recibido de abogado, é impuestos del fin triste de Pomposa, y lo que lo habia ocasionado, con aquel su humor alegre y bufon que no habian perdido, le compusieron un epitafio que decia así:



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Quijota, ¿de qué sirvieron  
 Tus monadas y embelesos,  
 Si al fin reducida á huesos  
 Todas tus gracias se vieron,  
 Y en polvo se convirtieron  
 Tus formas tan exquisitas?  
 Desengaño, mugercitas,  
 Pensad con mas madurez,  
 En lograr buena vejez,  
 Negada á las Quijotitas.

El licenciado Narices, que habia continuado conmigo su comunicacion, haciéndole una visita é informándole de la lastimosa muerte de nuestra Quijotita, la hizo tambien un epitafio, que si mal no me acuerdo decia así.

*Nihil aliud est vita nisi fumus.*

Yaces, muger reducida,  
 En este sepulcro frio,  
 Sin valerte ni tu brío  
 Ni tu hermosura mentida.  
 En esto para una vida  
 Inmortal, desarreglada,  
 Que temprano fué enviada  
 Por caprichosos contentos,  
 En que olvidó los momentos  
 De reducirse á la nada.

He dado fin á la historia de la célebre Quijotita, de las que por desgracia hay muchas en todas partes. Ojalá que lo que

he dicho sea bastante para que reformen su conducta, para que hagan su felicidad, la de sus esposos y familia, y pareciéndome útil al intento, regalo á las señoras con unas máximas que de puño y letra de mi finado tutor el Sr. coronel D. Rodrigo Linarte, se encontraron entre sus papeles, y son las siguientes.

La muger que obedece á su marido, esa le manda.

Cuando la muger asiste á su oficio, el marido la ama, la familia anda en concierto, aprenden virtud los hijos, reina la paz doméstica, y la hacienda crece.

Una muger puede estar segura del corazon de su marido, en tanto que ella lo esté de su paciencia.

En los negocios de su familia, y no en los del estado, es donde una muger debe manifestar su talento y su prudencia.

Muger, no quieras parecerte al hombre. Los dos sexos no deben tener nada de comun en sí.

La muger casada guarde tal moderacion y compostura, que solo en su cintura se conozca que ya no es vírgen.

No aspire á dominar á tu marido, contentate con tener una dulce influencia sobre su corazon. Sé para el aquella tierna

luz, aquella pacífica claridad que luce en los campos Eliseos.

Muger recién casada, no abuses del ascendiente de tu sexo y edad sobre tu joven esposo: tarde ó temprano él volverá á tomar su carácter, y teme que al cesar de ver en tí su querida, no te halle ni aun digna de ser su compañera.

Si quieres que tu marido permanezca siempre á tu lado, haz de modo que no encuentre en otra parte tantas gracias, modestia, dulzura y ternera como en tu casa.

Jóven casada, si deseas vivir en paz, evita el querer tener siempre razon con tu marido.

Sea la esposa, la hermana de su marido enfermo.

Esposa ofendida, no seas vengativa: el perdón de una injuria embellece á la misma Vénus.

Yo que habia visto en la familia de Pomposa tan sensibles desengaños de lo que es el mundo, no queriendo experimentarlo mas, me di por muerto.

FIN DE LA OBRA.

## INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE CUARTO Y ULTIMO TOMO.

	Pág.
<b>CAPITULO I.</b> <i>En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio.....</i>	3
<b>CAP. II.</b> <i>En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.....</i>	38
<b>CAP. III.</b> <i>En el que se refiere la conversacion de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros que asustaron á la timida Quijotita.....</i>	57
<b>CAP. IV.</b> <i>En el que se refiere la peligrosa aventura en que se vió nuestra Quijotita por su fervorosa é imprudente virtud....</i>	88
<b>CAP. V.</b> <i>En el que sigue la santidad de Pomposa, y su heroica resolucion de ser ermitaña.....</i>	110
<b>CAP. VI.</b> <i>Hallazgo de la ermitaña Quijotita y peregrino desenlace de su santidad....</i>	122
<b>CAP. VII.</b> <i>Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que esta y sus padres se manejaron hasta verificar el casamiento.....</i>	129
<b>CAP. VIII.</b> <i>En el que continúa la juiciosa conducta de Pudenciana, y los desparfos de Pomposito.....</i>	144
<b>CAP. IX.</b> <i>En el que se da razon de una extraña aventura que le sucedió á Pomposito.</i>	167
<b>CAP. X.</b> <i>Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita, desatinada</i>	

*inversion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable.....* 181

**CAP. XI.** *Noticia de donde está D. Dionisio, y su nueva fortuna, su llegada á Méjico, nueva conducta que entabló. Por su muger é hija, cae en una cama, y muere. Ingratisimo modo de obras de Eufrosina en este lance.....* 195

**CAP. XII.** *El coronel cumple pronta y fielmente su encargo de albacea. Eufrosina y Quijotita continuan sus desbaratos. Pudenciana y su marido con esta constante buena conducta van progresando. El coronel cuenta la historia de una viuda.....* 214

**CAP. XIII.** *Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengaño de quien era este: prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel.....* 227

**CAP. XIV.** *Duelo de la familia del coronel, y gran trato de su viuda. Noticia de Pomposita y su muerte.....* 242

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN. DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE JUEV  
OTEC